

CARMEN LYRA

LOS CUENTOS DE MI
TIA PANCHITA

— 1936 —
Imprenta Española
Soley & Valverde

Los Cuentos de mi tía Panchita

MI TÍA PANCHITA era una mujer bajita, menuda, que peinaba sus cabellos canosos en dos trenzas, con una frente grande y unos ojos pequeños y risueños. Iba siempre de luto, y entre la casa protegía su falda negra con delantales muy blancos. En sus orejas, engarzados en unos pendientes de oro, se agitaban dos de mis dentezuelos de leche. Quizá por esto soñé una vez que yo era chirrisca como un frijol y que estaba suspendida de un columpio de oro asegurado en una de las orejas de la tía Panchita. Yo me columpiaba y hacía cosquillas con los pies en su marchita cara, lo cual la ponía a reír a carcajadas. Ella solía decir que los tenía allí prisioneros, en castigo de los mordiscos que hincaron en su carne cuando estaban firmes en las encías de su dueña, quien solía tener tremendas indiadas.

Diligente y afanosa como una hormiga era la anciana, y amiga de hacer el real con cuanto negocio honrado se le ponía al frente. Eso sí, no era egoísta como la antipática hormiga de la fábula, que en más de una ocasión la sorprendí compartiendo sus provisiones con alguna calavera cigarra.

Habitaba con mi tía Jesús, impedida de las manos

por un reuma, en una casita muy limpia en las inmediaciones del Morazán. La gente las llamaba "Las Niñas" y hasta sus hermanos Pablo y Joaquín, cuando me enviaban donde ellas, me decían:

—Vaya donde "Las Niñas".

Hacía mil golosinas para vender, que se le iban como agua y que tenían fama en toda la ciudad. En el gran armario con puertas de vidrio que había en el pequeño corredor de la entrada, estaban los regalos que sus manos creaban para el paladar de los josefinos: las cajetas de coco y de naranja agria más ricas que he comido en mi vida: quesadillas de chiverre que muchas veces hicieron flaquear mi houradez: muñequillos y animales fantásticos de una pasta de azúcar muy blanca que jamás he vuelto a encontrar; bizcocho y tamal asado que atraían compradores de barrios lejanos: del Paso de la Vaca y de la Soledad; en frascos de cristal estaban sus perfumados panecillos de cacao Matina con los que se hacía un chocolate cuyo sabor era una delicia, y que coronaba las tazas con un dedo de rubia espuma.

Ella fué quien me narró casi todos los cuentos que poblaron de maravillas mi cabeza.

Las otras personas de mi familia, gentes muy prudentes y de buen sentido, reprochaban a la vieja señora su manía de contar a sus sobrinos aquellos cuentos de hadas, brujas, espantos, etcétera, lo cual, según ellas, les echaba a perder su pensamiento. Yo no comprendía estas sensatas reflexiones. Lo que sé es que ninguno de los que así hablaban, logró mi confianza y que jamás sus conversaciones sesudas y sus cuentecitos científicos, que casi siempre arrastraban

torpemente una moraleja, despertaron mi interés. Mi tío Pablo, profesor de Lógica y Ética en uno de los Colegios de la ciudad, llamaba despectivamente cuenteretes y bozorola los relatos de la vieja tía. Quizá las personas que piensen como el tío Pablo, les den los mismos calificativos y tendrán razón, porque ello es el resultado de sus ordenadas ideas. En cuanto a mí, que jamás he logrado explicarme ninguno de los fenómenos que a cada instante ocurren en torno mío, que me quedo con la boca abierta siempre que miro abrirse una flor, guardo las mentiras de mi tía Panchita al lado de las explicaciones que sobre la formación de animales, vegetales y minerales, me han dado profesores muy graves que se creen muy sabios.

¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles, las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprendible para la Gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

Recuerdo el cuento de "La Cucarachita Mandinga" ("La Hormiguita" de Fernán Caballero, vaciado en molde quizá americano, quizá tico solamente), que no nos causábamos de escuchar.

¡La Cucarachita mandinga!

Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de "mandinga", puesto con tanta gracia a la par de "La Cucarachita", por los labios de quien sabe qué abuela o vieja *china*, vaciaba en nuestro interior.

¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario responde a la que los

niños nos dábamos, sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada sobre la cabeza de la coqueta criaturilla.

Los cuentos de la tía Panchita eran humildes llaves de hierro que abrían arcas cuyo contenido era un tesoro de ensueños.

En el patio de su casa había un pozo, bajo una chayotera que formaba sobre el brocal un dosel de frescura.

A menudo, sobre todo en los calores de marzo, mi boca recuerda el agua de aquel pozo, la más fría y limpia que hasta hoy probara, que ya no existe, que agotó el calor; y sin quererlo mi voluntad, mi corazón evoca al mismo tiempo, la memoria de mi alegría de entonces, cristalina y fresca, que ya no existe, que agotó la experiencia.

La viejecilla me contaba sobre este pozo, mentiras que hacían mis delicias: en el fondo había un palacio de cristal, en donde las lámparas eran estrellas. Allí vivían un rey y una reina que tenían dos hijas muy lindas: una morena de cabellera negra que le llegaba a la rodilla, con un lunar en forma de flor junto a la boca; la otra blanca, con el cabello de oro que le arrastraba y con un lunar azul en forma de estrella. La rubia era mi predilecta, y el lunar azul en forma de estrella, de su mejilla, era una fuente de encanto para mí.

Yo gozaba cuando la tía Panchita cogía su tinaja y se encaminaba al pozo. La precedía brincando cual si fuese a una fiesta.

¡Qué sonidos más extraños y atrayentes subían de aquel profundo agujero umbrío, en cuyo fondo

dijérase que se encendían y apagaban luces. (Más tarde me di cuenta que eran los temblorosos girones de claridad que había entre el follaje que lo cubriera, pero entonces imaginaba que eran las lámparas de que me hablara la anciana). El brocal y las paredes estaban tapiados por un musgo verde y dorado. Las gotas que rezumaban caían y producían una música tan delicada!... Tin... tan... La anciana decía que eran los cascabeles de plata que llevaban al cuello los perritos de las princesas, suspendidos en una cinta de oro.

Si la tía Panchita, en ciertas ocasiones, hubiese logrado fisgonear dentro de mi pensamiento, se habría horrorizado de sus encantadores embustes, y habría temblado por mi vida que deseaba ardientemente ir a jugar con princesas y perrillos en el palacio de cristal. ¡Y la sonrisa de compasivo triunfo que habría plegado los labios del tío Pablo, el profesor de Lógica y Ética, si hubiese asomado sus anteojos por los campos de mi fantasía cultivada por su hermana, a quien, según él, le faltaban dos tornillos! ¿Serían el del buen sentido y el de la lógica? Ahora cierro los ojos y el recuerdo de la querida viejecilla, que fué mil veces más amada para mí que el tío Pablo, a pesar de que ignoraba que existen Lógica y Ética en este mundo, se sienta en su silla baja y me narra sus cuentos, mientras sus dedos diligentes arrollan cigarrillos. Yo estoy a sus pies en el taburetito de cuero que me hizo el tío Joaquín. Siento el olor del tabaco curado con hojas de higo, aguardiente y miel. Es en una gran sala de paredes enjalbegadas y de pavimento enladrillado. En alguna parte hay el cuadro de una pastora que pone un collar de flores a su cordero. Sobre la cómoda,

el fanal que protege *El Paso* de las inclemencias del tiempo y a los lados, unas gallinas de porcelana echadas en sendos nidos.

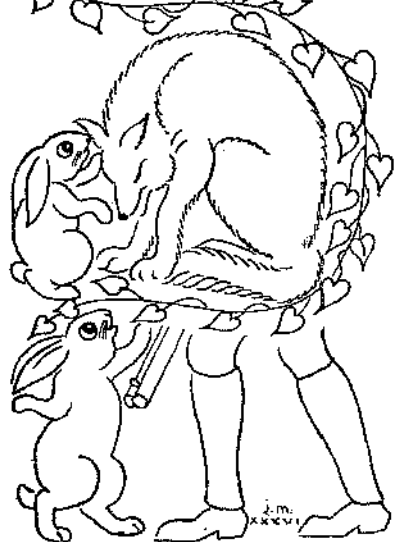
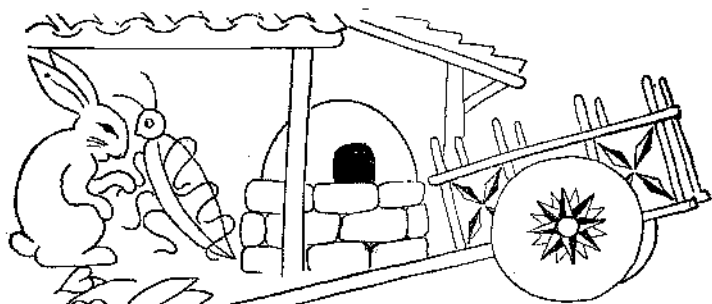
¡Qué largos se hacían para mi impaciencia los segundos en que ella dejaba de narrar para «subir su cigarro» o ir a encenderlo en una brasa del hogar!

Son los cuentos siempre queridos de "La Cenicienta", de "El Pulgarcito", de "Blanca Nieve", de "Caperucita", de "El Pájaro Azul", que más tarde encontré en libros. Son otros cuentos que quizá no estén en libros. De éstos, algunos me han vuelto a salir al paso, no en libros sino en labios.

¿De dónde los cogió la tía Panchita?

¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió, cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el Viejo Mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto que se perdió con su vida.

¡La querida viejita que no sabía de Lógicas y Éticas, pero que tenía el don de hacer reír y soñar a los niños!



Tío Conejo comerciante

UNA VEZ tío Conejo cogió una cosecha que consistía en una fátiga de maíz y otra de frijoles y como era tan maldito, se propuso sacar de eso todo lo que pudiera.

Pues bueno, un miércoles muy de mañana se puso su gran sombrero de pita, se echó el chaque-

tón al hombro y cogió el camino. Llegó donde tía Cucaracha y tun, tun. Tía Cucaracha, que estaba tostando café, salió cobijándose con su pañuelo para no pasmarse.

—¿Quién es? ¡Adiós trabajos! ¡Si es tío Conejo! ¿Qué se le ofrece? Pase pa dentro y se sienta—y tía Cucaracha limpió la punta de la banca con su delantal.

—Aquí no más—contestó tío Conejo—si vengo de pasadita a ver si quiere que tratemos. ¿Qué le parece que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en uua onza y media? ¡Báileme ese trompo en la uña! Regaladas, tía Cucaracha, pero la necesidá tiene cara de caballo.

—Pues ai vamos a ver, tío Conejo. Si me decido, allá llego.

—No, no, tía Cucaracha. Si se decide es ya. porque si no voy a buscar otro. Vine aquí de primero por ser usted. Y si se decide, llegue a casa el sábado como a las siete de la mañana, porque yo tengo que bajar a la ciudá.

—¡Qué caray! Hago el trato y allá llego el sábado con mi carreta. Pero no se vaya. Ahorita está el café y tengo un tamal asado que acabo de sacar.

Tío Conejo se sentó y al poco rato estaba allí tía Cucaracha con un buen jarro de café acabadito de chorrear y una gran ración de tamal asado.

Con ese puntalito entre el estómago, siguió tío Conejo su camino. Llegó donde tía Gallina y tun, tun.

—¿Quién es? gritó desde adentro tía Gallina, que estaba enredada con el almuerzo.

—Yo, tío Conejo, que vengo a ver si hacemos un trato.

—Pase pa dentro y se sienta. A ver, ¿qué es el trato?

—Es que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¡Vea qué mamada! Como quien dice, echar el maicillo y los frijolillos a la calle... Pero estoy en un gran aprieto y tengo que venderlos por esa miseria. Me vine derecho a buscarla, tía Gallina, porque al fin y al cabo somos buenos amigos y uno debe preferir a los amigos.

Tía Gallina fué a volver la tortilla al comal, y mientras fué y vino, pensó que era un buen negocio y prometió a tío Conejo ir el sábado como a las ocho con su carreta, por el maíz y los frijoles. También le dió un queso hecho en la casa para que probara.

Tío Conejo siguió su camino y llegó donde tía Zorra que estaba pelando unos pollos.

—¡Hola, tía Zorra! ¿Qué hace Dios de esa vida?

—¡Pero hombre, tío Conejo! ¡Buenas patas tiene su caballo! Pase adelante, pase adelante y ahorita almorzamos.

Tío Conejo entró y propuso el negocio del maíz y de los frijoles a tía Zorra, metiéndole una larga y otra corta: que la había preferido a todos y que por aquí y por allá, y que si se decidía, llegara como a las nueve el sábado, porque él tenía que bajar a la ciudad. Tía Zorra dijo que bueno, y prometió llegar el sábado con su onza y media donde tío Conejo.

Después que dió una gran almorzada, tío Conejo se despidió y siguió su camino. Llegó donde tío Coyo-

te, que estaba quitando del fuego una gran olla de conserva de chiverre.

—¡Upe! Tío Coyote. ¿Cómo le va yendo?

—¡Dichosos ojos, tío Conejo! Vale más llegar a tiempo que ser convidado. Entre pa dentro y prueba esta conservita que está muy rica.

Mientras se comía su plato de conserva, tío Conejo ofreció su fanega de maíz y de frijoles a tío Coyote por onza y media. En seguida cerraron el trato y tío Coyote quedó en llegar por ellas el sábado como a las diez de la mañana, con su carreta.

Tío Conejo se despidió y siguió adelante. Llegó a casa de tío Tirador, que estaba en el corredor aceitando su escopeta.

—Tío Tirador, aquí vengo a que crea que he perdido los bartolos, a ofrecerle una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¡Un disparate! Pero es que ando cogiéndolas del rabo con una jaranilla que me ha caído encima.

Tío Tirador trató, y quedó de llegar el sábado con sus dos mulas, por el maíz y los frijoles. Tío Conejo le propuso que llegara como a medio día, porque en la mañana tenía que estar en la ciudad, de precisa, y no volvería a casa sino hasta por ahí de la una.

Luego tío Conejo regresó a su casa. El sábado se levantó de mañanita y se sentó en la tranquera. Apenas había salido el sol, cuando vió venir a tía Cucaracha con su carreta.

Tío Conejo la hizo llevar la carreta detrás de la casa. Le enseñó el maíz y los frijoles; tía Cucaracha sacó del seno el pañuelo en que traía anudado el di-

nero, lo desanudó y puso en manos del vendedor la onza y media.

El muy labioso de tío Conejo invitó a entrar a tía Cucaracha, descolgó la hamaca que estaba prendida de la solera de la sala y le dijo:—Venga, tía Cucaracha, y se da una mecidita mientras se fuma este puro habano. Y tía Cucaracha se echó en la hamaca y se puso a fumar.

Tío Conejo estaba para adentro y para afuera. De pronto apareció con las manos en la cabeza.

—¡Tía Cucaracha de Dios! Allá viene tía Gallina, y es para acá.

—¡No diga eso, tío Conejo!—dijo tía Cucaracha tirándose de la hamaca.—¡Dios libre sepa que estoy aquí! ¡Escóndame por vida suya, tío Conejo! Ya me parece que estoy en el buche de tía Gallina.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tía Gallina, a la que hizo llevar la carreta al galerón, le enseñó la fanega de maíz y de frijoles y recibió la onza y media. Después por señas la hizo asomarse al horno y tía Gallina se va encontrando con mi señora tía Cucaracha, que pasó a su buche en un decir amén. En seguida la llevó a la sala, la hizo subir a la hamaca y aceptar un puro habano.

Cuando tía Gallina estaba en lo mejor, meciéndose y fumando, entró tío Conejo con las manos en la cabeza:—¡Tía Gallina de Dios! ¿Adivíneme quién viene allí no masito?

—¿Quién, tío Conejo?

—Pues tía Zorra, y no sé si es por usted o por mí.

—Por mí, tío Conejo. ¿Por quién había de ser? ¡Escóndame, por vida suya!—Y la pobre tía Gallina,

más muerta que viva, corría de aquí y de allá sin saber qué camino tomar.

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tía Zorra. La llevó a dejar la carreta en el potrero, para que no viera las otras, recibió su onza y media y en lo demás hizo como antes. Le señaló el horno con mil malicias y tía Zorra se zampó a tía Gallina. Mientras se estaba meciendo en la hamaca y fumándose su puro habano, tío Conejo estaba como una lanzadera, para adentro y para fuera. En una de tantas entró haciéndose el asustado:

—¡Tía Zorra de Dios! ¿Adivine quién viene para acá?

Tía Zorra pegó un brinco.—¿Quién, tío Conejo?

—Pues tío Coyote... Y no se sabe si es por usted o por mí.

—¡Ah, tío Conejo más sencillito! ¿Por quién había de ser si no por mí? ¡Escóndame y Dios quiera que no me huela!

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tío Coyote. Después que éste le entregó la onza y media, lo llevó a la sala.

—Echese en la hamaca, tío Coyote, y descansa. Mientras tanto fúmesese este purito habano. No hay que apurarse por nada. ¡Adiós! De repente, cuando uno menos lo piensa llega la Pelona y adiós mis flores, se acabó quien te quería. Yo por eso nunca me apuro por nada.

Así que se fumó el puro, tío Conejo le dijo al oído:—Vaya y dese una asomadita al horno y verá lo que le tengo allí.—Fué tío Coyote y halló a tía Zorra haciendo zorro. En un momento la dejó difunta y se

la comió. Estaba todavía relamiéndose, cuando entró tío Conejo:

—¡Tío Coyote de Dios! ¡Adivíneme quién viene allí no más?

—Diga, tío Conejo —contestó tío Coyote asustado al ver la cara que hacía tío Conejo.

—¡Pues tío Tirador, con así fusil! Y no se sabe si es por usted o por mí.

—¡Ay, tío Conejo! ¡Ese viene por mí, porque me lleva una gana! Escóndame, por lo que más quiera.

—Pues métase entre ese horno y yo cierro la puerta.

Tío Coyote se metió, con el corazón que se le salía y tío Conejo se fué a la tranquera a recibir a tío Tirador.

—Ya creí que no venía, tío Tirador—dijo el muy sepulcro blanqueado.—Pase, pase y descansa en esa hamaca, que debe de venir muy rendido. Fúmesese este purito habano y luego viene a ver su maíz y sus frijoles.

Cuando tío Tirador hubo descansado, tío Conejo le dijo al oído:

—Prepare la guávil, tío Tirador, y vaya a darse una asomadita por el horno.

Así lo hizo tío Tirador, quien se va hallando con tío Coyote que estaba con las canillas en un temblor. Tío Tirador apuntó y ¡pun!.. ¡adiós, tío Coyote!..

Después fueron a cargar en las mulas el maíz y los frijoles, y así fué como éste fué el único comprador que recibió la cosecha de tío Conejo, quien cobró siete onzas y media por una fanega de maíz y otra de

frijoles, y se quedó con cuatro carretas y cuatro yuntas de bueyes y muy satisfecho de su mala fé.

.....

Cuando terminaba este cuento la tía Panchita, siempre añadía con tristeza: —¡Achará que tío Conejo fuera a salir con acción tan fea! Yo más bien creo que fué tía Zorra y que quien me lo contó se equivocara... porque tío Conejo era amigo de dar qué hacer, pero amigo de la plata y sin temor de Dios, eso sí que no.



La Cucarachita

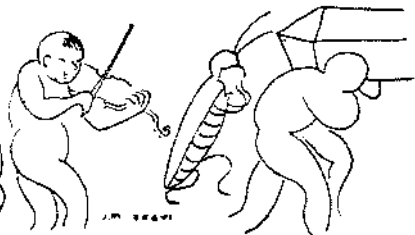
Mandinga

HABÍA UNA vez una Cucarachita Mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco.

Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

—¿Si compro un cinco de colorete?—No, porque no me luce⁽¹⁾.
 ¿Si compro un sombrero?—No,

(1) No me luce.



porque no me luche. ¿Si compro unos aretes?—No, porque no me luchen. ¿Si compro un cinco de cintas?—Sí, porque sí me luchen.

Y se fué para las tiendas y compró un cinco de cintas; vino y se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fué a pasear a la Calle de la Estación. Allí buscó asiento.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo:—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita le contestó:—¿Y cómo hacés de noche?

--¡Mu...mu...!

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutás ⁽¹⁾

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

—¿Y cómo hacés de noche?—le preguntó la Cucarachita.

—¡Guau...guau...!

—No, porque me chutás.

Pasó un gallo:—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

—¿Y cómo haces de noche?

—¡Qui qui ri quí!...

—No, porque me chutás.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo: parecía un figurín, porque andaba de leva, tirolé y bastón.

Se acercó a la Cucarachita y le dijo con mil monadas:—Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?

(1) No, porque me asustás.

—¿Y cómo hacés de noche?

—¡I, i, iii...!

A la Cucarachita le agradó aquel ruidito, se levantó de su asiento y se fueron de bracete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la Cucarachita, que era muy mujer de su casa, estaba arriba desde que comenaron las claras del día, poniéndolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una gran olla de arroz con leche, cogió dos tinajas que colocó una sobre la cabeza y otra en el cuadril, y se fué por agua.

Antes de salir dijo a su marido:—Véame el fuego y cuidadito con golosear en esa olla de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ratón Pérez le pasó el picaporte a la puerta y se fué a curiosear en la olla. Metió una manilla y la sacó al punto:—¡Carachas! ¡Que me quemol!—Metió la otra:—¡Carachas! ¡Que me quemol!—Metió una pata:—¡Carachas! ¡Que me quemol!—Metió la otra pata y salió bailando de dolor:—¡Demontres de arroz con leche, para estar pelando!—Pero como eran muchas las ganas de golosear, acercó un banco al fuego y se subió a él para mirar dentro de la olla...!

El arroz estaba hierve que hierve, y como la Cucarachita le había puesto queso en polvo y unas astillitas de canela, salía un olor que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó para meter las narices entre aquel vaho que olía a gloria. Pero el pobre se resbaló...y cayó dentro de la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la puerta atrancada. Tuvo que ir a hablarle a un car

pintero para que viniera a abrirla. Cuando entró, el corazón le avisaba que había pasado una desgracia. Se puso a buscar a su marido por todos los rincones. Le dieron ganas de asomarse a la olla de arroz con leche...y ¡va viendo!...a su esposo bailando en aquel caldo.

La pobre se puso como loca y daba unos gritos que se oían en toda la cuadra. Los vecinos la consideraban, sobre todo al pensar que estaba tan recién casada. Mandó a traer un buen ataúd, metió dentro de él al difunto y lo colocó en media sala. Ella se sentó a llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—Cucarachita Mandinga,
¿por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita
me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar, que al verla sin una alita, le preguntó:—Palomita, ¿por qué te cortaste una alita?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y yo por ser palomita
me corrí una alita.

Entonces el palomar dijo:

—Pues yo por ser palomar
me quitaré el alar.

Pasó la reina y le preguntó:

—Palomar, ¿por qué te quitaste el alar?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita se cortó una alita...
Y yo por ser palomar
me quité mi alar.

La reina dijo:

—Pues yo por ser reina,
me cortaré una pierna,

Llegó la reina renqueando donde el rey, que le preguntó:

—Reina, ¿por qué te cortaste una pierna?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita.
el palomar
se quitó su alar,
y yo por ser reina,
me corté una pierna.

El rey dijo:

—Pues yo por ser rey,
me quitaré mi corona.

Pasó el rey sin corona por donde el río, que le preguntó:

—Rey, ¿por qué vas sin corona?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
y yo por ser rey,
me quité la corona.

El río dijo:

—Pues yo por ser río,
me tiraré a secar...

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco, le preguntaron:

—Río, ¿por qué estás seco?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó su corona...
Y yo por ser río,
mi tiré a secar...

—Pues nosotras por ser negras, quebramos los cántaros.

Pasaba un viejito, quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

—¿Por qué quebráis los cántaros?

—Porqué Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó la corona,
el río
se tiró a secar
y nosotras por ser negras
quebramos los cántaros. .

El viejito dijo:

—Pues yo por ser viejito,
me degollaré.

Y se degolló.

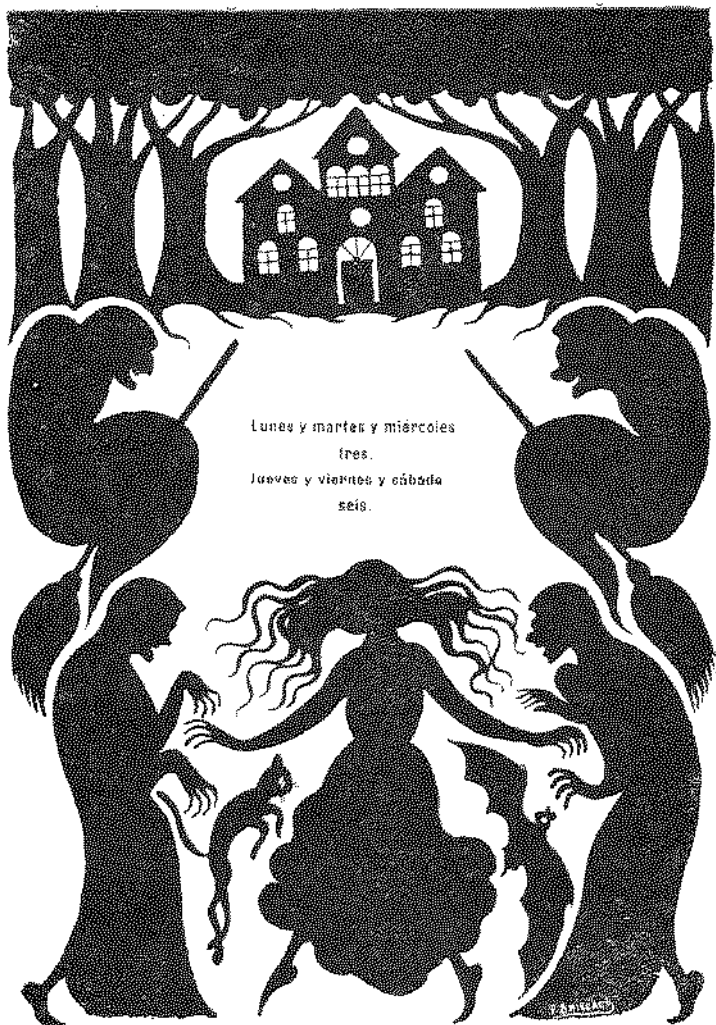
* *
*

Entre tanto llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumboso e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd tocando. Los violines y los violones decían:

—¡Por jartón, por jartón,
por jartón
se calló entre la olla!

Y me meto por un huequito y me salgo por otro
para que ustedes me cuenten otro.



Lunes y martes y miércoles
tres.
Jueves y viernes y sábado
seis.

VANIGAN

Salir con un domingo siete

HABÍA UNA vez dos compadres güechos, uno rico y otro pobre. El rico era muy mezquino, de los que no dan ni sal para un huevo. El pobre, iba todos los viernes al monte a cortar leña que vendía en la ciudad cuando estaba seca.

Uno de tantos viernes se extravió en la montaña, y le cogió la noche sin poder dar con la salida. Cansado de andar de aquí y de allá, resolvió subirse a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta el cucurucho. Al rato de estar allí, vió de pronto que a lo lejos se encendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba. Al irse acercando, vió que se trataba de una gran casa iluminada, situada en un claro del bosque. Parecía como si en ella se celebrara una gran fiesta. Se oía música, cánticos y carcajadas.

El hombre aseguró su bestia y se fué acercando poquito a poco.

La parranda era muy adentro, porque las salas que estaban a la entrada se encontraban vacías. En puntillas se fué metiendo, se fué metiendo hasta que

dió con lo que era. Se escondió detrás de una puerta y se puso a curiosear por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como los micos y que cantaban a gritos esta única canción:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban de sus bailes y siempre en su dele que dele:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Aburrido el compadre pobre de oír la misma cosa, agregó cantando con su vocecilla de gñeche:

Jueves y viernes y sábado
seis.

Gritos y brincos cesaron.

—¿Quién ha cantado?—preguntaban unas.

—¿Quién ha arreglado tan bien nuestra canción?—decían otras.

—¡Qué cosa más linda! ¡Quien ha cantado así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin dieron con el compadre pobre, que estaba en un temblor detrás de la puerta.

¡Ave María! No hallaban dónde ponerlo: unas lo levantaban, otras lo bajaban, y besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó:—Le vamos a cortar el gñeche.

Y todas respondieron:—Sí, sí!

El pobre hombre dijo:—¡Eso sí que no!

Pero antes de acabar, ya estaba la inventora rebanándole el güeche con un cuchillo, sin que él sintiera el menor dolor y sin que derramara una gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros sacos llenos de oro y se los ofrecieron en pago de haberles terminado su canto.

El trajo su burro, cargó los talegos y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

Lunes y martes y miércoles
tres.
Jueves y viernes y sábado
seis.

Sin dificultad llegó a su casita, en donde su mujer y sus hijos le esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo.

Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico y le pidiese un cuartillo para medir el oro que traía.

Ella fué y dijo a la mujer del compadre rico, que estaba sola en casa:—Comadríta, ¿quiere prestarme el cuartillo? Es que vamos a medir unos frijolitos que cogió mi marido.

Pero la mujer del compadre rico se puso a pensar:—Cállate, ¿acaso tu marido ha sembrado nada? ¿Quién mejor que nosotros sabe que no tienen más terreno que ese en que están clavadas las cuatro estacas del rancho?

Y untó de cola el fondo del cuartillo para averiguar qué iban a medir sus compadres pobres.

Estos midieron tantos cuartillos de oro que hasta perdieron la cuenta.

Al devolver la medida, no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas cuantas monedas. La comadre rica que era muy angurrienta, y que no podía ver bocado en boca ajena, al ver aquello se santiguó y se fué a buscar a su marido.

—Mirá, ¿vos decís que tu compadre es un arrancado, que tiene casi que andar con una mano atrás y otra delante para taparse, que no tiene ni donde caerse muerto? Pues estás muy equivocado...

—Y la mujer mostró el cuartillo, contó lo ocurrido y lo estuvo cucando hasta que hizo al compadre rico irse a buscar al pobre.

—Ajá, compadrito —le dijo.— ¡Qué indino es usted! ¿Conque tenemos que medir el oro en cuartillo?

El otro, que era un hombre que no mentía, contó su aventura sencillamente.

¡El rico volvió a su casa con una envidia!

La mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña. — Quién quita —le dijo— que te pase lo mismo.

El viernes muy de mañana se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que volar hacha.

Al anoecer se metió en lo más espeso de la montaña y se perdió.

Se subió a un árbol, vió la luz y se fué hacia ella. Llegó a la casa en donde las brujas celebraban cada viernes sus fiestas. Hizo lo mismo que su compadre pobre y se metió detrás de la puerta. Estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes y miércoles
tres;

Jueves y viernes y sábado
seis.

Cuando la vocecilla del güecho cantó, toda hecha un temblor:

Domingo siete...

¡Ave María! ¡Para qué lo quiso hacer!

Las brujas se pusieron furiosísimas a jalarse las mechas y a gritar de cólera:

—¿Quién es el atrevido que nos ha echado a perder nuestra canción?

—¿Quién es quien ha salido con ese «Domingo siete»?

Y buscaban enseñando los dientes, como los perros cuando van a morder.

Encontraron al pobre hombre y lo sacaron a trompicones y jalonazos.

—Vas a ver la que te va a pasar, güecho de todita la trampa—dijo una que salió corriendo hacia el interior. Luego volvió con una gran pelota entre las manos, que no era otra cosa que el güecho del compadre pobre, y ¡pan! le plantó en la nuca del infeliz, en donde se pegó como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas, las libraron de sus cargas de leña y las echaron monte adentro.

Al amanecer fué llegando mi compadre rico a su casa con dos güechos, todo dolorido y sin sus cinco mulas y por supuesto, a la vieja se le regaron las bilis y tuvo que coger cama.



La Flor del Olivar

EN UN PAÍS muy lejos de aquí, había una vez un rey ciego que tenía tres hijos. Lo habían visto los médicos de todo el mundo, pero ninguno pudo devolverle la vista.

Un día pidió que lo sentaran a la puerta de su palacio a que le diera el sol. El sintió que pasaba un hombre apoyado en un bordón, quien se detuvo y le dijo:

—Señor rey, si Ud. quiere curarse, lávese los ojos

con el agua en donde se haya puesto la Flor del Olivar.

El rey quiso pedirle explicaciones, pero el hombre se alejó, y cuando acudieron los criados a las voces de su amo y buscaron, no había nadie en la calle ni en las vecindades.

El rey repitió a sus hijos la receta, y ofreció que su corona sería de aquel que le trajera la Flor del Olivar. El mayor dijo que a él le correspondía partir primero. Buscó el mejor caballo del palacio, hizo que le prepararan bastimento para un mes y partió con los bolsillos llenos de dinero.

Anda y anda y anda hasta que llegó a un río. A la orilla había una mujer lavando, que parecía una pordiosera y cerca de ella, un chiquito, flaquito como un pijije y que lloraba que daba compasión oírlo. La mujer dijo al príncipe:—Señor, por amor de Dios deme algo de lo que lleva en sus alforjas; mi hijo está llorando de necesidad.

—¡Que coma rayos, que coma centellas ese llore-tas! Todo lo que va en las alforjas es para mí. —Y continuó su camino. Pero nadie le dió razón de la Flor del Olivar. Se devolvió y en una villa que había antes de llegar a la ciudad de su padre, se metió a una casa de juego y allí jugó hasta los calzones.

Al ver que pasaban los días y no regresaba el príncipe, partió el hijo segundo, bien provisto de todo. Le ocurrió lo que al hermano: vió la mujer lavando con un niño esmorecido a su lado; le pidió de comer y éste que era tan mal corazón como el otro, le respondió:—¡Que coma rayos, que coma centellas! Yo no ando alimentando hambrientos.—Tuvo que devolverse porque en ninguna parte le daban noticias de la Flor

del Olivar. Se encontró con su hermano que lo entorotó a que se quedara jugando su dinero.

Por fin, el último hijo del rey, que era casi un niño, salió a buscar la Flor del Olivar. Tomó el mismo camino que sus hermanos y al llegar al río encontró a la mujer que lavaba y al niño que lloraba.

Preguntó por qué lloraba el muchachito y la mujer le contestó que de hambre. Entonces el príncipe bajó de su caballo y buscó de lo mejor que había en sus alforjas y se lo dio a la pordiosera. En su tacita de plata vació la leche que traía en una botella, con sus propias manos desmigó uno de los panes que su madre la reina había amasado, puso al niño en su regazo y le dió con mucho cariño las sopas preparadas; luego lo durmió, lo envolvió en su capa y lo acostó bajo un árbol.

La mujer, que no era otra que la Virgen, le preguntó en qué andenes andaba, y él le contó el motivo de su viaje.

—Si no es más que eso, no tiene Ud. que dar otro paso—le dijo la Virgen—. Levante esa piedra que está al lado de mi hijito, y ahí hallará la Flor del Olivar.

Así lo hizo el príncipe y en una cuevita que había bajo la piedra, estaba la Flor, que parecía una estrella. La cortó, besó al niño, se despidió de la mujer, montó a caballo y partió.

Al pasar por donde estaban sus hermanos, les enseñó la Flor. Ellos le llamaron y le recibieron con mucha labia. Lo convidaron a comer y mientras fué a desensillar su caballo, ellos se aconsejaron. En la comida le hicieron beber tanto vino que se embriagó.

Cuando estuvo dormido, se lo llevaron al campo,

lo mataron, le quitaron la Flor y lo enterraron. Sin querer le dejaron los deditos de la mano derecha fuera de la tierra.

Los príncipes volvieron donde su padre con la Flor, que fue puesta en agua en la que se lavó el rey sus ojos, que al punto vieron. Entonces dijo a sus hijos que al morir, su inmenso reino se dividiría en dos y así ambos serían reyes.

Entre tanto, los deditos del cadáver retoñaron y nació allí un macizo de cañas. Un día pasó un pastor y cortó una caña e hizo una flauta. Al soplar en ella se quedó sorprendido al oír cantar así:

No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar;
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El pastor fué a enseñar la flauta maravillosa y los que la oyeron le aconsejaron que se fuera a la ciudad y que allí todo el mundo pagaría por oírla. Así lo hizo y a los pocos días no se quedaba en la ciudad quien no anduviera en busca del pastor dueño de aquel instrumento maravilloso.

Llegó la noticia a oídos del rey, y éste hizo llevar al palacio al pastorcito. Al oír la flauta, recordó la voz de su hijo menor a quien tanto amaba y del que nunca había vuelto a saber nada. Pidió al pastor la flauta y se puso a tocarla y con gran admiración de todos, la flauta cantó así:

No me toques, padre mio
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El rey se puso a llorar. Acudieron la reina y los príncipes.

El rey pidió a la reina que tocara la flauta, que entonces dijo:

No me toques, madre mía
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

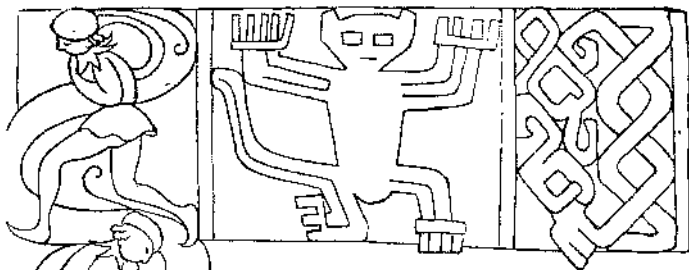
El rey quiso que su hijo segundo tocara. Todos vieron que los dos príncipes estaban pálidos y con las piernas en un temblor. El príncipe trató de negarse, pero el rey lo amenazó. La flauta cantó:

No me toques, hermano mío,
ni me dejes de tocar,
que aunque tu no me mataste
me ayudaste a enterrar.

El príncipe mayor, por orden de su padre tuvo que tocar la flauta:

No me toques, perro ingrato,
ni me dejes de tocar,
que tu fuiste el que me mataste
por la Flor del Olivar.

El pobre rey mandó a meter a sus hijos en un calabozo y él y la reina se quedaron inconsolables por toda la vida.



La Mica

HABÍA UNA vez un rey que tenía tres hijos. Y el rey estaba desconsolado con sus hijos, porque los encontraba algo mamitas y él deseaba que fueran atrevidos y valientes. Se

puso a idear cómo haría para sacarlos de entre las enaguas de la reina, quien los tenía consentidos como a criaturas recién nacidas y no deseaba ni que les diera el viento.

Un día los llamó y les dijo — Muchachos, ¿por qué no se van a rodar tierras? Le ofrezco el tro-



no a aquel que venga casado con la princesa más hábil y bonita. Y lo mejor será que no digan nada a su mama, porque ¿quién la quiere ver, si ustedes chistan algo de lo que les he propuesto?

Y dicho y hecho: a escondidas de la reina los príncipes alistaron su viaje. Para no dar malicia, no salieron todos el mismo día: primero salió el mayor, un lunes; después el de en medio, el miércoles; y el menor, el sábado.

El mayor cogió la carretera y anda y anda, llegó al anochecer a pedir posada a una casita aislada entre un potrero. Cuando se acercó, oyó unos gritos dolorosos, se asomó por una hendidura y vió a una vieja que estaba dando de latigazos a una pobre miquita que lloraba y se quejaba como un cristiano, encaramada en un palo suspendido por mecates de la solera. El príncipe llamó: ¡Upe! ña María...

La vieja se asomó alumbrando con la candela.

Era una vieja más fea que un susto en ayunas: tuerta, con un sólo diente abajo, que se le movía al hablar, hecha la cara un arruguero y con un lunar de pelos en la barba.

El joven pidió posada y la vieja le contestó de mal modo que su casa no era hotel, que si quería se quedara en el corredor y se acostara en la banca.

El príncipe aceptó, porque estaba muy rendido. Desensilló la bestia, la amarró de un horcón y él se echó en la banca y se privó.

Allá muy a deshoras de la noche, se recordó asustado porque alguien lo tiraba de una manga. Sobre él, colgando del rabo, estaba la mica, que se había salido quién sabe por dónde. Iba a gritar el príncipe, pero

ella le puso su manecita peluda en la boca y le dijo: No grités, porque entonces va y me pillan aquí y me dan otra cuereada. Mirá, vengo a proponerte matrimonio y me sacás de esta casa.

Al muchacho le cogieron unas grandes ganas de reír, y no fué cuento, sino que reventó en una carcajada.

—Vos sos tonta—le contestó.—¿Cómo me voy yo a casar con una mica? Si querés te llevo conmigo, pero para divertirme.

La pobre animalita se echó a llorar.—Así no, entonces no; yo sólo casada puedo salir de aquí. Y se puso a contar los malos tratos que le daba la vieja y a querer que le tocara su cuerpo y viera como lo tenía de llagado de los golpes. Pero el príncipe no la veía, porque se había vuelto a dejar caer y estaba dormido. Otro día muy de mañana se levantó y oyó otra vez a la vieja dando de escobazos a la mica. No tuvo lástima y siguió su camino.

Eso mismo le pasó al hijo segundo, quien siguió por la misma carretera. Este tampoco quiso cargar con la mica.

El tercero tomó también la carretera y al anochecer llegó a la casita del potrero. Y la misma cosa: la vieja dando de palos a la mica. Pero éste tenía el corazón derretido y no podía con la crueldad. Abrió la puerta, le quitó el palo a la vieja y la amenazó con darle con él si no dejaba a aquel pobre animal.

La vieja se puso como un toro guaco de brava y no quería dar posada al príncipe, pero él dijo que se quedaría en la banca del corredor y que allí pasaría la noche, aunque se enojara el Padre Eterno.

Y de veras, allí pasó la noche.

Allá en la madrugada lo despertaron unos jalnazos que le daban. Despertó azorado, restregándose los ojos. Una manita peluda le tapó la boca. Como ya comenzaban las claras del día, distinguió a la mica que se mecía sobre él, agarrada del techo por el rabo. Y la miquita se puso a llorar y a contarle su martirio. Luego le propuso matrimonio. Al principio el joven le llevó el corriente y quiso tomarlo a broma; le ofreció llevarla consigo y tratarla con mucho cariño, pero la mica comenzó a sollozar con una gran tristeza y por su carita peluda corrían las lágrimas.

—Así no—contestó—es imposible. Esta mujer es bruja y sólo si hallo quien se case conmigo, podré salir de entre sus manos.

Este príncipe, que siempre había sido de impetus, se decidió de repente a casarse con la mica. Donde dijo que sí, retumbó la casa y entre un humarascó apareció la bruja que gritaba:—¡Y ahora cargá con tu mica para toda tu vida!

El sintió de veras como si una cadena atara a su vida la de aquel animal. El príncipe montó a caballo y se puso la mica en el hombro. Conforme caminaba reflexionaba en su acción, y comprendía que había hecho una gran tontería.

A cada rato inclinaba más la cabeza. ¿Qué iba a decir su padre cuando le fuera a salir con que se había casado con una mona? ¡Y su madre, que no encontraba buena para sus hijos ni a la Virgen María! ¡Cómo se iban a burlar sus hermanos y toda la gente! La mica, que parecía que le iba leyendo el pensamiento, le dijo:—Mire, esposo mío. No vayamos a nin-

guna ciudad. Metámonos entre esa montaña que se ve a su derecha y en ella encontraremos una casita que será nuestra vivienda.

El otro obedeció y a poco de internarse, dieron con una casa de madera que no tenía más que sala y cocina, con muebles pobres, pero todo que daba gusto de limpio. Al frente estaba una huerta y atrás un maizal y un frijolar, chayotera y matas de ayote que ya no tenían por donde echar ayotes.

La mica pidió al príncipe que fuera a buscar leña; ella cogió la tinaja y salió a juntar agua a un ojo de agua que asomaba allí no más. Un rato después, por el techo salía una columnita de humo y por la puerta, el olor de la comida que preparaba la mica y que abría el apetito.

Y así fué pasando el tiempo.

Los tres príncipes habían quedado en encontrarse al cabo de un año en cierto lugar.

El marido de la mica siempre estaba muy triste y pensaba no acudir a la cita. Pero ella, cuando se iba acercando el día señalado, le dijo:—Espóso mío, mañana váyase para que el sábado esté en el lugar en que encontrará a sus hermanos.

El le preguntó:—¿Cómo sabés vos?

Pero ella guardó silencio.

De veras, otro día partió. La mica tenía los ojos llenos de agua al decirle adiós y a él le dió mucha lástima.

Cuando llegó al lugar, ya estaban allí sus hermanos, muy alegres. Le contaron que se habían casado con unas princesas lindísimas, que tenían unas manos que sabían hacer milagros. El pobre no mosticaba

palabra y al oírlos, sentía ganas de que se lo tragara la tierra.

—Y vos, hombré, contanos cómo es tu mujer—le preguntaron.

No se atrevió a confesar la verdad y les metió una mentira:—Es una niña tan bella que se para el sol a verla, y sabe convertir los copos de algodón en oro que hila en un hilo más fino que el de una telaraña.

Y sus hermanos al escucharlo, sintieron envidia. Cuando llegaron donde sus padres, fueron recibidos con gran alegría. Cada uno se puso a poner a su esposa por las nubes.

—Bueno—les dijo el rey—quiero antes que nada ver los prodigios que saben hacer. Cada una va a hilar y a tejer una camisa para mí y otra para la reina, tan finamente, que un muchachito de pocos meses las pueda guardar en su mano. A ver cuál queda mejor. Les doy un mes de plazo.

Volvieron los príncipes donde sus mujeres y les explicaron el deseo del rey. Inmediatamente las princesas encargaron seda finísima y se pusieron a hilar. La mica no hizo nada, ni volvió a mentar la camisa. El marido la llamaba al orden, pero se hacía como si no fuera con ella y el príncipe se ponía cada vez más triste. El día de ir al palacio, lo despertó la mica muy de mañana; ya le tenía el caballo ensillado.

—¿Para qué me has ensillado mi bestia? No pienso ir adonde mis padres, porque no puedo llevarles lo que me pidieron.

Entonces ella le entregó dos semillas de tacaco.

—Aquí están las camisas—le dijo.

El muchacho no quería creer, pero la mica le dijo

que si al abrirlas ante su padre no tenía lo que deseaba, él quedaría libre de ella.

Partió el príncipe y en el camino encontró a sus hermanos, que en cajas de oro, llevaban las camisas de un tejido de seda muy fino. Las costuras apenas si se veían y los botones eran de oro. Cuando el menor enseñó sus semillas de tacaco, los mayores le hicieron burla. Al llegar ante el rey, se regocijó éste del trabajo de las dos nueras y se puso furioso cuando el otro le dió las semillas de tacaco. Como las cogió con cólera, las destripó y entonces de cada una salió una camisa de tela tan fina que una hoja de rosa se veía ordinaria a la par, y de una blancura tal, que parecía tejida con hebras hiladas del copo de la luna. Los botones eran piedras preciosas y las costuras no se podían ver ni buscándolas con lente. El rey y la reina casi se van de bruces y los hermanos salieron avergonzados y envidiosos.

—Bueno— dijo el rey.—Estoy muy satisfecho del trabajo de vuestras esposas. Ahora que cada una me envíe un plato. Quiero ver cuál cocina mejor. Les doy una quincena de plazo.

El menor volvió muy contento donde su mica y le contó el nuevo capricho de su padre. La mica no volvió a mencionar el asunto, pero el príncipe esta vez esperó pacientemente. Eso sí, se sintió algo intranquilo cuando llegado el día, la vió coger para el cerco y volver con un gran ayote que echó a cocinar en la olla.

—Me le va a llevar esto a su tata—le dijo sacándolo y echándolo en un canasto.

El no hallaba como ir llegando con aquello. Pero los ojillos de la mica estaban nadando en malicia. En-

tonces se decidió, cogió su canasta y echó a andar. En el camino encontró a sus hermanos que venían seguidos de criados cargados de bandejas de oro y plata, con manjares exquisitos preparados por sus esposas.

Cuando lo vieron a él con su ayote entre un canasto, se burlaron y le hicieron chacota.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a servir los platos y el rey y la reina hasta que se chupaban los dedos. Pero cuando fueron entrando con el ayote entre el canasto, el rey se enfureció como un patán y lo cogió y lo reventó contra una pared. Y al reventarse, salió volando de él una bandada de palomitas blancas, unas con canastillas de oro en el pico, llenas de manjares tan deliciosos como los que se deben de comer en el cielo en la mesa de Nuestro Señor; otras con flores que dejaban caer sobre todos los presentes. ¡Ave María! ¡Aquello sí que fué algazara y media!

El rey les dijo:—Bueno, ahora quiero que me traigan una vaquita que ojalá se pueda ordeñar en la mesa, a la hora de las comidas. Les dió ocho días de plazo.

Los príncipes se fueron renegando de su padre tan antojado. Llegaron de chicha a contar cada uno a su esposa el antojo del rey. Sólo el menor no dijo nada, porque la cosa le parecía imposible.

A los ocho días fué entrando la mica con un cañuto de caña de bambú y lo entregó a su esposo:—Tome, hijo, y vaya al palacio. Tenga confianza y verá que le va bien. No lo abra hasta que llegue allá.

El muchacho cogió el cañuto y partió. En el patio encontró a sus hermanos con unas vaquitas enanas

del tamaño de un ternero recién nacido y llenas de cintas. Al verlo entrar sin nada, se pusieron a codearse y a reír.

A la hora del almuerzo fueron entrando con sus vacas y se empeñaron en que se subieran a la mesa, pero allí los animales dejaron una quebrazón de loza y una hasta una gracia hizo en el mantel. El rey y la reina se enojaron mucho y se levantaron de la mesa sin atravesar bocado.

A la comida, el rey preguntó a su hijo menor por su vaquita. El sacó el cañuto de caña de bambú, lo abrió y va saliendo una vaquita alazana con una campanita de plata en el pescuezo y los cachitos y los casquitos de oro. Las teticas parecían botoncitos de rosa miniatura. Se fué a colocar muy mancita frente al rey sobre su taza, como para que la ordeñara. El rey lo hizo y llenó la taza de una leche amarillita y espesa. Después se colocó ante la reina e hizo lo mismo, y así fué haciendo con cada uno de los que estaban sentados. Todos tenían un bigote de espuma sobre la boca.

Por supuesto que ustedes imaginarán cómo estaban los reyes con su hijo menor. ¡Ni para qué decir nada de esto!

Los otros, que se veían perdidos, salieron con el rabo entre las piernas.

—Ahora—dijo el rey—quiero que me traigan a sus esposas el domingo entrante.

—¡Aquí sí que me llevó la trampa!—pensó el hijo menor. Por un si acaso, se fué a las tiendas y compró un corte de seda, un sombrero, guantes, zapatillas, ropa interior, polvos, perfume y qué sé yo.

Y llegó con sus regalos adonde su esposa y le contó lo que deseaba su padre. La mica se hizo la sorda y en toda la semana trabajó nada más que en sus labores de costumbre: barrer, limpiar, hacer la comida y lavar.

Cada rato el marido le decía:—Hija, ¿por qué no saca el corte que le traje y hace un vestido?

Pero ella lo que hacía era encaramarse en su trapico que estaba suspendido de la solera y hacer maroma colgada del rabo.

Cuando la veía en estas piruetas al príncipe se le fruncía la boca del estómago de la vergüenza... ¡Si su esposa no era sino una pobre mica!

El sábado pidió a su marido que fuera a conseguir una carreta y que la pidiera con manteado para ir así a conocer a sus suegros. El quiso persuadirla de que era muy feo ir en carreta, menos adonde el rey; que se iban a reír de ellos; que la gente de la ciudad era rematada y que por aquí y por allá. Pero la mica metió cabeza y dijo que si no iba en carreta, no iría.

El príncipe pensaba que eso sería lo mejor, y a ratos intentó no volver a poner los pies en el palacio, pero el caso es que fué a buscar y contratar la carreta.

El domingo quiso que su esposa se arreglara y adornara, que se envolviera siquiera en la seda que él había traído, porque deseaba que no le vieran el rabo. La mica, que era cabezona como ella sola, no quiso hacer caso y le contestó:

—Mire, hijo, para el santo que es con un repique basta.—Y se pasó la lengüilla rosada por el pelo.

Lo mandó que se fuera adelante y ella se metió entre la carreta.

El príncipe encontró de camino a sus hermanos que iban en sendas carrozas de cuatro caballos, cada uno con su esposa llena de encajes y plumas que pegaban al techo del coche. Eran hermosotas, no se podía negar, y el joven volvió la cabeza y pegó un gran suspiro cuando allá vió venir la carreta pesada y despaciosa.

—¿Y tu mujer?—preguntaron los hermanos.

—Allá viene en aquella carreta.

Las señoras se asomaron y se taparon la boca con el pañuelo para que su cuñado no las viera reír. Los príncipes se pusieron como chiles, al pensar lo que podrían imaginar sus mujeres al ver que su cuñada venía entre una carreta cubierta con un manteado, como una campiruzza cualquiera.

Llegaron a la puerta del palacio. El rey y la reina salieron a recibir a sus hijos. Las dos nueras al inclinarse les metieron los plumajes por la nariz. En esto la carreta quiso entrar en el patio, pero los guardias lo impidieron.

—¿Y tu esposa?—preguntó el rey al menor de sus hijos, que andaba para adentro y para afuera haciendo pinino.

—Allí viene entre esta carreta—contestó chillado.

—¡Entre esa carreta! Pero hijo, vos estás loco!

Y el gentío que estaba a la entrada del palacio se puso a silbar y a burlarse, al ver la carreta con su manteado detrás de aquellas carrozas que brillaban como espejos.

El rey gritó que dejaran pasar la carreta.

Y la carreta fué entrando, cararán cararán... Se detuvo frente a la puerta...

¡Al príncipe un sudor se le iba y otro se le venía! Deseaba que la tierra se lo tragara. Tuvo que sentarse en una grada, porque no se podía sostener. ¡ya le parecía oír los chifidos de la gente donde vieran salir de la carreta una mica!

¡Pero fué saliendo una princesa tan bella que se paraba el sol a verla, vestida de oro y brillantes, con una estrella en la frente, riendo y enseñando unos dientes, que parecían pedacitos de cuajada!

Lo primero que hizo fué buscar al menor de los príncipes. Le cogió una mano con mucha gracia y le dijo:—Esposo mío, presénteme a sus padres.—Cuando se los hubo presentado, los reyes se sintieron encantados porque hacía unas reverencias y decía unas cosas con tal gracia, que jamás se había visto.

El rey en persona la llevó de bracete al comedor y la sentó a su derecha. Durante la comida, sus conuñas, que no le perdían ojo, vieron que la princesa se echaba entre el seno, con mucho disimulo, cucharadas de arroz, picadillo, pedacitos de pescado y empanadas. Por imitarla hicieron lo mismo. Después hubo un gran baile. Cuando empezaron a bailar, la princesa se sacudió el vestido y salieron rodando perlas, rubíes y flores de oro. Las otras creyeron que a ellas les iba a pasar lo mismo y sacudieron sus vestidos, pero lo que salió fueron los granos de arroz, el picadillo, los pedazos de carne y las empanadas. Los reyes y sus maridos sintieron que se les asaba la cara de vergüenza.

Luego el rey cogió a su hijo menor y a su esposa

de la mano y los llevó al trono.—Ustedes serán nuestros sucesores—les dijo. Pero ella con mucha gracia le contestó:—Le damos las gracias, pero yo soy la única hija del rey de Francia, que está muy viejito y quiere que mi esposo se haga cargo de la corona.

Al oír que era la hija del rey de Francia, el rey casi se va para atrás, porque el rey de Francia era el más rico de todos los reyes, el rey de los reyes, como quien dice. La princesa habló algunas palabras al oído de su marido, quien dijo a su padre:

—Padre mío, por qué no reparte su reino entre mis dos hermanos? Así estará mejor atendido.

Al rey le pareció muy bien y allí mismo hizo la repartición. Los hermanos quedaron muy agradecidos. Luego se despidieron y se fueron para Francia en una carroza de oro con ocho caballos blancos que tenían la cola y las crines como cataratas espumosas. Esta carroza llegó cuando la carreta que trajo a la princesa iba saliendo del patio del palacio, y cuando estuvieron solos, la niña le contó que una bruja enemiga de su padre, porque éste no había querido casarse con ella, se vengó convirtiéndole a su hija en una mica la que volvería a ser como los cristianos cuando un príncipe quisiera casarse con esa mica.

Y después vivieron muy felices.

Y yo fui
y todo lo vi
y todo lo curiosé.
y nada saqué.



El tonto de las adivinanzas

Había una vez una viejita que tenía dos hijos: uno vivo y otro tonto. Al mayor lo creían vivo porque era trabajador, amigo de guardar su plata y de plantarse bien los domingos. El otro gastaba en tonteras cuanto cinco le caía en las manos, y no le importaba un pito andar hecho un candil de sucio; y le decían por mal nombre «El Grillo».

Un día llegó un vecino y le dijo que en el pueblo andaba el cuento de que el rey

ofrecía casar a su hija con aquel que pusiera a Su Majestad tres adivinanzas que no pudiera adivinar, y que le adivinaran otras tres que Su Majestad pondría.

Otro día se levantó el tonto muy de mañana y dijo a la viejita:

—Mama, sabe que he ideado ir yo onde el rey a ver si me gano l'hija. Quien quita que pueda yo sacarlos a ustedes de jaranas.

—Jesús, apiate y mirá estas cosas,—contestó la viejita al oír a su hijo.—Callate, tonto de mis culpas, y no me volvás a salir con tus tonteras. Y lo trapió y le dijo unas cosas que no me atrevo a repetir.

Pero el muchacho metió cabeza, y cuando la viejita lo vió fué ensillando a Panda, su yegua. Entonces, como no había más remedio, se puso a prepararle un almuerzo para el camino. Fué al solar a cortar unas hojitas de orégano para echarle á una torta de arroz y huevo que le hacía, pero como estaba medio pipiriciega no se fijó que en vez de orégano, cogía unas hojas de una yerba que era un gran veneno.

—Por fin el hijo montó a Panda y dijo adiós á su madre y a su hermano, que habfan hecho todo lo posible por convencerlo de que desistiera de su viaje.

La pobre viejita salió a la tranquera a verlo irse y le dijo:—Que Dios te acompañe, hijó... Aquí nos dejás sólo Dios sabe cómo. Vas a ver que con lo que vas a salir es con una pata de banco.

El muchacho no hizo caso y cogió el camino. Al mucho andar sintió hambre, desmontó y sacó de sus alforjas el almuercito que le hiciëra su madre. Era en un lugar en donde no crecía ni una mata de hierba.

Sintió lástima al pensar que la pobre Panda iba a tener que ayunar. Entonces, aunque le tenía mucha gana a la torta, la cogió y se la dió a su yegua y él se comió un gallito de frijoles que bajó con bebida. Apenas la yegua se tragó la torta, cuando cayó pataleando y enseguida murió a consecuencia del veneno de las hojas con que la viejecita quiso dar gusto a la torta, creyendo que eran de orégano.

El muchacho se sentó al lado de su bestia a hacerle el duelo. En esto llegaron tres perros que se pusieron a lamer el hocico a la difunta. ¡Para qué lo hicieron! En seguidita cayeron también pataleando, y a poco murieron.

El tonto hizo un hueco para enterrar a Panda y mientras la enterraba, llegaron siete zopilotes que hicieron una fiesta con los tres perros. A poco los siete zopilotes pararon la vista y cayeron tiesos.

Entonces, el tonto que no era tan dejado como creían, secó sus lágrimas y se dijo:—No hay mal que por bien no venga . . . Ya tengo mi primera adivinanza.

Siguió anda y anda y se encontró con una vaca que se había despeñado y que estaba en las últimas. La acabó de matar y halló entre su panza un ternerito que estaba para nacer. Lo sacó, asó parte de la carne del animalito y se la comió. Siguió su camino y allá en el peso del día, vió unas palmeras de coco cargaditas de frutas. Como tenía mucha sed, subió a una, cogió unos cocos y bebió su agua.

Por fin llegó al palacio del rey y se hizo anunciar como un pretendiente a la mano de su hija. Los criados y los señores se pusieron a hacerle burla:

—¡Lo que no han podido personas inteligentes lo va

a poder este no-nos-dejes!—decían y se morían de risa.

El rey le hizo algunas reflexiones:—Que si no ganaba, lo ahorcaría y que esto y lo de más allá, pero él no hizo caso.

La princesa se horrorizó al imaginar que tuviera que casarse con aquel tonto, y por un si acaso, le propuso que si se salía con la suya, se comprometiera a calzarse (porque era descalzo) y vestirse como los señores y, que si no, no habría nada de lo dicho. Y el tonto dijo que bueno.

Se reunió un gran gentío en el salón del palacio: el rey con su hija en su trono, los ministros, los duques, los marqueses y cuanta persona que era gran pelota en el país. Y va entrando mi tonto muy en ello y con mucha tranquilidad. como si estuviera en la cocina de su casa, dijo: Allá te va la primera, señor rey:

“Torta mató a Panda.

Panda mató a tres;

tres muertos mataron a siete vivos”.

El rey se puso a reflexionar y fué de reflexionar como una hora, y no pudo dar en el chiste. Por fin se dió por vencido. El tonto explicó:—Panda, mi yegua, murió a consecuencia de haberse comido una torta envenenada; llegaron tres perros, le lamieron el hocico y enseguida murieron; bajaron siete zopilotes, se comieron a los perros y también murieron.

Luego el tonto dijo:—Allá te va la segunda: “Comí carne de un animal que no corría sobre la tierra, ni volaba por los aires, ni andaba en las aguas”.

Vuelta el rey a cavilar y al cabo de una hora se dió por vencido. El muchacho explicó:—Encontré una

vaca que se había despeñado y que estaba boqueando, la acabé de matar y le saqué de la panza un ternerito que estaba para nacer. Lo asé y comí de su carne.

Luego el muchacho dijo:—Allá te va la tercera: “Bebí agua dulce que no salía de la tierra, ni caía del cielo”.

Tampoco pudo esta vez adivinar el rey, y el tonto explicó:—Me bebí el agua de unos cocos y ya ve, señor rey, como al mejor mono se le cae el zapote.

Le llegó el turno al rey de proponer sus adivinanzas.

Mandó cortar a una chanchita el rabo y lo puso entre una caja de oro que presentó al tonto y le preguntó:—¿Adivinás lo que tengo aquí?—El se rascó la cabeza y al verse en este apuro, se dijo en voz alta: —“Aquí fué donde la puerca torció el rabo...”

El rey casi se va de bruces.

—¡Muchacho! ¿Cómo has hecho para adivinar?

El tonto comprendió que de pura chiripa había acertado, y como no era tan tonto, dijo haciéndose el misterioso:—Eso no se puede decir... Eso es muy sencillo para mí..

Entonces el rey fué a su cuarto, cogió un grillo que cantaba en un rincón, lo encerró entre su mano y y se lo presentó.—¿Qué tengo aquí?

El muchacho se puso a ver para arriba, y viendo que nada se le ocurría, se dijo en voz alta:— ¡Ah caray! ¡Y en qué apuros tienen a este pobre grillo! (como a él lo llamaban “El Grillo”..)

El rey se hizo de cruces, la princesa estaba en un hilo y la gente se volvía a ver, admirada.

—¡Muchacho de Dios! ¿Cómo has hecho para adivinar?

Otra vez los aires misteriosos para contestar:

--Muy fácil, pero no se puede decir...

Mandó a hacer el rey en un salón un altar con cortinas de oro y plata, candelabros de oro, candelas de cera rosada, floreros y muchos adornos, y sin que nadie lo viera, llenó un vaso de estiércol, lo envolvió bien en un paño de oro bordado con rubíes y brillantes y lo colocó en medio del altar. Hizo llamar al tonto y le preguntó:

—¿A qué no me adivinás qué tengo en ese altar?

—¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser?—pensaba el muchacho sudando la gota gorda.— Lo que es ahora sí que no adivino... Lo que me voy a sacar es que me ahorquen...—Luego, casi desesperado, dijo:—Bien me lo dijo mi mama que buen adivinador de m... sería yo.

El rey se quedó en el otro mundo.

—¡Muchacho! ¿Cómo has adivinado?—Y él respondió:—Muy fácil! Si así me las dieran todas.

Inmediatamente se comenzaron los preparativos para la boda. La princesa estaba que cogía el cielo con las manos. La pobre no tenía nadita de ganas de casarse con aquel gandumbas.

Llamó al zapatero para que le tomara las medidas a su futuro esposo de unos zapatos de charol, pero le aconsejó se los dejara lo más apretados que pudiera. Lo mismo al sastre con el vestido y mandó a comprar un cuello bien alto.

Cuando llegó el día del matrimonio, el tonto fué a vestirse de señor, pero todo fué ponerse aquellas botas de charol y comenzar a hacer muecas. Le pusieron

tirantes, el cuello que casi no le dejaba respirar y las mangas de la leva le quedaban tan angostas que se veía obligado a tener los brazos tan encogidos que parecía un chapulín. Pero lo que no se aguantó fué que le pusieran guantes. Cuando lo vieron fué sacándose la leva y arrancándose el cuello y la corbata y tirando todo por la ventana. Los zapatos de charol fueron a dar a un tejado.

—¡Adiós! ¡Caray!—gritó al verse libre de todas aquellas tonteras.—¿Yo por qué voy a andar a disgusto?

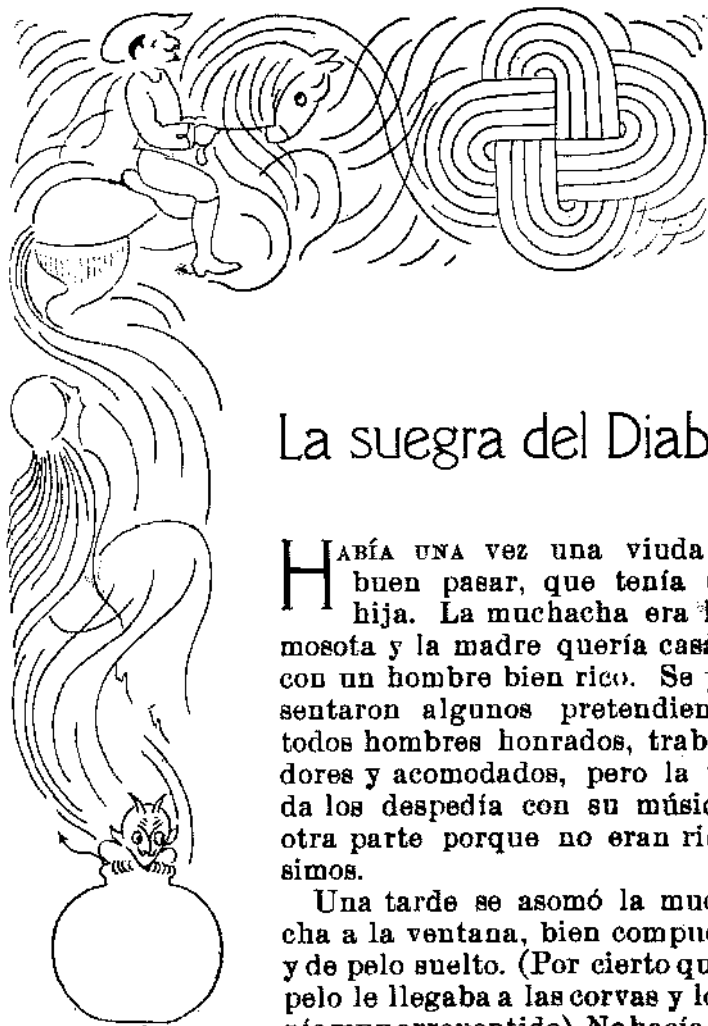
La princesa que estaba escondida detrás de una cortina, ya no podía de tanto reír.

El muchacho se fué a buscar al rey y le dijo:

—Mucho me gusta su hija, pero más me gusta andar a gusto. Me comprometí a casarme con ella si me vestía de señor, pero yo no sé cómo hacen para andar con los pies bien chimaos, con el pescuezo metido entre esta baina, bien echados para atrás, que les tiene que doler la caja del cuerpo... Prefiero volverme donde mi mama: allí ando yo como me da mi gana; y si me quedo aquí tendré que pasar mi vida como un Niño Dios en retoque. (*)

Entonces el rey le dió dos mulas cargadas de oro y el tonto se volvió a su casa, donde lo recibieron muy contentos.

(*) Parece que esas sonrientes esculturas que representan al Niño Dios, para retocarlas y trabajar sin dificultad, las aseguran con un tornillo que les meten por detrás.



La suegra del Diablo

HABÍA UNA VEZ una viuda de buen pasar, que tenía una hija. La muchacha era hermosa y la madre quería casarla con un hombre bien rico. Se presentaron algunos pretendientes, todos hombres honrados, trabajadores y acomodados, pero la viuda los despedía con su música a otra parte porque no eran riquísimos.

Una tarde se asomó la muchacha a la ventana, bien compuesta y de pelo suelto. (Por cierto que el pelo le llegaba a las corvas y lo tenía muy arrepentido). No hacía mu-

cho rato que estaba allí, cuando pasó un señor a caballo. Era un hombre muy galán, muy bien vestido, con un sombrero de pita finísimo, moreno, de ojos negros y unos grandes bigotes con las puntas para arriba. El caballo era un hermoso animal con los cascos de plata y los arneses de oro y plata. Saludó con una gran reverencia a la niña, y le echó un perico. La niña advirtió que el caballero tenía todos los dientes de oro. El caballo al pasar se volvió una pura pirueta. Desde la esquina, el jinete volvió a saludar a la muchacha, que se metió corriendo a contar a su madre lo ocurrido.

A la tarde siguiente, madre e hija bien alicoreadas, se situaron en la ventana. Volvió a pasar el caballero en otro caballo negro, más negro que un pecado mortal, con los cascos de oro, frenos de oro, riendas de seda y oro y la montura sembrada de clavitos de oro. La viuda advirtió que en la pechera, en la cadena del reloj y en el dedito chiquito de la mano izquierda, le chispeaban brillantes. Se convenció de que era cierto que tenía toda la dentadura de oro. Las dos mujeres se volvieron una miel para contestar el saludo del caballero.

Al día siguiente, desde buena tarde, estaban a la ventana, vestidas con las ropas de coger misa, volando ojo para la esquina. Al cabo de un rato, apareció el desconocido en un caballo que tenía la piel tan negra como si la hubieran cortado en una noche de octubre; las herraduras eran de oro y los arneses de oro, sembrados de rubíes, brillantes y esmeraldas.

Las dos se quedaron en el otro mundo cuando lo vieron detenerse ante ellas y desmontar. Las saludó

con grandes ceremonias. Lo mandaron pasar adelante, y la vieja que era muy saca la jícara cuando le convenía, llamó al concertado para que cuidara del caballo.

El desconocido dijo que se llamaba don Fulano de Tal, presentó recomendaciones de grandes personas, habló de sus riquezas, las invitó a visitar sus fincas y por último, pidió a la niña por esposa. No había terminado de hacer la propuesta, cuando ya estaba la madre contestándole que con mucho gusto y llamándolo hijo mío.

Desde ese día las dos mujeres se volvieron turumba; cada día visitaban una finca del caballero; cada noche bailes y cenas; no volvieron a caminar a pie, sólo en coche, y regalos van y regalos vienen.

Por fin llegó el día de la boda. El caballero no quiso que fuera en la iglesia sino en la casa y nadie se fijó en que al entrar el padre el novio tuvo intenciones de salir corriendo.

Los recién casados se fueron a vivir a otra ciudad en donde el marido tenía sus negocios. Desde el primer día que estuvieron solos, el marido dijo a la esposa a la hora del almuerzo que él sabía hacer pruebas que dejaban a todo el mundo con la boca abierta y que las iba a repetir para entretenerla; y diciendo y haciendo se puso a caminar por paredes y cielo con la facilidad de una mosca; se hacía del tamaño de una hormiga, se metía dentro de las botellas vacías y desde allí hacía morisquetas a su mujer; luego salía y su cuerpo se estiraba hasta alcanzar el techo. Y esto se repetía todos los días al almuerzo y a la comida. En una ocasión vino la viuda a ver a su hija y ésta le contó las gra-

cias de su marido. Cuando se sentaron a la mesa, la suegra pidió a su yerno que hiciera las pruebas de que le había hablado su hija. Este no se hizo de rogar y comenzó a pasearse por cielo y paredes y a repetir cuantas curiosidades sabía hacer. La vieja se quedó con el credo en la boca y desde aquel momento no las tuvo todas consigo.

A los pocos días volvió a hacer otra visita a sus hijos, trajo consigo una botijuela de hierro, con una tapadera que pesaba una barbaridad. A la hora del almuerzo rogó a su yerno que las divirtiera con sus maromas. Después que éste se dió gusto con sus paseos boca abajo por el techo, le presentó la botijuela y le dijo.—¿Apostemos a que aquí no entra Ud?

El otro de un brinco se tiró de arriba y se metió en la botijuela como Pedro por su casa. La suegra hizo señas a unos hombres que tenía listos con la tapadera, tras una cortina y éstos se precipitaron y taparon la botijuela. El yerno se puso a dar gritos desaforados y a hacer esfuerzos por salir. La esposa quiso intervenir para que le abrieran, pero la madre le dijo:—¿pues no ves que es el mismo Pisuicas? Desde la otra vez que estuve, eché de ver que tu marido no era como todos los cristianos. Le consulté a un sacerdote, quien me acabó de convencer de que mi yerno no era sino el Malo. Dale infinitas gracias a Nuestro Señor de que a mí se me ocurriera este medio de salir de él.

Luego se fué en persona para la montaña, seguida de los hombres que cargaban la botijuela. Se hizo un hoyo profundo y allí dejó enterrada la botijuela con su yerno dentro. Este se quedó bramando de rabia y diciendo pestes contra su suegra.

En efecto, aquél era el Diablo y desde el día en que la vieja lo enterró, nadie volvió a cometer un pecado mortal, sólo pecados veniales, aconsejados por los diablillos chiquillos. Y toda la gente parecía muy buena, pero sólo Dios sabía cómo andaba el frijol.

Pasaron los años y pasaron los años en aquella bienaventuranza, y el pobre Pisuicas enterrado, inventando a cada minuto una mala palabra contra su suegra. Un día pasó por aquel lugar un pobre leñador que tenía por único bien una marimba de chiquillos, y tan arrancado que no tenía segundos calzones que ponerse. Le pareció oír bajo sus pies algo así como retumbos; se detuvo y puso el oído. Una voz que salía de muy adentro decía:— Quien quiera que seas, sacame de aquí. .! El hombre se puso a cavar en el sitio de donde salía la voz. Al cabo de unas cuantas horas de trabajar, dió con la botijuela. De ella salía la voz que ahora decía:—Nor hombre, sacame de aquí y te tiene cuenta.

El preguntó:—¿Qué persona, por más pequeña que sea, puede caber dentro de esta botijuela?

El que estaba en ella contestó:—Sacame y verás. Soy alguien que puede hacerte inmensamente rico.

Esto era encontrarse con la Tentación y el pobre al oír lo de las riquezas, hizo un esfuerzo tan grande que levantó solo la tapadera. Cierta es que por dentro el Diablo empujaba a su vez con todas sus fuerzas. La tapadera saltó con tal ímpetu, que desapareció en los aires; el Demonio salió envuelto en llamas y la montaña se llenó de un humo hediondo a azufre. El pobre leñador cayó al suelo más muerto que vivo.

Quando fué volviendo en sí, se le acercó el Diablo y le contó la historia de su entierro.

—Para pagarte tu favor—le dijo—nos vamos a ir a la ciudad. Yo me voy a ir metiendo en diferentes personas, de las más ricas y sonadas, para que se pongan locas. Vos aparecerás en la ciudad como médico y ofrecerás curarlas. No tenés más que acercarte al oído del enfermo y decirme: «Yo soy el que te sacó de la botijuela»,—y al punto saldré del cuerpo. Eso sí, cuando te acerqués y yo te diga que no, es mejor que no insistás porque será inútil. Ya te lo advierto.

Y así fué. Partieron para la ciudad, el leñador se hizo anunciar como médico y a los pocos días cádate que un gran conde se puso más loco que la misma locura. Lo vieron los más famosos médicos del reino, y nada. De pronto se supo que un médico recién llegado ofrecía devolverle la salud. Llegó donde el enfermo y para disimular, se puso a darle cada hora una cucharada de lo que traía en una botella y que no era otra cosa que agua del tubo con anilina. A las tres cucharadas se acercó al oído del conde y dijo:—«Soy el que te sacó de la botijuela».—Inmediatamente salió el Diablo y el conde quedó como si tal enfermedad hubiera tenido. Toda la familia estaba agradecidísima, no hallaban donde poner al médico y lo dejaron bien pistudo.

Siguieron presentándose casos de locura de diferentes aspectos y casi todos eran en el duque don Fulano de Tal, en la duquesa doña Mengana, en el marqués don Perencejo. Y todos fueron curados por el médico, que ya no tenía donde guardar el oro que ganaba. Por fin se puso mala la reina y ¡el Señor me

dé paciencia! Aquello sí que fué el juicio. La reina no tenía sosiego un minuto y ya el rey iba a coger el cielo con las manos y últimamente tuvieron que amarrarla porque ya no se aguantaba. Aconsejaron al rey que llamara al famoso médico y cuándo llegó, le ofreció hacerlo su médico de cabecera y darle muchas riquezas si sanaba a su esposa. El otro, por rajón, le contestó que ya podía hacerse de cuentas de que la reina estaba curada y que si no sucedía así, le cortara la cabeza.

Se acercó con su botella de agua y le dió las tres cucharadas. A la tercera le dijo al oído de la enferma:—«Soy yo, el que te sacó de la botijuela».

El diablo respondió:—¡No!

Al oír esto, el hombre se achucuyó. ¡Y ahora qué iba a hacer! Se acercó otra vez al oído de la enferma a suplicarle:—¡Salí por lo que más quieras! ¡Mirá que si no acaban conmigo! Por vida tuya...

Pero de nada le servían las súplicas: el otro seguía emperrado en que no y en que no. Estaba, por lo que se veía, muy a gusto entre los sesos de la reina.

Pidió al rey tres días de término y entre tanto, no hizo otra cosa que suplicar al Diablo que saliera, dar cucharadas de agua con anilina a la pobre reina y sobarse las manos. Cuando estaba para terminarse el plazo, se le ocurrió una idea: pidió al rey que hiciera traer la banda, que comprara triquitraques y cohetes, que a cada persona del palacio le diera una lata o algún trasto de cobre y la armara de un palo y que a una señal suya, la banda rompiera con una tocata bien parrandera, todos gritaran y golpearan en sus latas y se diera fuego a la pólvora.

Y así se hizo. En éste momento se acercó el leñador al oído de la reina y suplicó al Diablo:—¡Salí por vida tuyita...!

En vez de contestar, el Diablo preguntó:—Hombre, ¿qué es ese alboroto? El otro respondió:—Aguardate, voy a ver qué es.

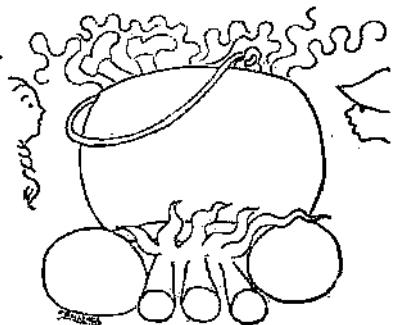
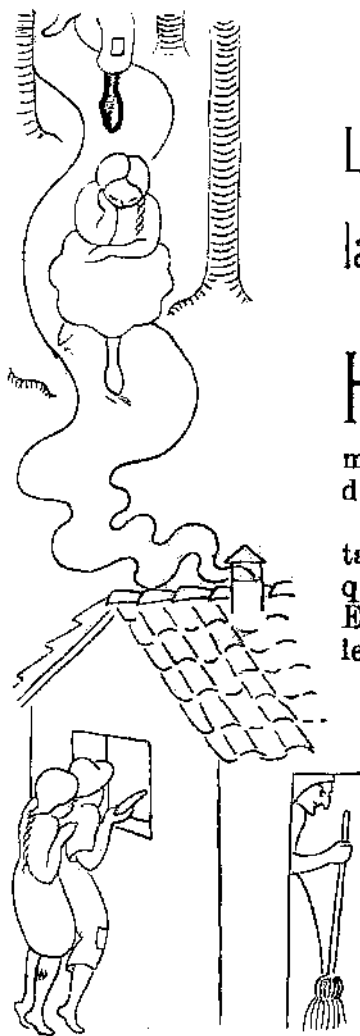
Inmediatamente volvió y dijo:—¡Qué Dios te ayude! Es tu suegra que ha averiguado que estás aquí y ha venido con la botijuela para meterte en ella de nuevo.

—¡Quién le iría con la cavilosada a la vieja de mi suegra?—dijo el Diablo. ¿Y patas para qué las quiero? Salió corriendo y no paró sino en el Infierno. La reina se puso buena y el leñador, que ya era don Fulano y muy rico, mandó por su mujer y su chapulinada y todos fueron a vivir a un palacio, regalo del rey. Desde entonces la pasaron muy a gusto.

La casita de las torrejas

HABÍA UNA VEZ UNOS chocalincitos que quedaron huérfanos de padre y madre y sin nadie quien les dijera ni ¿qué hacen allí?

Era la pareja: la mujercita, la mayor y la que había quedado de cabeza de casa. Eran muy pobres y un día no les amaneció ni una burusca



con qué encender el fuego. Entonces decidieron irse a rodar tierras. Atrancaron la puerta y agarraron montaña adentro. Allá al mucho andar, se sintieron cansados; entonces se subieron a un palo para pasar la noche y se acomodaron en una horqueta. Así que anocheció, vieron allá muy largo una lucecita. No se atrevieron a bajar por miedo que se los fuera a comer algún animal, pero se fijaron bien en la dirección en donde quedaba.

Apenas comenzó a amanecer, bajaron y anduvieron en dirección de la lucecita. Anda y anda, anda y anda, salieron al medio día a un potrero. A la orilla de la montaña había una casita; por el techo salía un mechoncito de humo y por la puerta y la ventana un olor como a miel hirviendo.

Poquito a poco se fueron acercando y vieron en la ventana una cazueleja con torreja. Como estaban hilando de hambre, y el olor convidaba, no pudieron contenerse y se arrimaron a la ventana. La muchachita estiró la mano y se cachó una torreja. Del interior una voz ronca gritó: "¡Piscurum, gato, no me robés mis torrejas!".

Los chiquitos se escondieron entre el monte y allí se repartieron su torreja, que lo que hizo fué alborotarles la gana de comer.

Otra vez se fueron acercando y pescaron otra torreja. Y otra vez la voz que gritaba: "¡Piscurum, gato, no me robés mis torrejas!".

Los muchachos se escondieron, se comieron las torrejas y quisieron volver por más, pero da la desgracia que por querer salir a la carrera, lo hicieron muy

ateperetadamente y la cazuela se volcó. A la bulla, se asomó la vieja, la dueña de la casa, que era una bruja más mala que el mismo Patas. Vió por donde cogieron las criaturas, se les puso atrás y al poco rato las agarró por las orejas y las trajo arrastrando hasta la casa.

Como estaban tan flacos que parecían fideos, la bruja les dijo que no se los comería, pero que los iba a engordar como a unos chanchitos, para darse cuatro gustos con ellos.

Los encerró entre una jaba y cada día les echaba los desperdicios, y como los pobres no tenían otra cosa, no les quedaba más que convenir y tragárselos.

Bueno, allá a los ocho días llegó la vieja y les dijo: —Saquen por esta rendija el dedito chiquito.

A la niña se le ocurrió que era para ver como andaban de gordura y entonces sacó dos veces un rabito de ratón que se había hallado en un rincón de la jaba. Como la vieja era algo pipiriciega, no echó de ver el engaño, y se fué más brava que un Solimán, al sentir aquellos deditos tan requeteflacos.

Y así fué por espacio casi de tres meses. Lo cierto del caso es que los chiquillos, quieras que no, se habían engordado con los desperdicios.

Pero dió el tuerce que un día, la niña no agarró bien el rabito de ratón al ponérselo a la bruja para que tocara, y se le quedó a ésta en la mano. Se fué a la luz a mirar bien y al convencerse que los chiquillos la habían estado cogiendo de mona, se puso muy caliente: abrió la jaba y los sacó. Al verlos tan cachetoncitos, se le bajó la cólera.

—Bueno—les dijo—ahora voy a ver si hago una

buena fritanga con ustedes. Vayan a traerme agua a aquella quebrada para ponerlos a sancochar.—Por supuesto, que al oírlo a los infelices se les atravesó en la garganta un gran torozón. A cada uno le dió una tinaja para que la hinchera y ella se puso a cuidarlos desde la puerta.

Cuando llegaron a la quebrada, les salió de detrás de un palo, un viejito que era tatica Dios, y les dijo:—No se aflijan, mis muchachitos, que para todo hay remedio. Miren, van a hacer una cosa: ahora van a llegar con el agua y se van a mostrar muy sumisos con la vieja. Y hasta procuren quedar bien: aticen el fuego, bárranle la cocina, friéguenle los trastos. Ella ha de poner una gran olla sobre los tinamastes y una tabla enjabonada que llegue a la orilla de la olla y apoyada en la pared. Les ha de decir que echen una bailadita sobre la tabla, pero es, que sin que, ustedes se den cuenta, va a inclinar la tabla y ustedes se van a resbalar y van a ir a dar entre la olla; así la bruja no tendrá que molestarse oyéndolos gritar y hacer esfuerzos por escaparse.

Y así que les aconsejó lo que debían hacer, el viejecito se metió en la montaña.

Volviéron los chiquitos e hicieron lo que tatica Dios les aconsejara: barrieron, atizaron el fuego, y echaron muchos viajes a la quebrada con las tinajas, para llenar la gran olla en que los iba a sancochar.

La vieja se puso muy complaciente con ellos, al verlos tan obedientes y tan afanosos. Por fin puso la tabla enjabonada y les dijo:—Vengan mis muchachitos y echen una bailadita en esta tabla.

La niña se hizo la inocente, y dijo para sus adentros:

—Callate pájara, que ya conozco tus cábulas.

Hicieron que se ponían a ensayar primero en el suelo y que no podían.

—Si es que no sabemos. ¿Por qué no sube usted y nos dice cómo quiere?

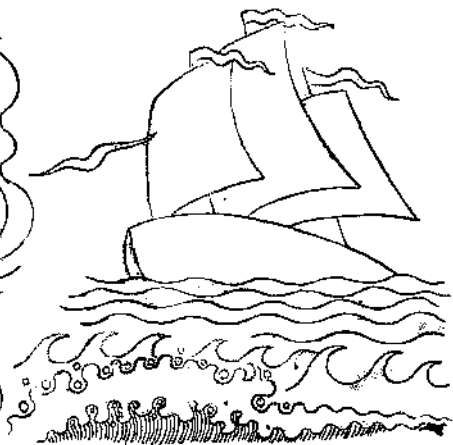
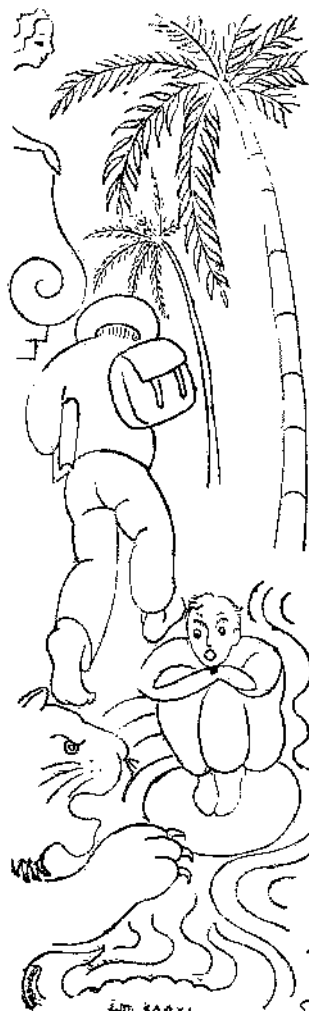
Y la vieja les creyó, y va subiéndose a la tabla. Y apenas volvió la cara para hacer la primera pirueta, los chiquillos inclinaron la tabla y la vieja fué a dar ¡chupulún! a la olla de agua hirviendo.

Después la sacaron y la enterraron. Registraron la casa y encontraron un gran cuarto lleno de barriles hasta el copete de monedas de oro.

Por supuesto que todo les tocó a ellos.

El Cotonudo

PUES señor, había una vez una viejita que tenía un hijo galanote e inteligente y además bueno y sumiso con ella, que parecía una hija mujer. La viejita era muy pobre y siempre tenía que andar corre que te alcanzo con el real; lo único que tenía era una casita en las afueras de la ciudad y sus fuerzas, con



las que lavaba y aplanchaba, para ayudar a su hijo a quien se le había metido entre ceja y ceja estudiar para médico. Eso sí, que el pobre tenía que presentarse en la escuela sabe Dios cómo: el vestido hecho un puro remiendo, nada de cuello ni corbata y con la patica en el suelo.

Para ir a la escuela el joven pasaba todos los días frente al palacio del rey, y dió la casualidad que a esa hora se asomaba la hija del rey al balcón. A la princesa le llamó la atención aquel joven tan galán vestido pobremente, pero tan limpio que parecía un ajito, con los pies descalzos tan lavados y blancos, que daba lástima mirarlos caminar entre los barriales. ¿Adónde iría con sus alforjitas al hombro y sus libros bajo el brazo?

Por fin un día no se aguantó y mandó a una de sus criadas a que lo llamara, y cuando lo oyó hablar con tanta sencillez y facilidad, se enamoró perdidamente del joven. Y desde entonces lo esperaba en el jardín para conversar con él.

El joven también se había enamorado, de la princesa quien era un primor de bonita: con una cabeza que era como ver el sol de rubia y en la que cada hebra era crespita como un quelite de chayote. Además era buena y noble, que no tenía compañera, y ella tan lo mismo trataba al pobre que al rico. Pero el joven se había guardado con candado su enamoramiento, porque ¿en qué cabeza podría haber que una princesa se casara con un chonete como él, que no se calzaba porque no tenía con qué comprar zapatos?

Pero así es el mundo, y la princesa al ver que el muchacho no tenía trazas de decirle: "Tenés los ojos

así y la boca asá", dejó a un lado la pena y un día, sin más ni más, le declaró que estaba enamorada de él. Al principio el joven creyó que era por burlarse, pero al fin acabó por convencerse de que le estaba hablando de veras.

Entonces le dijo:—Mire, es mejor que no pensemos en esto. Yo soy lo que se llama un arrancado. Es de las cosas que no hay que pensar dos veces, y lo mejor que yo puedo hacer es decirle adiós y no volver ni a pasar por esta calle.

Pero la princesa, que también era muy cabezona, se le prendió como una garrapata y acabó por hacerlo aceptar una bolsa llena de oro para que se fuera a tantear fortuna. Ella le juraba esperarlo. El partió a rodar tierras. Un día se embarcó, naufragó el buque en que iba, y por un milagro de Dios quedó vivo para contar el cuento.

Hecho un ¡ay! de mí, regresó a su país. Su madre lo recibió con gran alegría.

Allá, entre oscuro y claro, se envolvió en un algodón, se puso un gran sombrero, las dos únicas cosas que trajo de su viaje, y fué a pasearse frente al balcón de la princesa, para ver si podía entregarle una carta en la que le contaba sus desgracias y la conveniencia de que no lo esperara y se casara con un príncipe. Los que lo encontraban se decían:—¿Quién será ese cotonudo?—Consignió lo que deseaba, pero la niña mandó a buscarlo y lo convenció de que debía recibir otra bolsa de dinero y volver a comenzar. Partió de nuevo a rodar tierras, pero en esta ocasión unos ladrones lo dejaron a buenas noches con cuanto llevaba.

Volvió a su país y otra vez a ponerse el algodón y el gran sombrero y otra vez a buscar a la princesa. Los que lo veían se preguntaban: —¿Quién será este cotonudo?—Y la criada de la princesa corrió a avisar a su ama que allí estaba “su cotonudo”, y la princesa comprendió.

En esta ocasión fué más difícil el convencerlo de que debía recibir otra bolsa de oro, y la pobre niña tuvo que arrodillarse y llorar para que él la recibiera.

Se fué, se embarcó y por lo que se ve era más torcido que un cacho de venado, porque en una tempestad, el mar se tragó el barco en que iba, y a él lo arrojaron las olas a una isla desierta, sin más vestido que aquel con que Nuestro Señor lo echó a este mundo. Cuando volvió en sí, estaba tan desesperado que pensó que lo mejor que podía hacer era ahorcarse, y se puso a buscar unos bejucos resistentes y un palo en donde hacerlo. Halló las dos cosas. El árbol estaba a orillas de un río y antes de subir le dieron ganas de beber agua. Al acercarse, vió en el centro de la corriente un joven muy galán sentado en una piedra. Le preguntó qué hacía allí, y el otro le contestó que era un príncipe a quien hacía muchos años tenían encantado. El recién llegado quiso saber si no habría medio de desencantarlo y el otro le dijo que sí, pero que era muy difícil hallar quien se comprometiera a ello, porque se necesitaba una persona muy valiente que fuera a sentarse en la piedra que él ocupaba, dispuesta a hacerle frente sin temblar a cuanto viniera. Entonces el cotonudo reflexionó que era mejor morir tratando de sacar de apuros a un prójimo que ahorcado, y le dijo que él estaba dispues-

to a probar si era posible librarlo de semejante situación. Y diciendo y haciendo, se metió en la corriente y obligó al príncipe a dejarle el lugar. Este se sentó en la orilla a aguardar su destino.

De pronto se vió venir una creciente que arrastraba piedras enormes y troncos inmensos. El cottonudo pensó que hasta allí se la había prestado Dios, se santiguó y esperó tranquilamente que la corriente lo arrastrara. Pero con gran asombro suyo, el agua se apaciguó y vino muy sumisa, como un perro, a lamerle los pies e inmediatamente el río se secó. Luego vió venir hacia él, un tigre muy grande que echaba fuego por los ojos y le enseñaba los dientes.—Ahora sí que no me escapo—se dijo. Volvió a santiguarse y con toda tranquilidad encomendó, su alma a Dios. Pero el tigre se acercó, le lamió los pies como el agua y desapareció entre la montaña. Después fué un toro de aspecto temible, que hubiera hecho temblar al mismo San Miguel Arcángel, quien no le tuvo miedo ni al Diablo. Pero el muchacho pensó que seguramente pasaría como con la creciente y el tigre, y más bien se rió de los espavientos del toro, que pasó a su lado cual un huracán, sin causarle el menor daño.

Al punto se oyó un gran estruendo, la piedra en que estaba sentado dió una vuelta y se vió la entrada de una cueva. El príncipe se acercó, abrazó a su salvador y se arrodilló ante él llorando y le besó las manos. Luego lo llevó a la cueva que estaba llena de talegos de oro, de cajas llenas de brillantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas, de conchas que encerraban perlas que parecían botoncitos de rosa.

—Todo esto es nuestro—dijo el príncipe. Un ena-

no venía cada semana a darme de latigazos y a mortificarme, y me enseñó una vez estos tesoros y burlándose, dijo que serían míos el día que hubiera quien me desencantara. Yo le pregunté por llevarle el corriente, que cómo haría en tal caso para sacarlos, y él me contestó que inmediatamente habría un barco en el puerto, del que yo podría hacer y deshacer.

Se subieron a una altura y desde allí divisaron, efectivamente, un gran barco en el puerto. Comenzaron a transportar las riquezas y cuando terminaron, se hicieron a la vela. Manos invisibles ejecutaban todos los trabajos que se necesitan en un buque. Así llegaron hasta un puerto del reino del príncipe. Los reyes, sus padres, aun vivían, muy viejitos y siempre pensando en su hijo desaparecido hacía tantos años. El príncipe envió a su amigo a prepararlos. ¿Para qué hablar de la felicidad de los reyes? Lo cierto es que no se quedó campana que no repicó, ni grano de pólvora que no reventó, en señal de alegría por el regreso del príncipe a quien todos creían muerto. Los reyes dieron al pueblo todos sus toros y vacas para que los mataran y los asaran en las plazas públicas y sacaron de sus bodegas todo el vino para que el pueblo comiera y bebiera hasta caer sentado. Tres días duró la parranda.

Al cotonudo lo querían casar con una de las hijas del rey, pero él les contó su compromiso y se despidió. El príncipe le dió un gran barco cargado con las dos terceras partes del tesoro sacado de la isla, y el rey y la reina una caja de oro que debía abrir el día de sus bodas.

Por fin partió con las bendiciones de toda aquella

gente y al cabo de unos cuantos días de navegar llegó a su país. Salió del buque de noche para que no lo conocieran. Halló a su madre en la misma casa y hecha un tacaquito de vieja. La pobre ya casi no veía, de tanto llorar por su hijo. ¡Oh felicidad cuando reconoció a su muchacho!

Otro día, entre oscuro y claro, se metió en su co-tón, y se puso el gran sombrero (ambas cosas las había dejado guardadas en su casa) y se fué a rondar el palacio. Observó que en las calles había mucho movimiento, que el palacio estaba iluminado como para una fiesta, que a cada instante llegaban coches de los que bajaban señoras y caballeros con vestidos resplandecientes. Preguntó la causa de todo aquello y le contestaron que esa noche se casaba la hija del rey. Llamó a un criado y le dió cien pesos para que le llamara la viejita que había chineado a la princesa, quien lo quería mucho, y por supuesto el criado no se hizo mucho de rogar. Vino la sirvienta y al ver al cotonudo se puso en un temblor. Lo llevó a un rincón y le contó que la princesa lo creía muerto, porque habían pasado varios años sin tener noticias suyas y que ahora el rey la obligaba a casarse con un príncipe muy viejo y más feo que un golpe en la espinilla. Le rogó que esperara allí un momento y corrió a avisar a su ama. A pesar de la emoción que le causó esta noticia, la princesa no se atarantó y dijo a su criada que por un pasadizo que sólo ellas conocían, lo llevara a la capilla y lo escondiera detrás de unas cortinas que estaban cerca del altar.

Por fin entraron los novios y los convidados a la capilla. El cotonudo, que no tembló ante la creciente,

ni ante el tigre, ni el toro, no se podía sostener al ver a su princesa tan linda, que parecía una luna nueva con su vestido de novia. ¡Y qué feo y qué viejo era el hombre que se la quería quitar!

El señor obispo se acercó a los que se iban a desposar. Cuando preguntó a la niña: "¿Recibe por esposo y marido al príncipe don Fulano de Tal?—ella dió media vuelta, apartó la cortina, sacó a su cotonudo, y con voz muy clara dijo—No, señor, al que recibo es a éste.—Y el señor obispo se vió obligado a echarles la bendición. Por supuesto, que aquello fué levantar un polvorín: la reina cayó con un ataque y el rey se puso como agua para chocolate, mandó que la cocinera trajera su vestido más tiznado y ordenó a su hija que se lo pusiera. Luego los echó puerta afuera. En ese momento pasaba un carbonero con su borriquito cargado de carbón que iba a vender a la próxima ciudad, porque otro día era el día de mercado. El rey hizo que quitaran al pobre hombre su borrico y sobre los sacos obligó a la princesa que se montara. Hecho esto, se metió en su palacio y les tiró la puerta encima.

El cotonudo, con mucha cachaza, se aguantó todo aquello. Comenzó a arriar la bestia que llevaba a su mujer encima y a abrirse paso como podía entre la gente que los seguía burlándose y poniéndolos como un chuica.

Tomaron el camino del puerto con aquel molote de gente que no los desamparaba y que no se cansaba de gritar:—¡La princesa, se ha vuelto loca! ¡Achará la princesa que se fué a casar con ese cotonudo! ¡Siempre el peor cancho se lleva la mejor mazorca!

El cotonudo se hacía el tonto y como si no fuera con él, trun, trun, arriando el borrico.

Pero, cuál fué la admiración de todos al verlo entrar en el muelle, detenerse frente a aquel hermoso barco, el más grande y hermoso que hasta entonces no llegara a este país y tocar en un pito a cuyo sonido salió toda la tripulación apresuradamente. Bajó el capitán con el sombrero en la mano y saludó al cotonudo de un modo que casi se le quebraba el espinazo. El Cotonudo le dijo unas palabras al oído, subió el otro de estampía al barco y formó la tripulación en dos filas; todos los cañones comenzaron a disparar y la banda del barco a tocar la pieza más alegre que sabía. Entonces el Cotonudo bajó del burro a su esposa, y sacó de entre su algodón un gran bolsillo lleno de monedas de oro y lo entregó al pobre carbonero que lo había seguido pie a pie, con la cara más triste que un viernes santo. Luego le dió unas palmaditas al burro y lo devolvió a su dueño.

Entretanto, la gente estaba como en misa y todos no hacían más que abrir los ojos lo más que podían.

La princesa estaba también sin saber qué pensar. Su marido la cogió de una mano y subió al barco entre las dos filas de marineros, que tenían la cabeza inclinada como si fuera pasando Nuestro Amo. Cuando estuvieron arriba, todos tiraron sus gorras por los aires y gritaron:—¡Que vivan el Cotonudo y su esposa!

El Cotonudo llevó a su mujer a un salón tan lujoso, que la princesa, con ser princesa, nunca ni se lo había imaginado. Allí estaba la caja de oro que los reyes, padres de su amigo, le habían dado para que la abriera el día de sus bodas. La abrieron y dentro de

ella había dos vestidos como para un rey y una reina, pero tan maravillosos, que la princesa abrió su boquita de par en par y no dijo ni tus ni mus.

Así que se vistieron, salieron para montar en una carroza de oro y plata que habían sacado del barco, tirada por ocho caballos a cual más copetón.

Las gentes, al verlos, gritaban: ¡Son el sol y la luna! La princesa se ha casado con el rey más hermoso de la tierra! ¡Hizo bien la princesa en no casarse con aquel viejo que no es más que el cascarón! ¡Este sí que es fiequel!

Montaron en la carroza y fueron por la viejecita madre del Cotonudo, que estaba en vela esperando a su hijo. Cuando vió todo aquello, creyó que se había quedado dormida en la silla y que soñaba. ¿Cómo iba a ser que este hermoso señor vestido de oro, y casado con la hija del rey, fuera su hijo, quien salió temprano de la noche, envuelto en su algodón?

—¡Las cosas que sueña uno!, se decía. Y se metía pellizquitos ella misma y se preguntaba:—¿A qué hora voy a despertar?

Volvieron al barco y a poco llegaron unos amigos del rey que ya había tenido noticias de las maravillas que estaban ocurriendo. El Cotonudo envió a sus suegros un cofrecito lleno de joyas tan bellas y ricas, que el rey también tuvo que abrir la boca y volver de su ataque. Y sin esperar razones, se fueron para el barco, y así que hubieron visto y metido las manos entre todos los tesoros que contenía, agarraron a su yerno a abrazos y besos y desde ese día andaban con él santo, ¿dónde te pondré?

Entre tanto la princesa no hacía más que consen-

tir a la viejecita su suegra, la que se imaginaba que mientras dormía había muerto, que ahora estaba en el cielo y que un angel la cuidaba.

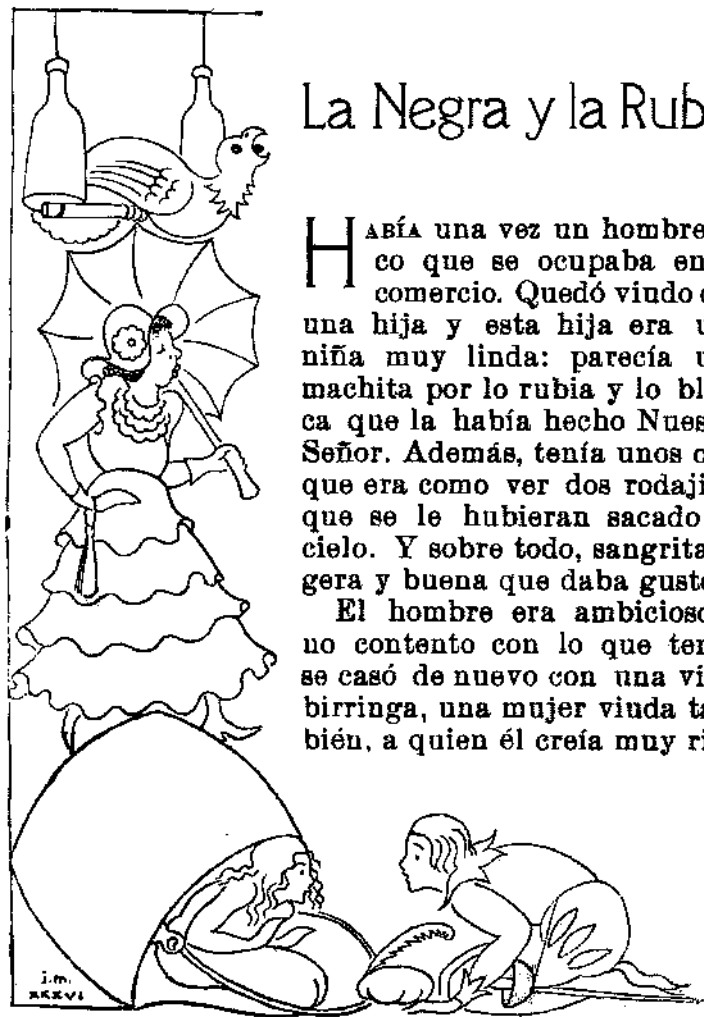
Después los recién casados, mientras les construían un palacio, fueron en su barco a visitar a los reyes amigos.

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos y yo fui y vine y no me dieron nada.

La Negra y la Rubia

HABÍA una vez un hombre rico que se ocupaba en el comercio. Quedó viudo con una hija y esta hija era una niña muy linda: parecía una machita por lo rubia y lo blanca que la había hecho Nuestro Señor. Además, tenía unos ojos que era como ver dos rodajitas que se le hubieran sacado al cielo. Y sobre todo, sangrita ligera y buena que daba gusto.

El hombre era ambicioso y no contento con lo que tenía, se casó de nuevo con una vieja birringa, una mujer viuda también, a quien él creía muy rica.



Después de casado se convenció de que lo de los bienes de la mujer eran más hojas que almuerzo, de que tenía un genio que sólo su madre la podía aguantar y para aliviar los males, se tenía una hija fea como toditica la trampa, negra, ñata, trompuda, con el pelo pasuso y de ribete mala y malcriada como ella sola y la muy tonta se creía una imagen.

Por supuesto que para la rubia, entrar en esta casa fué como entrar al infierno. Ella era el tropezón de la madre y de la hija. Las dos eran muy ruines por la menor cosa allá te va el pescozón de la vieja y el moquete o el pellizco de la negra. Y como el padre andaba siempre viajando por sus negocios, la tenían soterrada en la cocina, mientras ellas estaban en la sala meciéndose en las poltronas. La pobrecita era sufrida y nunca decía ni esta boca es mía.

Un domingo en la tarde se fueron la madre y la hija a pasear y dejaron a la rubia arreglando la cocina. Así que lo tuvo todo limpio y en su lugar, se lavó, se peinó, se puso su vestidito de coger misa y se fué a dar vueltas por el jardín de la casa. De pronto vió entre la hierba una muñequita de porcelana.

—¡Qué muñequita más linda! dijo, y la levantó, le arrancó los terroncillos que tenía entre el pelo y se fué adentro muy contenta a hacerle un vestidito. Desde ese día, apenas la dejaban sola, sacaba de su cofre la muñeca y se ponía a jugar.

Al domingo siguiente se fueron la madre y la hija para misa y dejaron a la rubia moliendo. Estaba ella en esto, cuando al volver a la piedra de poner una

tortilla a asar en el rescoldo, vió sentada sobre la pelota de masa a su muñequita.

Muy admirada la cogió, la limpió y la fué a guardar a su cofre y siguió moliendo, pero mientras fué a a volver la tortilla al comal, vino de nuevo la muñeca a acomodarse sobre la pelota de masa.

—Mirá, muñequita, no seas tan guindada—dijo la niña, y la quiso coger para llevarla a su lugar, pero la muñeca se transformó en una señora muy linda, vestida de celeste, con una corona de luz sobre la cabeza y parada en una nube.

—Yo no soy una muñeca—dijo la señora—sino la Virgen.

La niña se arrodilló, pero Nuestra Señora la levantó y sin hacer melindres, se fué a sentar en el taburete de cuero esfondado, que era el único asiento que permitían a la rubia. Luego la cogió en los regazos y se puso a hacerle cariño.

—Mirá, mi hijita—dijo la Virgen—tu padre va a hacer un viaje por ai abajo y te va a preguntar qué querés que te traiga. Vos le vas a contestar que una arquita como para los pañuelos y otras menudencias. Cuando te la traiga, guardarás en ella la muñequita.

Luego la Virgen besó a la niña, desapareció, y en su lugar quedó la muñeca.

Otro día llegó el papá y le preguntó qué deseaba que le trajese de un viaje que iba a hacer, y su hija le respondió lo que la Virgen le aconsejara.

La negra pidió a su padrastro un traje nunca visto, un sombrero nunca visto y unas zapatillas nunca vistas.

Volvió éste de su viaje y cada una tuvo lo que deseaba.

La negra no hacía otra cosa en todo el santo día que ponerse el traje, el sombrero y las zapatillas y dar paseos frente al espejo.

A veces llamaba a la rubia como para hacerle la boca agua con sus sedas, encajes y plumas.

Por fin llegó el domingo, día del estreno del vestido y desde buena mañana despertó a todo el mundo para que la ayudaran.

La pobre niña rubia hasta que veía el chispero: corre de aquí, corre de allá con los polvos, el colorete, las cintas de apretar el corsé, que esto, que lo otro, que aquí, que allá...

Por fin salió para misa de tropa, chiqueándose que era un contento, y la seda del vestido hacía tal ruido, que las gallinas que picoteaban en la calle y los perros, salían corriendo. Cuando entró en la Catedral, todo mundo, hasta los soldados y los músicos de banda, volvieron a ver qué significaba aquel ruido que parecía una creciente. Además, la iglesia se llenó de olor a Agua Florida, en la que se había bañado.

Entre tanto, la niña se quedó en su cocina en pleitos con la leña que estaba verde y humeaba tanto, que la pobre tenía los ojos como dos tomates. De pronto, ve sobre la piedra su muñequita.

—¿Qué querés, muñequita?—le preguntó.

—La muñeca respondió:— Quiero que vayas a misa de tropa, pero eso sí, no levantés los ojos del suelo.

Pero muñequita, ¿cómo querés que vaya en esta figura? Yo no me presento así en la Casa de Dios. Ya

sabés que mi vestido de los domingos me lo hizo pedazos la negra un día que estaba de luna.

—Andá a tu arquita y verás—contestó la muñeca.—Y no pensés en la molida ni en el almuerzo, que yo me encargo de eso.

La niña fué a su arca, y cuál no fué su admiración al ver salir de ella un traje como las espumas de una catarata cuando hace luna, todo sembrado de maripositas de oro, unos zapatitos de raso, también blancos, y un sombrero maravilloso. En un abrir y cerrar de ojos estuvo vestida y salió corriendo para misa porque ya dejaban. En la puerta la estaba esperando un coche muy bueno. Al entrar en la Catedral lo hizo de puntillitas para no llamar la atención pero la iglesia se llenó de un perfume de rosas y todo el mundo volvía los ojos y quedaba encantado al ver aquella blanca figurita.

Acertó la niña a arrodillarse frente a la negra y su madre, quienes se quedaron como viendo visiones al contemplar aquella linda criatura que se les daba un aire a su víctima. Y la negra no la dejó oír la misa con devoción, porque le tocó la tela del vestido, las maripositas de oro; le preguntó quién se lo había hecho y también, a cada rato, como era medio arrevesada y tataretas para hablar, le decía:—...“ni... niña, ni...niña, hagámonos comales”.— Con lo que le quería decir:—“Niña, niña, hagámonos comadres”.—Pero la niña no levantó siquiera los ojos del suelo.

Apenas echó el padre la bendición, salió la niña corriendo. El hijo del rey que la había visto entrar y que no le quitó los ojos de encima en toda la misa porque lo tenía encantado, salió corriendo tras ella y

quiso hablarle, pero ella dejó caer su pañuelito, y el hijo del rey casi se desnariza por juntarlo; pero mientras él estaba en esa diligencia, la niña se escabulló, se metió en su coche, que desapareció en un decir amén. Y cuando él fué a buscar, ¡si otra ponés!

Cuando la madrastra y la negra volvieron de misa, ya la rubia estaba con su traje tiznado, sopla y sopla el fuego.

Al siguiente domingo, la negra no fué a misa de tropa, por lucir su vestido en misa de doce. Y otra vez puso a su hermana corre de aquí y corre de allá. Que alcanzame esto, que llevate aquello, que así no, que yo lo quiero asá. Y casi no dejaba a la pobre tentar tierra. Y va entrando a misa, picándola de gran pelota y dejando detrás de ella una hedentina a Agua Florida.

A la niña volvió a aparecérsele la muñequita, quien la mandó a misa. Entre el arca había un vestido que era como ver un celaje dorado, todito lleno de perlas. A la puerta la esperaba el mismo coche y llegó cuando salía el padre al altar. Como el domingo anterior, toda la iglesia se llenó de un olor a rosas y la gente ni oyó la misa con devoción por estarla mirando. Y la negra no fué cuento, sino que se levantó de donde estaba y se le fué a acomodar a la par. Y otra vez con su necedad de:—“Ni...ni niña, ni...niña, hagámonos comales”—y toca aquí y tiente allá. Bueno, que ya la niña no hallaba qué hacer.

El hijo del rey, que había recorrido ese día todas las iglesias desde buena mañana, para ver dónde daba con ella, se le puso al frente y no le quitó la vista de encima. Pero la niña no levantó sus ojos del suelo y

si no hubiera sido porque de cuando en cuando daba su pestañada, se la hubiera tomado por una imagen.

Apenas el padre echó la bendición, salió la rubia corriendo y el hijo del rey se le puso atrás.

Al llegar al coche ya la alcanzaba. Entonces ella dejó caer un ramito de flores que llevaba en la mano. El otro por sácalas, se puso a juntarlas, y mientras tanto el coche se las chifló.

La madre y la negra llegaron y encontraron a la muchacha atizando el fuego. La negra se puso a meterle mil birutas:—Que desde el domingo anterior se había hecho íntima amiga de una machita preciosa que usaba unos vestidos junto a los cuales el suyo era una cochinadilla cualquiera; y que la tenía requete-convidada para ir a pasear; y si Dios quería, cuando ella se casara iban a ser comadres, porque estaba en sus cinco en que ella le llevaría los chiquitos a la pila, y que se los llevaría porque se los llevaría.

Madre e hija no se apearon a la machita de la boca en todo el santo día.—La machita arriba, la machita abajo.—Y la niña hacía como que se las compraba y la muy zorrита oía sin chistar.

Al domingo siguiente, vuelta otra vez la negra a encajarse su vestido nunca visto y a poner a su hermana al volador. Por fin salió con su madre para misa de doce.

En el area hubo esta vez para la rubia un vestido de un color como el del cielo cuando está amaneciendo, todo lleno de brillantes, que parecía que tatica Dios se lo había esperjeado de agua.

Y todo pasó como en los otros domingos. Pero esta vez el hijo del rey no fué tonto, y por más que ella

dejó caer su pañuelito de seda, una sortija y una flor, él no quiso perder tiempo en levantar estas cosas y dejó que otro fuera el bueno con ellas. Sin acordarse de que era el hijo del rey, se acomodó en la trasera del coche y así dió con la casa en que vivía la niña.

Desde ese momento no hizo más que estar para arriba y para abajo en la acera y cuando pasaba frente a la casa, parecía que se quería meter.

La negra, donde lo pilló en éstas, creyó que era con ella la cosa, y sacó una poltrona a la puerta y se sentó a mecerse. Y por temor de que su hermana fuera a asomarse, la escondió en la cocina debajo de una gran olla. Cada vez que pasaba el joven, ella pegaba un suspiro o le hacía ojitos.

En una estaca clavada en el marco de la puerta, tenían madre e hija una lora muy habladora. Seguramente la Virgen la aconsejó, porque en una de las pasadas que dió el príncipe, la lora se puso a gritar:

“La niña la linda debajo de una olla,
la negra feroza se quiere casar”.

Y cada vez que el otro pasaba hacía la misma. En una de tantas, se detuvo. La negra se puso como una chira y con el corazón que se le salía. Ella juraba que ya el príncipe le iba a declarar su amor. Pero el príncipe se acercó en son de preguntar lo que decía la lora, para ver si podía figonear dentro de la casa. La negra entonces agarró la lora por el pescuezo y casi la ahorca. Se la llevó para adentro y le dijo al joven que no le hiciera caso. Pero la lora iba para adentro grita y grita:

“La niña linda debajo de una olla,
la negra feroza se quiere casar”.

Al hijo del rey le llamó la atención lo que decía el animal y se fué yendo detrás de la negra y no se anduvo por las ramas, sino que llegó hasta la cocina. Allí vió una gran olla y al acercarse le pareció oír como unos sollozos. Levantó la olla y se va encontrando con la pobre niña, todita tiznada y haciendo cucharas.

Le propuso allí mismo matrimonio, pero ella quiso antes ir a consultar con su muñequita. Se fué para su cuarto, sacó la arquita y preguntó a su consejera. Esta le dijo que aceptara, pero que eso sí, no debía alzar a ver al príncipe sino hasta que el padre les echara la bendición, y que si no hacía así, contara con que moriría soltera.

Volvió ella con sus ojos bajos y contestó al joven que sí sería su esposa.

Sin hacer caso de los gritos de la madre y de la hija, la cogió y la llevó al palacio. En el camino le decía:

—Niña, levante sus ojos y míreme.

¡Pero ella por sapa los iba a levantar!

Llegaron al palacio y el joven contó a sus padres lo que pasaba, y que si no lo dejaban casarse, se dejaría morir de hambre.

Como era el único hijo, lo tenían muy consentido y nunca le negaban nada, y aunque a la reina no le acomodaba mucho aquella nuera tan tiznada y remendada, dijeron que bueno, que se casara. En esto llegó un joven (que aquí para nos era un ángel) con la arquita y se la entregó a la niña. Esta se encerró y se

plantó bien con un vestido mejor que los otros y por supuesto, los reyes al verla, quedaron encantados.

El casamiento se hizo a los pocos días. La Virgen bajó a servir de madrina. Apenas el padre les echó la bendición, la niña levantó sus ojos para mirar a su marido, para quien aquello fué como si le hubieran metido dos cielos entre el alma.

Como la niña era muy buen corazón, mandó por la negra y la trató con tanto cariño, que se puso un un poquito más amable. Uno de los señores que servían al rey, por quedar bien se casó con ella. Dicen que no le fué muy bien y que muy a menudo andaba con las penas derramadas.

Pero el príncipe y la niña fueron muy felices, tuvieron una catizumba de hijos y llegaron a viejíticos.

Primero murió ella y la Virgen se la llevó. Cuando iba para el cielo, su marido oyó una voz que decía:

Adiós, esposo mío,
que en el cielo nos veremos.

Y de veras, cuando él murió se fué para el cielo y se sentó a cantarle a la Virgen en una silla que le tenían lista al lado de la de su esposa.

Uvieta 13

PUES señor, había una vez un viejito muy pobre que vivía solo íngrimo en su casita y se llamaba Uvieta. Un día le entró el repente de irse a rodar tierras, y diciendo y haciendo, se fué a la panadería y compró en pan el único diez que le bailaba en la bolsa. Entonces daban tamaños bollos a tres por diez y de un pan que no era una coyunda como el de ahora, que hasta le duelen a uno las quijadas cuando lo come, sino tostado por fuera y esponjado por dentro.



Volvió a su casa y se puso a acomodar sus tarantines, cuando tun, tun, la puerta. Fué a ver quien era y se encontró con un viejito tembeleque y vuelto una calamidad. El viejito le pidió una limosna y él le dió uno de sus bollos.

Se fué a acomodar los otros dos bollos en sus alforjitas, cuando otra vez, tun, tun, la puerta. Abrió y era una viejita toda tulencia y con cara de estar en ayunas. Le pidió una limosna y él le dió otro bollo.

Dió una vuelta por la casa, se echó las alforjas al hombro y ya iba para afuera, cuando otra vez, tun, tun, la puerta.

Esta vez era un chiquito, con la cara chorreada, sucio y con el vestido hecho tasajos, y flaco como una lombriz. No le quedó más remedio que darle el último bollo.—¡Qué caray! A nadie le falta Dios.

Y ya sin bastimento, cogió el camino y se fué a rodar tierras.

Allá al mucho andar encontró una quebrada.

El pobre Uvieta tenía una hambre que se la mandaba Dios Padre, pero como no llevaba qué comer, se fué a la quebrada a engañar a la tripa echándole agua. En eso se le apareció el viejito que le fué a pedir limosna y le dijo:—Uvieta, que manda decir Nuestro Señor, que qué querés; que le pidás cuanto se te antoje. El está muy agradecido con vos porque nos socorriste; porque mirá, Uvieta, los que fuimos a pedirte limosna éramos las Tres Divinas Personas: Jesús, María y José. Yo soy José. ¡Con que decí vos! ¡Cómo estarán por Allá con Uvieta! Si se pasan con que Uvieta, arriba, Uvieta abajo, Uvieta por aquí y Uvieta por allá.

Uvieta se puso a pensar qué cosa pediría y al fin dijo:—Pues andá decile que me mande un saco donde vayan a parar las cosas que yo deseo.

San José salió como un cachiflín para el Cielo y a poco estuvo de vuelta con el saco.

Uvieta se lo echó al hombro. En esto iba pasando una mujer con una batea llena de quesadillas en la cabeza.

Uvieta dijo:—Vengan esas quesadillas a mi saco.

Y las quesadillas vinieron a parar al saco de Uvieta, quien se sentó junto a la cerca y se las zampó en un momento y todavía se quedó buscando.

Volvió a coger el camino y allá al mucho andar, se encontró con la viejita que le había pedido limosna. La viejita le dijo:—Uvieta, que manda decir Nuestro Señor, mi Hijo, que si se te ofrece algo, se lo pidás.

Uvieta no era nada ambicioso y contestó:—No, Mariquita, dígale que muchas gracias, con el saco tengo. Panza llena, corazón contento. ¿Qué más quiero?

La Virgen se puso a suplicarle:—¡Jesús, Uvieta, no seas malagradecido! No me despreciés a mí. ¡Ajá, a José sí pudiste pedirle, y a mí que me muerda un burro!

Entonces a Uvieta le pareció muy feo despreciar a Nuestra Señora y le dijo:—Pues bueno: como yo me llamo Uvieta, que me siembre allá en casa un palito de uvas y que quien se suba a él no se pueda bajar sin mi permiso.

La Virgen le contestó que ya lo podía dar por hecho y se despidió de Uvieta.

Este siguió su camino y encontró otra quebrada. Le dieron ganas de beber agua y se acercó. En la co-

rriente vió pasar muchos pecesitos muy gordos. Como tenía hambre dijo:— Vengan estos peces ya compuestos en salsa a mi saco. Y de veras el saco se llenó de pescados compuestos en una salsa tan rica, que era cosa de reventar comiéndolos.

Después siguió su camino y le salió un viejito que le dijo:— Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que si se te ofrece algo. El no viene en persona porque no es conveniente, vos ves... ¡Al fin El es Quien es! Qué parecía que El tuviera que repicar y andar la procesión!

—Yo no quiero nada—respondió Uvieta.

—No seas sapance, hombre! pedí, que en la Gloria andan con vos ten que ten. No te andés con que te da pena y pedí lo que se te antoje, que bien lo merecés.

—¡Ay, que santico este más peloterol!—pensó Uvieta y quería seguir su camino, pero el otro detrás con su necedad y por quitarse aquel sinapismo de encima, le dijo Uvieta:—Bueno es el culantro pero no tanto. ¡Ave María! ¡Tántas aquellas por unos bollos de pan! Bueno, pues decile a Nuestro Señor que lo que deseo es que me deje morirme a la hora que a mí me dé la gana.

Pero no siguió adelante, porque quiso ir a ver si de veras le habían sembrado el palito de uva, y se devolvió.

Anda y anda hasta que llegó, y no era mentira: allí en el solarcito estaba el palo de uva que daba gusto. Al verlo, Uvieta se puso que no cabía en los calzones de la contentera.

Bueno, pasaron los días y Uvieta vuelto turumba con su palo de uvas. Y nadie le cachaba, Ya todo el

mundo sabía que el que se encaramaba en el palo de uva, no podía bajar sin permiso de Uvieta.

Un día pensó Nuestro Señor:—¡Qué engreidito que está Uvieta con su palo de uva! Pues después de un gustazo, un trancazo.—Y Tatica Dios llamó a la Muerte y le dijo:—Andá jalámele el mecate a aquel cristiano, que ya ni se acuerda de que hay Dios en los Cielos por estar pensando en su palo de uvas.

Y la Muerte, que es muy sácalas con Tatica Dios, bajó en una estampida. Llegó donde Uvieta y tocó la puerta. Salió el otro y se va encontrando con mi señora. Pero no se dió por medio menos y como si la viera todos los días, le dijo:

—¡Adiós trabajos! ¿y eso que anda haciendo, comadrita?

—Pues que me manda Nuestro Señor por vos.

—¿Idiay, pues no quedamos en que yo me iría para el otro lado cuando a mí me diera la gana?

—No sé, no sé,—contestó la Muerte.—Donde manda capitán no manda marinero.

¡Ay! Como no se le vaya a volver la venada carreta a nuestro Señor.—pensó Uvieta.

—Bueno, comadrita, pase adelante y se sienta mientras voy a doblar los petates.

La Muerte entró y Uvieta la sentó de modo que viera para el palo de uva que estaba que se venía abajo de uvas.—Aviaos que no le fueran a dar ganas de probarlas!—La Muerte al verlo no pudo menos que decir:—¡Qué hermosura, Uvieta!

Y el confisgao de Uvieta que se hacía el que estaba doblando los petates, le respondió:—¿Por qué no se sube, comadrita, y come hasta que no le quepan?

La otra no se hizo del rogar y se encaramó.

Verla arriba Uvieta y comenzar a carcajearse como un descosido, fué uno.

—Lo que el sapo quería, comadrита,—le gritó.—A ver si se apea de allí hasta que a mí me dé mi regalada gana.

La Muerte quería bajar, pero no podía, y allí se estuvo y fueron pasando los años y nadie se moría. Ya la gente no cabía en la tierra, y los viejos caducando andaban dundos por todas partes, y Nuestro Señor como agua para chocolate con Uvieta, y recados van y recados vienen: hoy mandaba al gigantón de San Cristóbal, mañana a San Luis rey, pasado mañana a San Miguel Arcángel con así espada:—Que Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que dejés apearse a la Muerte del palo de uva, que si no vas a ver la que te va a pasar.

Y otro día:—Uvieta, que dice Nuestro Señor que por vida tuyita, dejés apearse a la Muerte del palo de uva.

Y otro día:—Uvieta, que dice Nuestro Señor que no te vas a quedar riendo, que vas a ver.—Pero a él por un oído le entraba y por otro le salía. Y Uvieta decía:—¡Ah sí, por sapo que la dejo apearse!

Por fin Tatica Dios le mandó a decir que dejara bajar la Muerte y que le prometía que a él no se lo llevaría.

Entonces Uvieta dejó bajar a la Muerte, quien subió escupida a ponerse a las órdenes de Dios.

Pero Nuestro Señor no había quedado nada cómodo con Uvieta y mandó al diablo por él.

Llegó el Diablo y tocó la puerta:—Upe, Uvieta. El preguntó de adentro:—¿Quién es?

Y el otro por broma le contestó:—La vieja Inés con las patas al revés.

Pero a Uvieta le sonó muy feo aquella voz: era como si hablaran entre un barril y al mismo tiempo reventaran triquitraques. Se asomó por el hueco de la cerradura y al ver al diablo se quedó chiquitico.

—¡Ni por la jurisca! ¡Si es el Malo! ¡Seguro que lo mandan por mí, por lo que le hice a la Muerte. ni más ni menos! ¿Ahora qué hago?

Pero en esto se le ocurrió una idea y corrió a su baúl, sacó su saco, abrió la puerta y sin dejar chistar al otro, dijo:—Al saco el diablo!

Y cuando el pisuicas se percató, estaba entre el saco de Uvieta.

—¡Ahora sí, tío Coles—le gritó Uvieta—vas a ver la que te vas a sacar por andar de cucharilla!

El demonio se puso a meterle una larga y otra corta, pero Uvieta le dijo:—¡Ah! sí. ¡Qué te la crea pizote!— Y cogió un palo y le arrió sin misericordia, hasta que lo hizo polvo.

A los gritos tuvo que mandar Nuestro Señor a ver qué pasaba. Cuando lo supo, prometió a Uvieta que si dejaba de pegar al diablo, a él nada le pasaría. Uvieta dejó de dar y Nuestro Señor se vió a palitos para volver a hacer al diablo de aquel montón de polvo.

Y el Patas salió que se quebraba para el infierno.

Ya Nuestro Señor estaba a jarros con Uvieta y mandó otra vez a la Muerte:—que no se anduviera con contumerias, ni se dejara meter con persona.—Agarralo

ojalá dormido y me lo traes. Mirá que si otra vez te dejás engañar, quedás en los petates conmigo.

A la Muerte le entró vergüencilla y siguiendo los consejos de Nuestro Amo, bajó de noche y cuando Uvieta estaba bien privado, lo cogió de las mechas, arrió con él para el otro mundo y lo dejó en la puerta de la Gloria, para que allí hicieran con él lo que les diera la gana.

Cuando San Pedro abrió la puerta por la mañana, se va encontrando con mi señor de elucas cerca de la puerta y como con abejón en el buche.

San Pedro le preguntó quién era, y al oír que Uvieta, le hizo la cruz. Si no hubiera estado en aquel sagrado lugar, le hubiera dicho:—¡Te me vas de aquí, puñetero!—Pero como estaba, y además él es un santo muy comedido, le dijo:—¡Te me vas de aquí, que bastante le has regado las bilis a Nuestro Señor!

—¡Y para dónde cojo?

—¡Para dónde? Pues para el infierno, pero es ya, con el ya.

Uvieta cogió el camino del infierno. El diablo se estaba paseando por el corredor. Ver a Uvieta y salir despavorido para adentro, fué uno. Además atrancó bien la puerta y llamó a todos los diablos para que trajeran cuanto chunche encontraran y lo pusieran contra la puerta, porque allí estaba Uvieta el hombre que lo había hecho polvo.

Uvieta llegó y llamó como antes usaban llamar las gentes cuando llegaban a una casa:—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!—Por supuesto que al oír esto, los demonios se pusieron como si les mentaran la mama.

Y allí estuvo el otro como tres días, dándole a la puerta y!—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Como no le abrían, se devolvió. Cuando iba pasando frente a la puerta del Cielo, le dijo San Pedro: —¿Idiai, Uvieta, todavía andás pajareando?

—¿Idiai, qué quiere que haga? Allí estoy hace tres días dándole a aquella puerta y no me abren.

—¿Y eso qué será? ¿Cómo llamás vos?

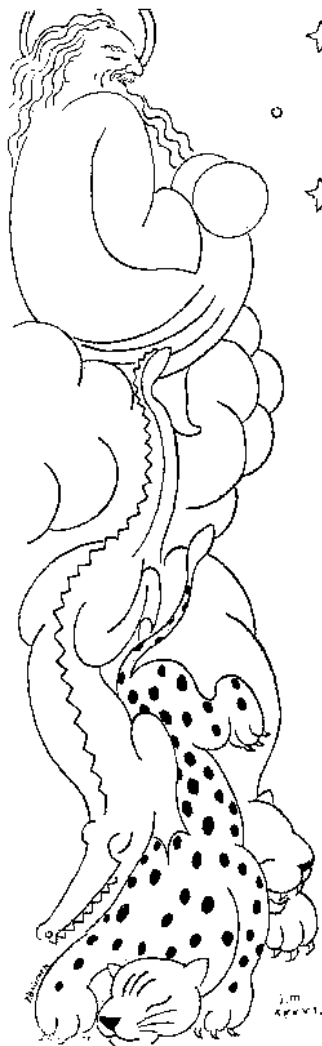
—¿Yo? Pues: ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

La Virgen estaba en el patio dando de comer a unas gallinitas que le habían regalado, con el pico y las patitas de oro y que ponían huevos de oro. Cuando oyó decir: ¡Ave Masía Purísima! ¡Ave María Purísima! se asomó creyendo que la llamaban.

Al ver a Uvieta se puso muy contenta.

—¿Qué hace Dios de esa vida, Uvieta? Entre para dentro.

San Pedro no se atrevió a contradecir a María Santísima y Uvieta se metió muy orondo a la Gloria y yo me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.



Por qué tío Conejo tiene las orejas tan largas

PUES señor, un día se le va antojando a tío Conejo tener una estatura mayor, y le habló a un zopilote para que lo llevara a las nubes adonde Tata Dios.

Tío Conejo llegó a la presencia de Nuestro Señor, que por dicha ese día estaba de buenas, y le dijo que él deseaba ser más grande, que era una gran vaina ser tan

chiquillo porque todos se lo querían comer, y que por aquí y por allá.

Tatica Dios le contestó:—Bueno hombré, pero eso sí, traemé un pellejo de león, otro de tigre y otro de lagarto, y con la condición de que vos mismo los has de matar.

Tío Conejo no esperó segundas razones y sin decir adiós a Nuestro Señor, se encajó en el zopilote y volvió a la Tierra. Lo primero que hizo fué atisbar a tío Tigre y en un medio día que estaba echando una siesta, llegó quebrándose y gritando como loco:—¡La Santísima Trinidad! ¡Ave María, Gracia Plena! ¡Los Tres Dulcísimos Nombres!

A la bulla se recordó tío Tigre y lleno de miedo, le gritó:—¿Qué es la cosa, hombré?

—¡Tío Tigre de Dios, ni me pregunte! ¿Qué le parece que ai no masito viene un huracán? Por vida suya, amárreme con estos bejuquitos para que no me lleve.—Y daba vueltas de aquí y corría de allá.

A tío Tigre se le fué el cuajo a los talones.

—¡No diga eso, tío Conejo! ¿Y ahora qué hago yo? ¿No habrá por ai con qué amarrarme a mí también?

Tío Conejo tenía ya unos bejuocos muy resistentes listos debajo de las hojas, y dijo haciéndose de las nuevas:

—Pues aquí hay unos bejuquillos, si quiere... La cosa es que quién sabe para que pueda amarrarlo, porque tengo las manos en un temblor.

Tío Tigre le dijo:—Tantee, tío Conejo, tantee.

Y tío Conejo que era nonis para hacer nudos, lo dejó bien reatado a un palo y cuando lo tuvo así, comenzó a tirarle pedradas; luego que lo vió más del otro

lado que de éste, se acercó con un palo y acabó de salir de él. Ya muerto lo desamarró y con su cuchillo le quitó la piel, que dejó al sol para que se oreara.

Luego se puso a cavilar cómo conseguiría la piel del león.

El sabía que había un pumita que estaba haciendo torerías en una hacienda de ganado.

Entonces se fué adonde el dueño y le dijo:—Mire, ñor Hombre, ¿quiere que hagamos un trato?

—Vamos a ver, ¿qué es la cosa?—le contestó el otro.

—Vea, ¿quiere que salgamos de mano leoncito?

El hombre se rió y dijo:—Idiai, ¿y cómo vas a hacer vos tan chiquitillo?

—Ai verá. Deme su palabra de que me ayudará así que esté muerto en lo que yo le pida, y le prometo que de aquí a diez días no tendrá ese tequio encima.

Tío Conejo se lo llevó a un sitio en donde había un hoyo en forma de embudo, bastante hondo, arenoso y con las paredes lisas. El que caía allí tenía que perder las esperanzas de salir si no había quien le ayudara. Tío Conejo hizo al hombre cortar ramazones y tapar la abertura del hueco y darle la apariencia del suelo cubierto de hojas. Después le aconsejó que en la pura orilla atara un ternero bien gordo y él corrió en busca del león.

Cuando dió con él, le gritó:—Mano León de Dios, andaba en busca suya. ¡Viera qué almuercillo más ñeque le tengo! Póngaseme atrás y verá.

Mano León de veras lo siguió y tío Conejo hizo que llegaran al lugar de modo que el otro tuviera que pasar por el hueco. Por supuesto que poner los pies

sobre las ramazones y salir rodando, fué uno. A los ocho días el pobre mano León murió de hambre. Tío Conejo corrió en busca de ñor Hombre para que le ayudara a sacarlo, y cuando lo tuvo fuera, le arrancó la piel con su cuchillo. la extendió al sol y la dejó oreándose al lado de la del tigre.

Le faltaba la del lagarto.

Sabía que éste era muy parrandero y en una noche de luna cogió su guitarra y se fué a cantar a la orilla del río y a echar güipías✓

✓ Mano Lagarto fué saliendo y le preguntó:

—Hombré, ¿por qué estás tan alegre?

Tío Conejo le contestó:—¡Cómo quiere que no esté, alegre, si voy para un baile donde hay cuatro muchachas!.. (Tío Conejo se llevó la mano a la boca y se besó la punta de los dedos).

--No digás, hombré, no digás. ¿Y eso dónde es?

—Por aí, por aí...—Y tío Conejo hizo que seguía adelante.

Mano Lagarto le dijo:—¿Por qué no me llevás, compadrito?

—A mí no me gusta andar con aretes—le respondió tío Conejo.

—Sí, hombré, llevame, no te hagás del rogar.

—Bueno, ¡qué caray! ¡Pero, eso sí, cuidado con la cuenta! ¡Cuidado con ir a hacer una que no sirve!

El otro le hizo mil juramentos y se pusieron en camino. Pero tío Conejo se hizo el rencoso y mano Lagarto le propuso que se le subiera encima. Tío Conejo se encaramó sobre mano Lagarto, y a poco andar le dió con toda alma un garrotazo en la cabeza con un guayacancito que traía escondido. Pero no tuvo buena

Sacó su cuchillo, y le cortó la piel y lo dejó que se oreara. Cuando lo estuvo, llamó al zopilote y le habló para que lo llevara con todo y pieles adonde Tatica Dios. Así que llegaron ante Su Divina Majestad, tío Conejo, sin andarse con muchas aquellas, le tiró a los pies los pellejos:--Aquí tiene...!

Ese día Nuestro Señor no estaba de muy buenas pulgas.

--Bueno, ¿y qué hay con eso?--le preguntó de mal modo.

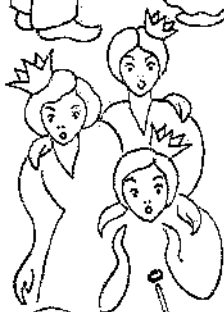
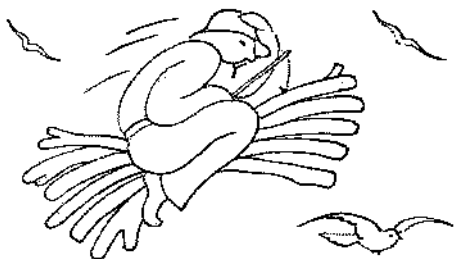
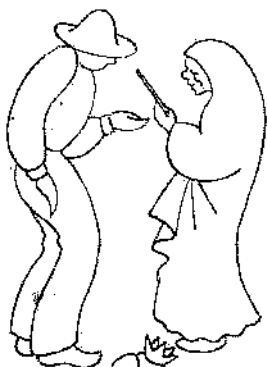
--Nada, pues que usted me dijo que le trajera una piel de tigre, otra de león y otra de lagarto, muertos por mí, y aquí están. Y que si se las traía me haría más grande.

Nuestro Señor exclamó:--¡Ah gran indino! ¡Se me puso que te ibas a salir con las tuyas! ¡Ya me parece las que has hecho en la Tierra!

Entonces lo cogió de las orejas y les dió tan gran jalonazo que se las estiró tamaño poco. (Ha de saberse que antes, antes, tío Conejo tenía las orejas chirrisquillas). Después le dijo:

--¡Y te me quitás de aquí, zángano!

Tío Conejo salió a pito y caja, sobándose las orejas y Tatica Dios al verlo por detrás, no pudo dejar de echarse una carcajada y con esto se le fué el mal humor



Juan, el de la carguita de leña

HABÍA una vez una viejita que tenía tres hijos: dos vivos y uno tonto. Los dos vivos eran muy ruines con la madre y nunca le hacían caso, pero el tonto era muy bueno con ella y era el palito de sus enredos. Los dos vivos se pasaban en la ciudad haciendo que hacían, porque eran unos grandes vagabundos. Lo cierto es que el tonto no era nada tonto,



pero como era tan bueno lo creían tonto, porque así es la vida.

Pues señor; un día lo mandó la anciana a la montaña a traer una carguita de leña. El fué e hizo una buena carga, y cuando estaba rejuntando las burusquitas para que a su madre no le costara encender el fuego por la mañana, se le apareció una viejita que traía una varillita en la mano.

Ella le dijo:—Mirá, Juan. aquí te traigo esta varillita de regalo. Es como un premio por lo sumiso que sos con tu mama.

Juan preguntó:—¿Y para qué me sirve?

—Para todo lo que se antoje: ¿qué querés plata..? Pues a pedírsela a la varillita. Y si no, mirá: cuando estés muy cansado, vas a tocar con ella la carga de leña y al mismo tiempo le decís: Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que mi carguita de leña me sirva de coche y me lleve a casa.

Así lo hizo Juan; se sentó en la carga de leña y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en su casa.

Juan no dijo a nadie una palabra de lo que le pasara. Pero desde ese día no volvió a caminar por sus propios pies, sino que andaba para arriba y para abajo, encajado en la carga de leña. Y cuando su madre o sus hermanos le preguntaban, se hacía el sordo.

Sucedió que las hijas del rey venían de cuando en cuando a bañarse en una poza que había cerca de la casa de ellos. Un día de tantos, salió la menor en un vivo llanto del baño porque se le había caído en el agua su sortija. A cada una de las niñas le había regalado el rey un anillo nunca visto, y que se encomendara a Dios la que lo perdiera.

A la noche llegaron los dos vivos con el cuento de que el rey estaba que se lo llevaba la trampa, porque la menor de las princesas había perdido su sortija en la poza, y que Su Majestad había ofrecido que aquel que la encontrara, sería el marido de su hija.

Apenas amaneció, corrieron los dos vivos a buscar en la poza, pero nada. Así que se fueron ellos, llegó el tonto con su varillita, tocó el agua y dijo:—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, reparame la sortija.—Y deveras, la sortija salió y se ensartó en la varillita. La guardó, tocó con su varillita la carga de leña, y pidió que ésta lo llevara al palacio del rey.

Cuando estuvo ante la puerta, los soldados que estaban de centinela lo cogieron de mingo, y por supuesto, no querían dejarlo entrar.

Pero el tonto armó un alboroto. El rey oyó y mandó a ver qué era aquella samotana y al saberlo ordenó que lo dejaran pasar.

Y fué subiendo escaleras arriba, arrodajado en su carga de leña y así entró en el salón, en donde estaba el rey con toda su corte. Bajó de su vehículo alguillo chillado, sacó la sortija de su bolsa y dijo:—Señor rey, aquí traigo la sortija de la niña, y a ver en qué quedamos de camiento.

Todos al verlo entrar, reían a carcajadas y al oír sus pretensiones, quisieron echarlo a broma y a decir que la miel no se había hecho para los zopilotes. Pero cuando oyeron al rey decir que estaba dispuesto a cumplir lo prometido, se quedaron en el otro mundo.

La pobre princesa comenzó a hacer cucharas y por último soltó el llanto.

Las tres niñas se tiraron de rodillas ante su padre

y se pusieron a rogarle, pero él les dijo:—Yo di mi palabra de rey y tengo que cumplirla.

Luego cogió a su hija menor por su cuenta y se puso a aconsejarla con muy buenas razones, porque este rey no era nada engreído:—Vea, mi hijita a nadie hay que hacerle ¡chel en esta vida. No hay que dejarse ir de bruces por las apariencias. ¡Quién quita que le salga un marido nonis! Y en esta vida, uno se hace ilusiones de que porque a veces se sienta en un trono es más que los que se sientan en un banco. Pues nada de eso, criatura, que sólo Cristo es español y Mariquita señora...

Y por ese camino siguió calmando a su hija, pero ella como si tal cosa, no dejaba su llanto y sus sollozos, porque no hallaba cómo casarse con aquel hombre tan infeliz. Y cuando recordaba que había entrado en el salón sobre una carga de leña y que todos se esmojecieron de la risa, sentía que se le asaba la cara de vergüenza.

Pero no hubo remedio y llegó el día del casorio.

La madre y los hermanos del tonto estaban en ayunas de lo que pasaba.

Bueno, pues llegó el día del casorio, que sería a las doce del día en la Catedral.

El tonto salió como si tal cosa, montado en su carga de leña, pero al ir a entrar en la ciudad, tocó la carga con su varita y dijo:—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que la carga de leña se vuelva un coche de plata, con unos caballos blancos que nunca se hayan visto, y yo un gran señor muy hermoso y muy inteligente.—Y la carga de leña se transformó en una carroza de plata y él, en un gran señor.

Cuando la gente vió detenerse aquella carroza frente al palacio y bajar aquel príncipe tan hermoso, se quedó con la boca abierta.

La princesa estaba en un rincón y no tenía consuelo. Hasta fea estaba, ella que era tan preciosa, de tanto llorar: con los ojos como chiles y la nariz como un tomate.

¡Ay, Dios mío, ¡Qué fué aquello! De pronto entra un príncipe muy hermoso, la coge de una mano, se la lleva y la mete en una carroza de plata. Sale la carroza que se quiebra para la Catedral y allí los casa el señor Obispo. Vuelven al palacio y ¡qué bailes y qué fiestas!

La princesa no sabía si estaba dormida o despierta. Cuando comenzó el baile, ella bailó con su marido y todo el mundo les hizo rueda, y no tanto por admirarla a ella como a él. Las otras dos princesas que se habían burlado antes del triste novio y de su carga de leña, estaban ahora con su poquito de envidia y no hallaban en donde ponerlo. Y todo el mundo: ¡Juan arriba y Juan abajo!

Juan se fué a un rincón, sobó su varillita y le dijo:—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que la casilla de nosotros se vuelva un palacio de cristal y mi madre una gran señora.

Y así fué: la viejita estaba en la cocina en pleitos con el fuego y echando de menos a Juan, que de unos días para acá se le había vuelto muy pata caliente, cuando oyó un ruidal y como que se mareaba: al volver en sí, se vió en una gran sala de cristal con muebles dorados y ella sentada en un sillón, vestida de terciopelo y abanicándose con un abanico de

plumas; a su alrededor una partida de sirvientes que se querían deshacer por sonarle la nariz, por abanicarle y hasta por llevarla en silla de manos allá fuera. Por todas partes salían y entraban criados muy atareados. De pronto oyó ruido de coches, y en la sala vecina comenzó a tocar una música que era lo mismo que estar en el Cielo. Por último ve entrar una pareja, como quien dice un rey y una reina...ambos le echaron los brazos y la voz de Juan que dice:— Mamita, aquí tiene a mi esposa.

Y más atrás venían el rey, la reina, las princesa y cuanto marqués y conde había en el país.

Allá al anochecer, estaba la fiesta en lo mejor, llegaron los hermanos que andaban de parranda. Juan los encerró en un cuarto, y otro día cuando estuvieron frescos, les contó lo que pasaba y que si se formalizaban, los casaba con las otras princesas. De veras, ellos se formalizaron y se casaron. Juan y su esposa fueron los reyes y todos vivieron muy felices.



El Pájaro Dulce Encanto

HABÍA una vez un rey ciego, como el de «La Flor del Olivar», quien también tenía tres hijos. Muchos médicos lo vieron y muchas promesas llevaban hechas él, la reina y sus hijos, pero los ojos no daban trazas de ver.

Había una viejecilla curandera que era bruja y tenía fama porque había hecho algunas curaciones que los doctores no habían conseguido. Por un si acaso, la hicieron venir al pala-



cio, y ella dijo que se dejaran de ruidos y que buscaran el Pájaro Dulce Encanto y le pasaran la cola al rey por los ojos: que este pájaro estaba en poder del rey de un país muy lejano; eso sí, que se la pasara el mismo que lograba apoderarse del pájaro.

Los tres hijos del rey se dispusieron a ir a testarrear la medicina, y el rey prometió que el trono sería para aquel que la trajera.

Los tres partieron el mismo día: el mayor por la mañana, el siguiente a medio día y el menor por la tarde, cada uno en un buen caballo y bien provistos de dinero.

Al salir el mayor de la ciudad, vió un grupo de gente a la entrada de una iglesia—¿“y adónde vas Vicente?—Al ruido de la gente”—se acercó a ver qué era, y se encontró con un muerto tirado en las gradas y uno de los del grupo le contó que lo habían dejado allí porque no tenían con qué enterrarlo, y que el padre no quería cantarle unos responsos si no había quien le pagara.

—¡A mí qué...!—dijo el príncipe, y siguió su camino.

A medio día, cuando pasó el otro, vió a la entrada de la iglesia al pobre difunto que todavía no había hallado quien lo enterrara.—Eso a mí no me va ni me viene—dijo el príncipe y siguió su camino.

Cuando el menor pasó en la tarde, todavía estaba allí el cadáver, medio hediondo ya, y las gentes que miraban tenían que estar espantando los perros y los zopilotes que querían acercarse a hacer una fiesta con el muerto.

Al príncipe se le movió el corazón y pagó a unos para que fueran a comprar un buen atáud y él en

persona buscó al padre para que le cantara los responsos; fué a ayudar a abrir la sepultura y no siguió su camino sino hasta que dejó al otro tranquilo bajo tierra.

A poco andar, le cogió la noche en un lugar des-poblado.

De repente vió desprenderse de una cerca una luz del tamaño de una naranja, que se fué yendo a encontrarlo y que por fin se le puso al frente. Al príncipe se le pararon toditos los pelos y preguntó más muerto que vivo:—De parte de Dios todopoderoso, dí ¿quién eres?

Y una voz que parecía salir de un juncó, le respondió:—Soy el alma de aquel que hoy enterraste y que viene a ayudarte. No tengas miedo, yo te llevaré adonde está el Pájaro Dulce Encanto. No tenés más que ir siguiéndome. Eso sí, no podés caminar de día.

Al joven se le fué volviendo el alma al cuerpo y siguió a la luz. Hizo como ella le dijo y descansaba de día. A los dos días ya no le tenía miedo y más bien deseaba que se le llegara la noche. Y a la semana ya eran muy buenos amigos.

Anda y anda, por fin llegaron al reino donde estaba el Pájaro. La luz le dijo que a la media noche se fuera a pasear frente a los jardines del palacio y que se metiera en ellos por donde la viera brillar. Así lo hizo y a media noche entró a los jardines y echó a andar detrás de la luz, que lo pasó frente a los soldados dormidos y lo metió en el palacio sin que nadie lo sintiera. Llegaron por fin a un gran salón de cristal iluminado por una lámpara muy grande que era como ver la luna, todo adornado con grandes macetas de

oro en que crecían rosales que daban rosas tintas, y el príncipe se quedó maravillado al ver los miles de rosas que se veían entre las hojas verdes. El suelo estaba alfombrado de rosas deshojadas y se sentía aquel aroma que despedían las flores que daba gusto, y en una jaula de alambres de oro en los que había ensartados rubíes del tamaño de una bellota de café, colgada del cielo raso, y muy alta, estaba el Pájaro Dulce Encanto, que era así como del tamaño de un yigüirro pero con la pluma blanca, con un copetico y las patas del color del coral. Cuando entró el príncipe, comenzó a cantar y el joven creía que entre las matas estaban escondidos músicos muy buenos que tocaban flautas y violines. Y así se hubiera quedado sin acordarse de más nada, si la luz no le hubiera llamado la atención:—¡Idiai, hombré, ya olvidaste a lo que venías? A ver si vas al cuarto que sigue, que es el comedor y te alcanzás cuanta mesa y silla encuentrés.

Así lo hizo y cuando trajo todos los muebles que había, los fué colocando uno encima de otro para alcanzar el pájaro. Con mil y tantos trabajos, se fué encaramando por aquella especie de escalera y ya estaba estirando el brazo para coger la jaula, cuando todo se le vino abajo, haciendo por supuesto un gran escándalo. A la bulla, hasta el rey se levantó y corrió medio dormido y chingo a ver qué pasaba. Y van encontrando a mi señor debajo de todo, golpeado y hecho un ¡ay de mí! Lo sacaron y lo hicieron confesar por qué estaba allí. El rey lo mandó encalabozar y que lo tuvieran a pan y agna. Cuando estaba en el calabozo, se le apareció la luz y le aconsejó que no se afligiera.

A los días lo mandó a llamar el rey y le dijo que se le devolvería la libertad y le daría el Pájaro, si le conseguía un caballo que él quería mucho y que le había robado un gigante.

El príncipe le contestó que otro día le daría la respuesta. En la noche llegó la luz y le aconsejó que dijera que bueno.

Dicho y hecho, la luz lo guió hasta que llegaron al potrero en donde el gigante guardaba el caballo. Escondido entre una zanja, esperó que amaneciera. Apenas comenzaron las claras del día, salió el gigante del potrero caracoleando el caballo, que por cierto era el caballo más hermoso del mundo: negro, como de raso, con una estrella en la frente y con las patas blancas.

Ya la luz le había aconsejado que apenas los viera salir, entrara al potrero y subiera a un palo de mango muy coposo que había en el centro; que esperara allí hasta que regresara el gigante en la noche, y cuando éste tuviera los ojos cerrados no se fiara porque no estaba dormido, sino cuando los tuviera de par en par y que entonces debería aprovechar para robar el caballo. Además le contó que el caballo tenía en la paletilla derecha una tuerca y que le diera vueltas a esa tuerca y que vería.

Pues bueno, en la noche volvió el gigante y seguramente venía muy cansado, porque no hizo más que medio amarrar el caballo del tronco del árbol, le aflojó la cincha y él se tiró a su lado. Comenzó a roncar, pero el príncipe se fijó en que tenía los ojos cerrados; poco a poco los ronquidos fueron más, más débiles, y y el príncipe vió que tenía un ojo cerrado y otro abierto; por fin cesaron los ronquidos y el gigante tenía los

ojos de par en par, unos ojazos más grandes que las ruedas de una carreta. Poquito a poco se fué bajando y desamarró el caballo. Pero este animal hablaba como un cristiano y gritó:—¡Amo, amo, que me roban!— De un brinco se levantó el gigante. El joven se quedó chiquitico entre una ramas.

El gigante miró por todos lados y gritó:—¡Quién te roba? ¡Nadie te roba!— Luego se volvió a dejar caer y a poco abrió los ojos.

Vuelta otra vez a bajar poquito a poco. Puso una mano en la cabeza del caballo e intentó montar, pero el animal gritó otra vez:—¡Amo, amo, que me roban!

De nuevo se recordó el gigante, pero no vió a nadie. Con cólera le contestó:—¡Quién te roba? ¡Nadie te roba! ¡Si me vuelves a decir que te roban, te mato!

Así que el príncipe vió al gigante con los ojos abiertos, muy resuelto se acercó al caballo, que esta vez no chistó. Entonces lo montó, le apretó la tuerca y el caballo salió volando.

La luz había dicho al príncipe que antes de entrar en la ciudad volviera a apretar la tuerca para que el caballo descendiera, y que no se diera por entendido con el rey de que sabía aquella cualidad de la bestia. Lo hizo así, y el rey lo recibió muy contento, pero el muy mala fé le dijo que todavía no le daría el Pájaro, si no cuando le trajera su hija, que había sido robada por el mismo gigante.

El joven no quiso contestar nada sino hasta que habló con la luz, quien le dijo que aceptara.

A la noche siguiente partieron y llegaron al palacio del gigante. La luz le aconsejó que llevara el caballo y que lo dejara amarrado entre un bosque

cercano al palacio. El debería subir por una enredadera hasta una ventana iluminada, que era la ventana del comedor. A aquellas horas deberían estar cenando. Cuando viera que el gigante había bebido mucho vino y dejara caer la cabeza sobre la mesa, debía tirar unos terroncillos a la niña y le haría señas para que se acercara y lo siguiera.

Todo pasó dichosamente, porque el gigante se puso una buena juma y la princesa, que deseaba con toda su alma salir de las garras de aquél bruto, no dudó ni un minuto en seguir al joven que le pareció muy galán. Al príncipe también le pareció muy linda la niña y al punto se enamoró de ella. El caso es que los dos se gustaron.

Sin ninguna novedad llegaron al palacio, pero el rey, que era muy mala fe, le dijo que le pidiera cualquier otra cosa, pero que el Pájaro no se lo daba.

Entonces la luz le aconsejó que le pidiera que lo dejara dar tres vueltas por la plaza montado en el caballo, con la niña por delante y el Pájaro en su jaula en una mano. El rey convino, y para estar seguro, puso soldados en todas las bocacalles que daban a la plaza. El príncipe salió muy en ello a caballo con la niña y el Pájaro. Dió dos vueltas muy honradamente, pero al ir a acabar la tercera, apretó la tuerca y el caballo salió por los aires, y al poco rato desapareció entre las nubes. Por supuesto que el rey se quedó jalándose las mechas y diciendo que bien merecido se lo tenía por tonto. A él no le había pasado por la imaginación que el príncipe supiera lo de la tuerca.

Bueno, pues, el joven, al llegar a su país, apretó

la tuerca, y el caballo bajó. Al pasar por una ciudad encontró a sus dos hermanos todos dados a la mala fortuna, que se habían engringolado en unas fiestas, se habían quedado sin un cinco y no sabían con qué cara llegar donde su padre.

Los dos hermanos sintieron una gran envidia por la suerte de su hermano menor que traía no sólo el Pájaro sino una linda princesa y un caballo maravilloso.

El joven los invitó a volver con él, pero ellos se negaron. Eso sí, le rogaron que les aceptara el convite que le hacían de ir a almorzar en un lugar en las afueras de la población. El, sin malicia, aceptó enseguida. Ellos hicieron beber al príncipe y a la princesa una bebida que era un narcótico, y cuando estuvieron sin conocimiento, se llevaron al joven y lo echaron en un precipicio. Cuando la niña despertó, le dijeron que él se había ido a parrandear en unas fiestas que se celebraban en un pueblo vecino y que la había dejado abandonada. Pero que ellos no la desampararían y se la llevarían al palacio de su padre.

Volvieron a su casa y el rey y la reina se alegraron y ellos para que no supieran por qué el menor no parecía, lo pusieron en mal, y les hicieron creer que ellos habían sido los de todo el trabajo y que la princesa era una niña loca que habían recogido en el camino. Pero no pudieron conseguir que el rey repartiera el reino entre los dos, porque le pasaron la cola del Pájaro Dulce Encanto y no surtió ningún efecto: el rey quedó tan ciego como antes.

Quiso Dios que la luz libró al joven de que no rodara entre el precipicio, sino que una rama lo agarró

por el vestido y unos carreteros que pasaban lo oyeron gritar, se acercaron y lo ayudaron a salir de allí. Les dijo quien era y como se había hecho algunas heridas y no podía caminar ellos mismos lo llevaron al palacio del rey y a los cuatro días fueron llegando con él.

La princesa, que no había vuelto a hablar de la tristeza de la ausencia del joven, al verlo, se puso feliz y el Pájaro que no había vuelto a cantar, llenó el palacio con sus flautas y violines. Pero el rey y la reina estaban muy enojados contra su hijo menor por los cuentos con que sus hermanos mayores habían venido, y no querían recibirlo. El, entonces, contó lo que le había ocurrido; los carreteros atestiguaron; además, el joven para probar que era él quien había conseguido el Pájaro, lo cogió y pasó su cola por los ojos del rey, quien enseguida quedó con unos ojos tan buenos que le podían hacer frente a la luz del sol. Se conocieron las mentiras de los hermanos envidiosos, pero el príncipe que era un buenazo de Dios, no permitió que los castigaran, los abrazó y compartió el reino con ellos.

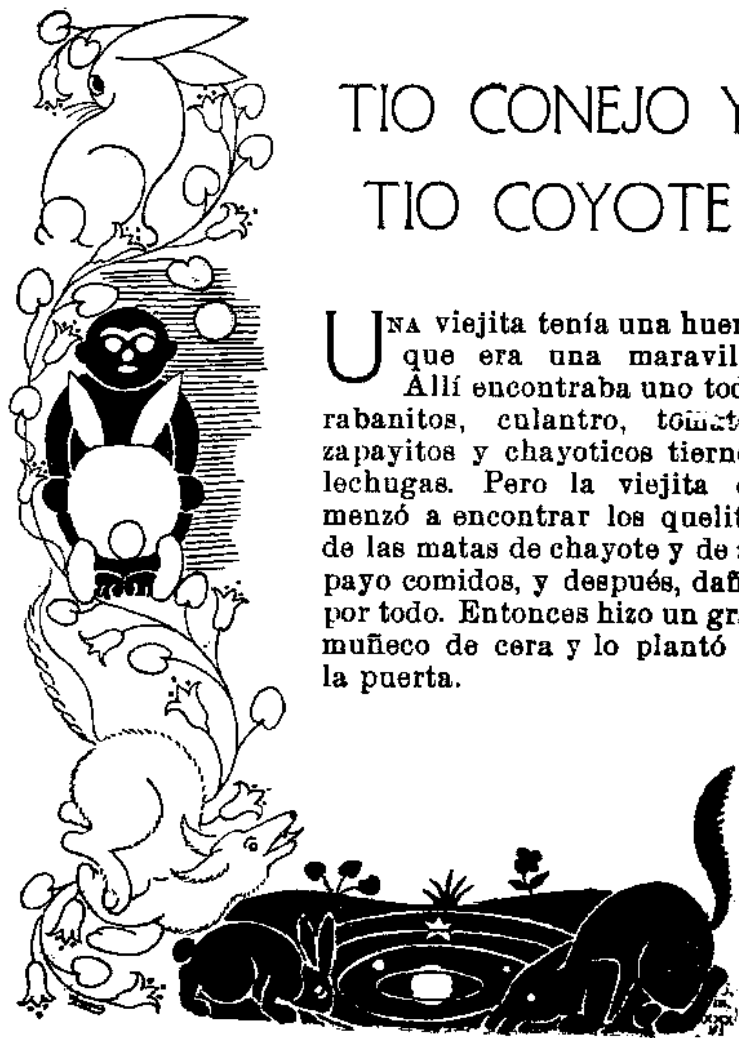
El se casó con la princesa, quien colgó de su ventana la jaula con el Pájaro Dulce Encanto, que diario tenía aquello hecho una retreta.

Cuando la luz vió feliz y tranquilo a su amigo, vino a decirle adiós. Mucho sintió el príncipe esta separación, pero la luz le dijo:—Ya cumplí, ya te demostré mi gratitud. Adiós y ahora hasta que nos volvamos a ver en la otra vida.

Y me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.

TIO CONEJO Y TIO COYOTE

UNA viejita tenía una huerta que era una maravilla. Allí encontraba uno todo: rabanitos, culantro, tomates, zapayitos y chayoticos tiernos, lechugas. Pero la viejita comenzó a encontrar los quelites de las matas de chayote y de zapayo comidos, y después, daños por todo. Entonces hizo un gran muñeco de cera y lo plantó en la puerta.



Pues, señor, el caso es que tío Conejo era el de aquel tequio; se metía en las noches y se daba cuatro gustos gurruguseando por todo.

Cuando llegó y se encontró con aquel espantajo, se escondió detrás de unas matas a examinarlo, y al convencerse de que no se movía y que era de mentiras, la picó de valiente, se acercó y le dijo:—¡Idial, hombre, a ver qué es la cosa? Echémonos, a ver si vos me podés atajar.

Y tío Conejo le metió su moquete, pero como el muñeco era de cera, tío Conejo se quedó pegado. Le dió mucha cólera y le metió otro moquete y se quedó pegado. Por despegarse comenzó a patear y se quedó pegado de las dos patillas; metió la cabeza y se le pegaron las orejas.

En esto amaneció y salió la viejita a su huerta y se va encontrando con mi señor, bien pegado del muñeco.

—¡Ajá, con que ya dí con lo que era! ¡Con que vos eras, confisgado, el que estabas acabando con mi huerta? Aguardate aí y verás. Ahora te voy a pelar, a ver si te quedan ganas.—Y lo cogió y lo metió entre un saco; lo amarró y lo dejó a un ladito en la cocina, mientras iba a traer el agua.

—¡Ah vaina la que me fué a pasar!—se puso a pensar tío Conejo. Y comenzó a pegar unos grandes gritos:—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

En esto iba pasando tío Coyote y a los gritos, se fué metiendo hasta la cocina a ver qué era. Cuando llegó junto al saco, preguntó:—¡Quién está aquí?—Tío Conejo le contestó:—Pues yo, tío Conejo, que me tienen entre este saco porque me quieren casar con la hi-

ja del rey, y yo no quiero. Yo no me quiero casar. ¡Casarse es una gran vaina!

Tío Coyote le dijo:

—¡Qué mamada! ¡Con la hija del rey! ¡Así quien no!... ¡Qué más querés?

Tío Conejo le dijo:—Pues ni an así. Ya ves que es la hija del rey, y todavía si me la dieran encasquillada en oro, diría que no. ¡Qué vaina! ¡Qué vaina! El buey solo bien se lame. Yo que pensaba morir soltero...

Tío Coyote dijo:—¡Cuándo yo! ¡Más bien estaría bailando de la contentera! Yo sí que no me haría el rosita como vos.

Entonces tío Conejo le propuso:—Mirá, ¿porqué no me soltás y te metés vos en mi lugar? En la ceremonia el novio va a estar metido entre el saco, para que la princesa no se dé cuenta, porque el rey es el de la gana de que yo me case con su hija. Y una vez pasada la ceremonia, el rey tiene que convenir.

El muy no nos dejes de tío Coyote, sin acordarse de que ya otras veces tío Conejo le había jugado sucio, convino. Desamarró el saco y salió tío Conejo; se metió él, y tío Conejo lo amarró y ¡paticas! por aquí es camino...

Se escondió entre unos matorrales para ver en qué paraba aquello.

Volvió la viejita con su tinaja de agua. Puso una olla de agua al fuego y se sentó a esperar. Tío Coyote, donde oyó gente, por quedar bien comenzó a decir:—¡Idiai, a qué hora viene la princesa? Ahora sí, ya tengo ganas de casarme.

—Sí, princesa te voy a dar yo sé por donde— le contestó la viejita.

Cuando el agua estuvo hirviendo, desamarró el saco y se asomó.—¡Ajá, con que de conejo se volvió coyote? Está bueno.

Y tío Coyote, vuelto una agua miel, respondió:—sí señora, pero yo sí tengo mucho gusto en casarme

La viejita cogió su olla de agua hirviendo y se la echó por la trasera.

El pobre tío Coyote salió en un alarido, y en carrera abierta. Cuando lo vio pasar tío Conejo le gritó:

—¡Adiós, tío Coyote c... quemao, por amigo de ser casao!

*
* *
*

Allá a los días, en una que va y otra que viene, se va topando tío Conejo con tío Coyote. Tío Conejo se quedó como el día en que lo habían de enterrar.—¡Hijo del padre! ¡Ahora sí que me llevó quien me trajó!—se puso a pensar.

Verlo tío Coyote y ponerse como un jarro zonto, todo fué uno.

—¡Bueno, tío Conejo, yo y usted tenemos que arreglarnos!...

Tío Conejo se hizo el tonto:—Y ¿eso de qué, tío Coyote? Yo espulgo mi conciencia y veo que en nada lo he ofendido.

—Sí, callate solfas. Por dicha que ya yo sé con la tusa con que me rasco. Encomendate a Dios, porque aquí me las vas a pagar todas juntas.

Tío Conejo, mientras tanto, estaba volando ojo para todos lados. A la orilla de una cerca había un

palo de zapote cargadito de zapotes. Entonces dijo— Bueno, tío Coyote, ¿qué vamos a hacer? El que puede, puede. Pero eso sí, que antes de acabar conmigo, me deje subir a ese palo de zapote a comerme un zapotico que estoy viendo desde aquí, madurito que no sé cómo no se ha caído. No me mande al otro lado con la gana. Tome mi mano que vuelvo a bajar para que me tasajee.

—¡Qué caray!—contestó el otro,—andá y comete el zapote, que en seguida será otro cantar. Y lo que es yo no me quito de aquí hasta que bajés.

No bien había acabado tío Coyote de consentir, cuando iba mi señor palo arriba diciendo:

—¡Carachas! ¡Que me he visto en alitas de cucaracha! ¡Enainas me almuerza!

Ya arriba, se puso a hacer que comía zapote y a decir:—¡Qué zapotes! ¡Si es como estar comiendo sobao! ¡Qué ricural! Hágase de cuentas, tío Coyote, que tatica Dios encerró entre estas cáscaras terrones de dulce.

Tío Coyote ¿quiere que le tire uno para que pruebe?

—Bueno—respondió el otro.

—Allá te va; abra la boca y cierre los ojos.

Le veras: el otro gandumbas va abriendo el hocico y Tío Conejo buscó el zapote sazón más galano que encontró y se lo dejó ir con toda alma hacia la boca.

Por supuesto que le apió cuanto diente tenía y el pobre tío Coyote dijo a correr pegando el grito al cielo.

* * *

Fueron pasando días y en una de tantas, en una noche de luna, vuelve a dar tío Coyote con tío Conejo.

Todo moletas, le dijo mientras lo agarraba de las orejas:—Lo que es de ésta sí que no escapás, grandísimo tal por cual. Mirá como me tenés. . . .

Y tío Conejo, aunque no era del caso para reirse, ya no aguantaba las ganas, al ver al pobre tío Coyote sin dientes y al recordar como andaría la trasera.

—Pues bueno, tío Coyote, ¡qué vamos a hacer! Cuando usted dice este macho es mi mula, nadie lo saca de ahí. Dios sabe que nada le hecho con intención de hacerle daño. Es que vea, tío Coyote, yo soy más torcido que un cacho de venado con usted, y cada vez que quiero hacer una paloma me sale un sapo. ¡Que el señor le dé paciencia conmigo!

Y tío Conejo dió un gran suspiro.

—Callate, vende miel y bebe sin dulce. Quien no te conoce que te compre.

—¿Sabe para dónde iba, tío Coyote? Pues a atíparme de queso. ¡Viera qué queso! Hasta que se ve amarillito.

—¿Y eso dónde está?—le preguntó tío Coyote.

—Pues ande y vamos.

Y echaron a andar, tío Coyote sin soltar a tío Conejo.

Llegaron a un gran charco y en el fondo de él se reflejaba la luna llena.

—Tío Conejo dijo:

—Mire, tío Coyote, repare qué queso. Yo creo que hay para un año. Y diga si no se le ve chorrear la mantequilla.

Y el otro Juan Vainas contestó:—De veras, tío Conejo. ¡Qué hermosura! ¿Y cómo hacemos para cogerlo?

—Muy sencillo. Pongámonos a bebernos el suero. No es mucho y ahorita lo acabamos.

Y dicho y hecho, se puso a hacer que bebía. Tío Coyote sí, se puso muy en ello a beber y beber, a beber y hasta que por fin ya no le cabía.

—¡Ay, tío Conejo de Dios! Ya no aguanto.

Tío Conejo respondió:—Aturrúsele tío Coyote, ya entre poco acabamos.

Allá al rato, jadeando y con la panza como una tambora, volvió a decir tío Coyote:—Ja... jaa..., jaa... ¡Ay, ya no aguanto!

—¿Sabe lo que vamos a hacer?—dijo el indino de tío Conejo. Pues mire, tío Coyote, vamos a pegar una carrera en esa cuesta, para que se nos baje el suero, y enseguida volvemos a acabar con lo que falta.

El otro convino, tío Conejo lo cogió de una mano y salió con él cuesta abajo.

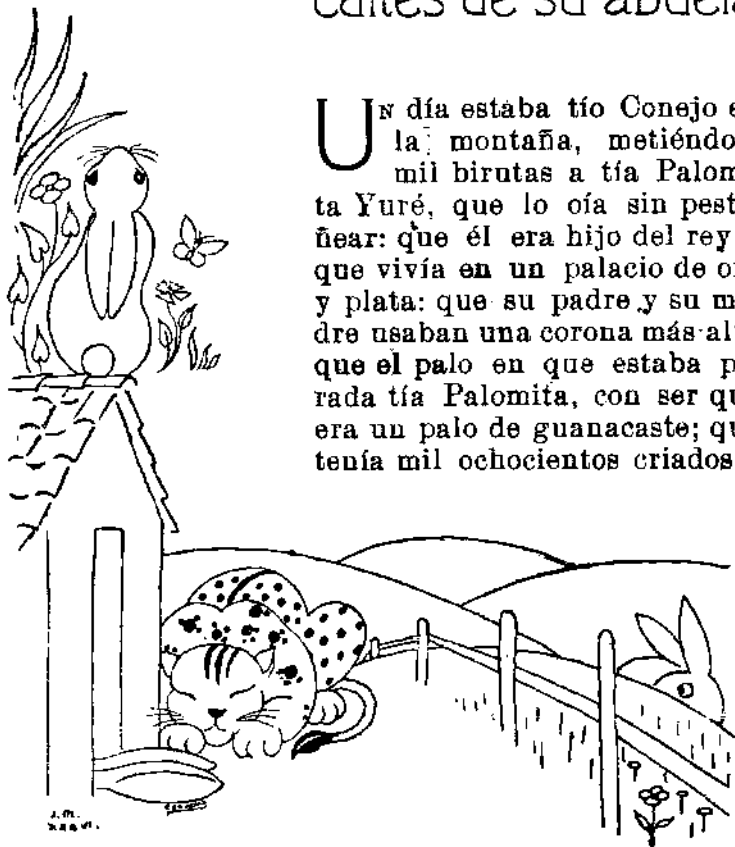
Tío Coyote no pudo ni gritar y en media cuesta se oyó como cuando revienta una vejiga de res inflada. ¡Pues qué era! Pues el pobre tío Coyote, que llevaba la panza como una timba, había reventado en la carrera.

Y tío Conejo que por dos veces se había visto a palitos para no ir a parar a la panza de tío Coyote, pudo ya andar tranquilo para arriba y para abajo.



Tío Conejo y los caites de su abuela

UN día estaba tío Conejo en la montaña, metiéndole mil birutas a tía Palomita Yuré, que lo oía sin pestañear: que él era hijo del rey y que vivía en un palacio de oro y plata: que su padre y su madre usaban una corona más alta que el palo en que estaba parada tía Palomita, con ser que era un palo de guanacaste; que tenía mil ochocientos criados y



que cuando le hablaban se ponían de rodillas y le besaban los pies.

Estaba en lo mejor, y la otra con la baba caída, cuando sintió que le echaban garra por detrás y al mismo tiempo un vocerrón gritaba:—¡Ah! tía Palomita Yuré, ¡tan vieja y en cartilla! ¡Usted es capaz de comprarle las mentiras a este gran zamarro? ¡No ve que es tío Conejo, más conocido que la ruda?

Tío Conejo volvió a ver y se quedó sin resuello al toparse con tío tigre, que le dijo:

—Hola, amigo, ¿qué hace Dios de esa vida?

Ajá, ¿con qué te cogí asando elotes? Gran tal por cual, lo que es ahora te amolaste. Yo te contaré.

—¡Ah caballada!—pensó tío Conejo,—¡y la que me fué a pasar! Aquí sí que no hay tu tía!

Por un si acaso y para ganar tiempo, se hincó con las manos puestas al frente de tío Tigre y se puso a rogarle:

—¡Idiay, tío Tigre, y eso qué es? ¡Acaso yo le he faltado en lo más mínimo? Hágame el favor de decirme si usted no ha sabido que yo siempre con todo el mundo no tengo en la boca sino buenas ausencias tuyas. Ayer cabalmente no me lo apié de la boca en todo el santo día: que tío Tigre sí que es valiente, que tío Tigre sí que es nonis para brincar, que tío Tigre sí que es muy gallo... .

—Sí, callate labioso. Lo que es conmigo no la socás.—Y dejate de andarme con vainas y ajesusiate porque estás en las últimas. Encomiéndelo a Dios tía Palomita Yuré.

—Bueno, tío Tigre, ¡qué caray! Yo no le tengo miedo a la muerte. Vea, lo único que le pido es que

vaya conmigo a mi casilla para disponer de los cuatro chunches que tengo. Eran de mi abuela y al fin uno le tiene cariñillo a esas cosas y no quiero que un particular vaya a ser el logrado.

—No, no, no. Ya te dije que a mí no me vengás con solfas. Quien no te conoce que te compre. Ajesu-slate, te digo.

—¡Is, tío Tigre! No creí que fuera tan mal corazón. A un moribundo no se le niega un capricho, contimás una necesidad como es la de dejar dispuestos los cuatro realillos y los cuatro chunches que uno tiene. Mire, tal vez le guste alguna cosilla y entonces se la deja en mi nombre, lo mismo que la platilla; es una nada, pero de algo le sirve, aunque sea para candelas.

—Es que ya me has hecho muchas confisgado.

—Vea, tío Tigre, vamos, y si usted ve que me puedo zafar, no me deja entrar.

Tío Tigre convino y se llevó a tío Conejo al trompicón.

Tío Conejo iba pensando en el camino:—¡Ay tatica Dios! Ayúdame, a ver cómo me las campaneo para salir de este apuro!

Llegaron a la casilla de tío Conejo y tío Tigre la registró minuciosamente por fuera, y cuando vió que sólo una puerta tenía y que no había otra salida por donde pudiera escabullirse, dejó a tío Conejo entrar y él se echó a la entrada, porque en el interior no cabía.

Convinieron en que tío Conejo pondría las cosas en la puerta para que tío Tigre las tirara del otro lado y las fuera amontonando.

Tío Conejo se puso a hacer que hacía. Al ratito tiró un trapo más sucio que un terrón.

—Allá va el camisón de mi abuela. Si no le sirve, tírelo bien lejos.

Tío Tigre lo cogió con asco y lo tiró bien lejos.

Allá van los fustanes de mi abuela. Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre cogió el motete y lo tiró bien lejos.

En esto entrecerró los ojos porque hacía mucho sol.

—Allá van las enaguas de mi abuela. Si no le sirven, tírelas bien lejos.

Tío Tigre las cogió y las tiró bien lejos.

—Allá va la petaca de mi abuela. Si no le sirve, tírela bien lejos.

Tío Tigre la tiró bien lejos.

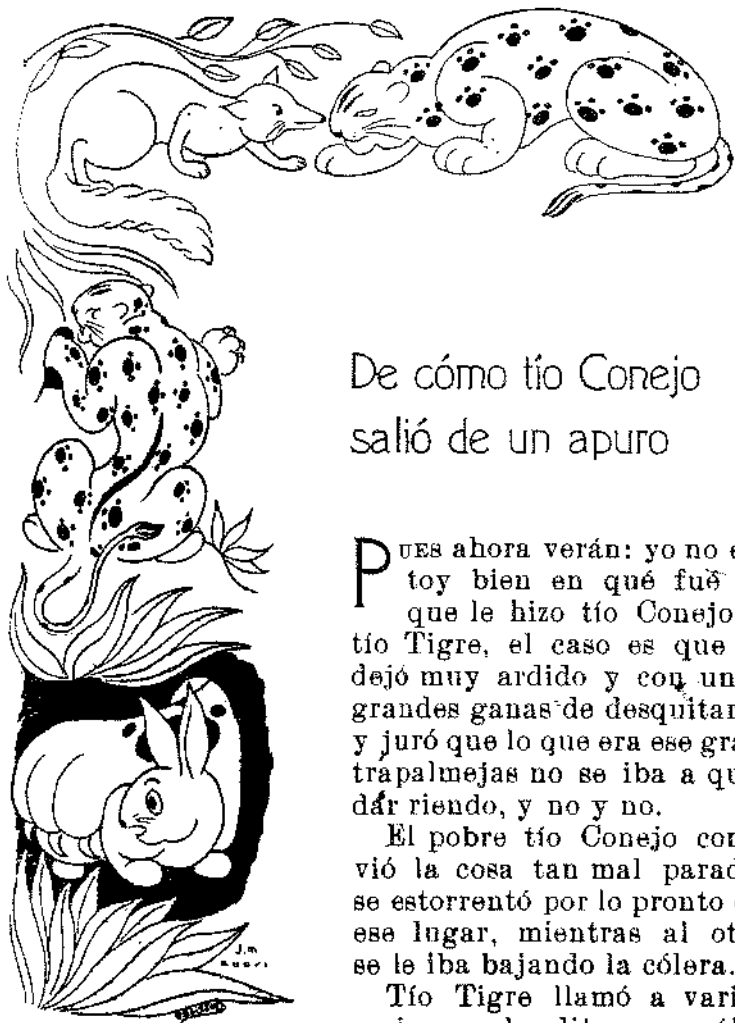
Tío Conejo se echó por el suelo y sacando las orejas, gritó:—Allá van los caites de mi abuela.

Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre sin fijarse los agarró y tiró lo que era, lejos.

Cuando oyó tío Tigre fué que le gritaron de un montazal:—Adiós, tío Tigre... y que le aproveche...

Volvió la cabeza tío Tigre y iba viendol los caites de la abuela que se las caiteaban por entre un potrero.



De cómo tío Conejo salió de un apuro

PUES ahora verán: yo no estoy bien en qué fué lo que le hizo tío Conejo a tío Tigre, el caso es que lo dejó muy ardido y con unas grandes ganas de desquitarse y juró que lo que era ese gran trapalmejas no se iba a quedar riendo, y no y no.

El pobre tío Conejo como vió la cosa tan mal parada, se estorrentó por lo pronto de ese lugar, mientras al otro se le iba bajando la cólera.

Tío Tigre llamó a varios amigos, y les dijo que cuáles

querían ganarse un camaroncito ayudándole a buscar a tío Conejo.

Tía Zorra que era muy campañera y muy amiga de quedar bien con los que veía que podía sacarles tajada, y que además le tenía tirria a tío Conejo por las que le había hecho, dijo que adió, que qué era ese cuento de camarón, que ella le ayudaría con mucho gusto sin ningún interés, y que por aquí y que por allá

Tío Tigre no quería y le dijo:—No, no, Tía Zorra, cómo va a ser que a cuenta de ángeles somos vaya usted a maltratarse, a mí me da pena.

Entonces Tía Zorra le contestó que no se llamaba Tía Zorra si no daba con Tío Conejo.

Y no fué cuento, sino que desde ese día no paró en su casa, sino que dijo a correr por todo, y usted figonea por aquí y usted escucha por allá; y lo que le gustaba era pasar por la casa de Tío Tigre con la lengua de fuera haciendo que ya no echaba...

Por fin dió el tuerce que un día pilló a Tío Conejo metiéndose en una cueva, y tío Conejo no la vió:

Estuvo un buen rato a la mira a ver si salía, y como no, se acercó poquito a poco y puso la oreja a la entrada y oyó a tío Conejo ronca y ronca allá dentro.

Entonces paró el rabo y dijo a correr y correr, hasta que llegó donde Tío Tigre con el campanazo de que ya había dado con tío Conejo.

Tío Tigre le dijo:—Bueno, tía Zorra, cuidado me va a chamarrear, porque entonces usted también sale rascando.

—¡Adió, tío Tigre, cómo va a ser eso! Póngaseme atrás y se convencerá. Eso sí queditico, porque si no se pasea en todo.

De veras, el otro se le puso atrás y llegaron. Tía Zorra se volvió una pura monada, para señalarle donde estaba Tío Conejo.

La entrada era muy angosta y tío Tigre lo que hizo fué meter la mano, que era lo que le cabía, y echó traca; pero quiso Dios que agarró a tío Conejo por la pancilla.

Tío Conejo que estaba bien privado se recordó con sobresalto.

¡Y cuál no sería el susto que se llevó al verse agarrado por la mano de Tío Tigre, porque por un rayito de luz que entraba pudo mirar bien y no le quedó la menor duda de eso!

Pero no quiso dar su brazo a torcer, y hablando lo más hueco que pudo, metió esta gran rajonada:—
¿Quién me toca la muñeca?

La voz entre la cueva sonaba muy feo y parecía salir de una boca muy grande.

Tío Tigre, que no lo había soltado, se frunció toditico.

—¡Ni por la perical! ¿Quién sería el que hablaba así y tenía una muñeca tan galana? ¿De qué tamaño sería entonces la mano? ¿Y el brazo? ¿Y la persona que hablaba?

Porque él se la compró y creyó que la panza era la muñeca. Y se le puso que era un gigante y que tía Zorra le estaba haciendo cachete a este gigante para salir de él.

Entonces pensó que quién lo mandaba hacerle caso a esa gran lambuza, sinvergüenza, y sin aguardar más razones, dijo por aquí es camino, y tía Zorra quedó cuál sus patas.



Tío Conejo y el yurro

ALLÁ en un verado, todos los ríos se secaron y sólo quedó un yurro con una miseritica de agua. Allí iban todos los animales a beber.

Pero tío Tigre, como era tan gallote, se hizo gato bravo con el yurro y se fué a vivir a sus orillas. Así cogía dos colmenas en un solo palo, porque bebía cuando tenía sed y a cuanto animal llegaba, le echaba traca y se le zampaba sin más aquellas.

Los pobres animales estaban que no hallaban para

dónde coger. Un día se reunieron para ver qué hacían. Unos decían que así, otros que asá, y por fin aquello se volvió una merienda de negros.

Entonces tío Conejo se puso medio a medio y les dijo:

—¿Cuánto me dan y les quito a tío Tigre del yurro?

—No seas rajón—le contestaron.—¿Qué vas a poder vos? Mejor callate.

—¡Sí, mejor callate...! Pues así vamos a ver.

Y se fué, y los demás se quedaron, «si creemos, si no creemos».

Bueno, pues tío Conejo llegó donde una viejita conocida suya, y le pidió prestado un gran jicarón que tenía por ahí rodando. La viejita se lo prestó. Enseguida se fué a buscar un gran panal de jicote barcino que él había visto, y cuando lo encontró, lo hurgó con un palo y le abrió tamaño hueco. La miel comenzó a chorrear y se hizo un pocerón en el suelo. Entonces tío Conejo se revolcó en un hojarascal. Se volvió a revolcar en la miel y luego en el hojarascal, hasta ponerse de este tamaño.

Y ¡ah figura la que quedó! ¡Hubieran visto ustedes!

Luego se puso a dar brincos y las abejitas que estaban furiosas alrededor del panal, se asustaron tanto, que salieron volando a pito y caja y fueron a escorar quién sabe dónde.

Tío Conejo le hizo un agujerito a la jícara, se la escondió entre las hojas, con el hocico metido en ella y se puso a dar unos aullidos tan feos, que ¡Ave María!

—¡Uh! uuuu! ¡Oh! oooo!

Y las hojas le hacían: ¡chis! ¡chas!, al moverse.

Entonces se fué al yurro.

Todos los animales que lo encontraron en el camino quedaron sin habla, con la lengua arrollada y a los más poquiticos les dió una descomposición y ganas de ir allá fuera.

—¡Uh! uuuuu! ¡Oh! ooooo! ¡chis! ¡chas!

¡Jesús, María y José! Si tenían razón. ¡Jamás de los jamases se había visto nada tan horrible, ni que hiciera tan feo!

Tío Tigre estaba echando un sueñito, pero aquel ruidal lo despertó. Se espabiló bien y se enderezó a poner cuidado.—¡Hum! No me gusta ese ruidal...

Y se puso erizo.

¡En esto apareció *aquello!*

—¡Uh! uuuuu! ¡Oh! ooooo! ¡chis! ¡chas! ¡Soy el Hojarascal del Monte! Se me quisieron oponer cinco leones y me los comí. Se me quiso oponer un elefante y me lo comí. ¡Pobre de quien se me oponga!

Por supuesto, que semejante animal con esa voz saliendo de un jicarón, puso a tío Tigre que un sudor se le iba y otro se le venía.

Tío Conejo se le paró frente a tío Tigre y le preguntó con desprecio:

—¿Quién sos?

Tío Tigre se le arrodilló:

—Soy tío Tigre, y si su Sacra Real Majestad quiere, puedo ir a barrerle su solarcito.

—Yo no soy Sacra Real Majestad, sino el Hojarascal del Monte, y si tuvieras que barrer mi solar, tendrías que barrerme toda la montaña, porque toda la montaña es mía. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Pues nada, señor don Hojarascal del Monte, es que vine a echarme un trago de agua.

—Ajá, ¿con qué esas tenemos? ¿Con qué has venido a ensuciarme mi yurro? Ahorita verás?

—¡No me haga nada, señor don Hojarascal del Monte, por vida suyita!

—Pues te me quitás de aquí ya, ya, si no querés que salga de vos ahora mismo; y cuidadito con volver a asomar la nariz por aquí, porque te va a saber feo. Este yurro es mío y pedile a Dios que no me arrepienta de dejarte ir.

Tío Tigre se las pintó sin esperar segundas razones y creyó que ese día había nacido por segunda vez.

Así que tío Conejo tanteó que el otro iba largo, se quitó la jícara, se acercó al yurro y bebió cor cor de aquella agüita tan fresca, todo lo que le dió la gana. Después se revolcó bien en la corriente para quitarse la miel y las hojas y cuando quedó como antes, se puso en busca de los demás animales. Los halló y les dijo:

—Bueno, ahora sí, manada de inútiles, vayan a beber agua, ya está todo arreglado. ¡Y síganme comiendo por detrás!

Los otros no querían creer, pero mandaron a tío Yigüirro a que se diera una asomadita.

Tío Yigüirro fué y les vino a decir que no se veía por el yurro nada de tío Tigre. Entonces los animales corrieron a quitarse la sed.

Cuando tío Conejo los vió bebiendo agua muy a gusto, le dió colerita y les gritó:—¡Eso es, así es como les gusta a ustedes todo, sinvergüenzones, a mama sentada! ¡Otra vez cojan cachol!

Y se fué muy enojado.



Tío Conejo ennoviado

ALLÁ una vez hizo el tuerce que tío Conejo se enamoró de tía Venada al mismo tiempo que tío Tigre. Y tía Venada, yo no sé si de miedo o porque de veras le gustaba, al que correspondía era a tío Tigre.

Pero tío Conejo no se achucuyó ni se dió por medio menos, sino que se puso a idear cómo haría para quitarle la novia.

Atisbó un día en que tío Tigre no visitaba a tía Venada y fué llegando:

—Hola, ñatica, ¿qué hay del amor? Ai andan re-gando que usted está en grandes con tío Tigre...

Tía Venada se chilló y quería hablar de otra cosa, pero el muy zángano se puso a echarle pullitas, y por aquí y por allá, hasta que la otra dijo que sí, y que ya tenían plazo para casarse.

—¡Hum! ¡Mala la chicha!— pensó tío Conejo y se puso a decir:

—Mire, tía Venada. ¿Ud. es tontica de la cabeza o es que se hace? Quién dispone irse a casar con ese naguas miadas de tío Tigre... Si ese es un mamita de quien yo hago lo que me da mi regalada gana. Con decirle que a veces hasta de caballo me sirve.

—Eso sí que no puede ser.

—¿Qué no puede ser? ¿Cuánto apostamos, tía Venada?

—Lo que quiera, tío Conejo.

—Convenido. ¿Si llego un día de estos montado en tío Tigre nos casamos?

—Convenido.

—Bueno, pues trato hecho nunca jamás deshecho.

Entonces tío Conejo se le puso atrás a tío Tigre sin que éste supiera, y un día que lo vió zamparse un ternero, se tiró en el camino por donde tenía que pasar, y se puso a dar unos quejidos que llenaban de agua los ojos:

—¡Ay, ay, ay, mi patica de mi alma! ¡Malhaya sea ese tagarote!

En esto llegó tío Tigre y como tenía la panza llena, estaba de buenas pulgas.

Se acercó tío Tigre y con muy buen modo le preguntó:

—¿Idiai viejito, qué es la cosa, qué le pasa?

—Pues no ve, tío Tigre, que me agarró un perro y no sé como estoy contando el cuento. Y la cosa es que iba para donde tía Venada a darle un recadito que precisa.

Al otro se le alegró el ojo donde le mentaron a tía Venada.

—Adiós, tío Conejo, no faltaba más. ¿Y los amigos para qué somos? Venga, encájese en mí y lo llevó en una carrerita.

—Dios se lo pague, estimado. ¿Quién otro lo había de hacer?

Y en un grito se encaramó en tío Tigre, que lo llevó a casa de tía Venada.

Por supuesto que cuando embocaron en la calle en que ella vivía, tío Conejo dejó de mariquear y se echó para atrás con mucho garbo y se puso una mano en el cuadril, y cuando vio a tía Venada asomarse a la ventana, le hizo de ojos y que se callara.

Bajó de su cabalgadura y renqueando se acercó a tía Venada como para darle el recado y queditico le dijo:

—Ve, cholita, como le cumplí. Pero hágase la tonta, porque ése viene con hambre y cuando está con hambre no es cómodo. Mejor chito en boca, no vaya a ser cosa que en un momento de cólera se la coma. Como es así... Cuando está con hambre no sabe lo que hace...

Tía Venada se quedó chiquitica y se puso con el corazón que se le salía.

Tío Conejo se volvió a montar en tío Tigre y se fueron.

Otro día llegó tío Tigre a ver a tía Venada y aunque era muy mínima, no se quiso quedar con aquello adentro,

—¿Idiai, tío Tigre, por qué andaba sirviéndole de caballo a tío Conejo?

—Pero, hija, si no era de caballo, sino que esto y esto.—Y tío Tigre le contó lo que había pasado.

—¡Ve lo que es ese lengua largal!

Entonces tía Venada le puso en pico las rajonadas con que había llegado el otro.

Tío Tigre se puso muy ardidado de que tío Conejo lo hubiera hecho caer de leva delante de su novia.

—Va a ver ese chachalaca la que le va a pasar. Conmigo no juega así no más.

Y tío Tigre salió haciendo muy feo.

En eso iba pasando tía Ardilla, que era comadre de tío Conejo, porque tío Conejo le había llevado dos güirrillos a la pila.

Tía Venada que era muy lenguona y que no podía quedarse con nada adentro, la llamó:

—Adiós, niñá. ¿Para dónde la lleva? Venga acá, porque tengo que contarle una cosa.

De veras la otra se acercó y tía Venada le echó el cuento y que lo que era a tío Conejo se lo iba a llevar candanga.

Tía Ardilla se despidió y se fué a buscar a tío Conejo para prevenirlo.

Cuando lo encontró, le dijo:

—¡Compadrito de Dios, si no se las menea no doy un cinco por su pellejo!

Y le contó.

—Ajá ¿con qué esa nariz de panecillo fué con el cuento?—dijo tío Conejo.—Yo le voy a contar. Y mire, comadrita, usted me va a ayudar a salir de tío Tigre. Búsqueselo y me le dice esto y esto, para hacerlo ir al pedrón aquél que está cerca del ojo de agua. ¿Recuerda?

—Sí, cómo no.

—Bueno, pues, cuento con Ud.

—No tenga cuidado.

De verás, tía Ardilla se puso a buscar a tío Tigre y al fin dió con él.

Se sentó en una rama bien alta de un árbol, con la cola derecha que la hacía parecerse a una muñequita que tuviera mucho pelo y lo llevara suelto, y con una risita muy fregadita, dijo:

¡Is! tío Tigre, y Ud. piensa quedarse así no más con tío Conejo. Ai anda ventitiándose la boca con que usted es uno de sus caballos y dándose taco con que el otro día pasó por donde tía Venada montado en usted Yo que usted le ponía la paletilla en su lugar.

—¡Eso dice ese boca abierta! Ese...

Pero a tío Tigre se le trabó la lengua de cólera y no pudo decir más.

—No es por nada, tío Tigre, pero él tiene la cuevilla debajo de aquél pedrón que está cerca del ojo de agua.

El otro no esperó segundas razones y cogió para allá.

La tal piedra había estado metida en un paredón, pero el agua de la lluvia había ido lavando la tierra y ahora estaba sostenida, por puro milagro, de unas

raicitas y bastaba el esfuerzo de un ratón para que saliera rodando.

Tío Tigre venía que ni veía de la rabia y llegó derecho a olisquear debajo de la gran piedra.

Tío Conejo estaba allí detrás esperando, y cuando lo vió, mordisqueó las raicitas y el pedrón rodó y cogió a tío Tigre que no pudo hacer ni cuíto.

Entonces tío Conejo se fué a buscar a tía Venada y le dijo:

—Venga conmigo, ñatica, y verá a su querer como está.

De veras, tía Venada fué con tío Conejo y se va encontrando con tío Tigre hecho una tortilla. Al verlo cayó con un ataque y cuando volvió en sí, comprendió que de repente se iba a quedar para vestir santos; entonces con mucha labia le dijo a tío Conejo que si gustaba de casarse con ella, estaba a su disposición.

Tío Conejo le respondió:

—¡Ich! ¡Ahora sí soy bueno! Vaya a freir monos, viejita. Yo no quiero nada con gente cavilosa. ¿Quién la tenía yéndole con el cuento al otro, para que me cogiera tirria? Ai he tenido que andar a monte, y ni gusto para comer tenía. Cásese si quiere con la zonta de su agñela.

Y tío Conejo echó a correr monte adentro y dejó pifiada a tía Venada.



Cómo tío Conejo les jugó sucio a tía Balle- na y a tío Elefante

PUES señor, allá una vez
tío Conejo se fué a cam-
biar de clima a la orilla
del mar.

Un día que andaba dan-
do brinco por la playa se
va encontrando con tía Ba-
llena y tío Elefante que
estaban en gran conver-
sona.

Tío Conejo se escondió
entre unos charrales y pa-

ró la oreja para ver en qué estaban.

Y en lo que estaban era en que el uno al otro no hallaban donde ponerse:

Que,—tía Ballena, a usted sí que no hay quien le gane en fuerzas y eso de que ya se tomara usted tener las mías, es hablar por el hueso de la nuca.

Que,—adió tío Elefante, no me salga con eso. Usted sí que es ñeque. Sí, sí, donde se llora está el muerto...

Y que esto, y que lo otro, y que por aquí y que por allá.

Bueno, para no cansarlos con el cuento, llegaron a convenir en que los dos tenían fuerzas y que lo mejor que podían hacer era unirse para gobernar toda la tierra.

Pero a Tío Conejo no le hicieron naditica de gracia aquellos planes y se puso a pensar: pues lo que soy yo les voy a dar una buena chamarreada a ese par de monumentos, ¡Ay! y la enredada de pita que les voy a dar! Y no fué cuento sino que enseguida se puso en funcia: se fué a buscar una coyunda muy fuerte, muy fuerte y muy larga, muy larga; después yo no sé le dónde se hizo de un tambor que escondió entre unos matorrales y corrió a buscar a Tía Ballena. Por finió con ella.

—Tía Ballenita de Dios. ¡Qué a tiempo me la encuentrol ¡Viera qué caballada me ha pasado! ¿Pues no se me metió la única vaquita que tengo entre un barrial como a media legua de aquí?

—No diga eso niño, ¡y eso cómo?

—¡Sepa Judas? El caso es que allí me la tiene en el atolladero y como es tan poquita, está llora y llora,

con el barro hasta el pescuezo. Por vida suyita Tía Ballena, sáqueme de este apuro, usté que es el más fuerte de todos los animales y además tan noble.

Tía Ballena se volvió muy chiquiona al oír estos pericos y al momento se puso a las órdenes de Tío Conejo.

¡No faltaba más, sino que se le fuera a ahogar en barro su vaquita, estando ella allí!

—¡Quién otra lo podía hacer!—dijo Tío Conejo. —Bien me lo habían dicho, que no la vieran tan grande que hasta que da miedo, pero con un corazón que es un alfeñique! Lo que vamos a hacer es que yo voy a amarrarle una punta de esta coyunda de la cola y la otra voy a ver cómo se la amarro a mi vaquita. Cuando todo esté listo toco en mi tambor. Al oír el redoble se me pone usté a jalar con toda alma.

—Ni diga más Tío Conejo, no me llamo Tía Ballena si no se la saco aunque esté hundida hasta los cachos.

De veras, Tío Conejo amarró la coyunda de la cola de Tía Ballena y después el muy papelero, cogió tierra adentro haciéndose el afanado. Apenas calculó que la otra no lo veía se puso a bailar en una pata y a cantar.

Después se fué a buscar a Tío Elefante y cuando lo divisó se hizo el encontradizo: —¡Ay Tío Elefante, sólo Dios pudo habérmelo reparado! ¡Viera en las que ando!

—¿Qué es la cosa hombré?—preguntó Tío Elefante.

—¿Pues que me había de pasar? Que le parece que tengo una novillita chúcara que se me ha metido entre un barrial a media legua de aquí y no hay modé

de sacarla. Allí estoy desde buena mañana sudando la gota gorda y la confiegada cada vez se hunde más. Mire Tío Elefante, usted que es tan fuerte y tan noble, que dicen que nadie le gana, por qué no hace una gracia conmigo y de un tironcillo con su trompa, como quien no quiere la cosa, me la saca.

Tío Elefante le dijo que bueno, que le explicara lo que tenía que hacer.

Tío Conejo contestó:—Pues nada más que dejarse amarrar el extremo de esta coyunda de su trompa. Enseguida iré yo y con mil y tantos trabajos amarraré mi novillita de la otra punta. Cuando todo esté listo redoblaré en mi tambor y entonces usted se pone a jalar con toda alma porque está muy metida.

—No tengás cuidado que aunque fuera más pesada que mil vacas juntas yo la saco. Si eso es un juguete para mí. Amarrá bien, hombré.

Tío Conejo le requintó bien la coyunda en la trompa y luego se alejó en una pura micada como si fuera muy agradecido.

Así que estuvo a la mitad de la distancia entre los dos, sacó el tambor y se puso a redoblar.

Tía Ballena comenzó a tirar, pero la vaquita no tenía trazas de salir. Tío Elefante jalaba y jalaba y nada.

—¡Demontres con la vaquita para pesar!

—¡Carasta! Si la novillita chúcara pesa más de lo que yo pensaba.

Y siguieron cada uno por su lado a más y mejor. En una de tantas, como Tío Elefante se iba arro-

llando la coyunda en la trompa, se trajo a Tía Ballena a tierra; pero Tía Ballena se calentó tanto, que no supo a qué horas se tiró al agua y fué dar al fondo y ya me tienen al otro patas arriba corriendo hacia la playa sobre el espinazo.

Del colerón dió tal jalonazo que se volvió a traer a Tía Ballena a la superficie.

—¿Quién es el atrevido que está en ese juguete conmigo? ¡Conque esa era la vaquita!

—¿Quién es el tal por cual que no me respeta? Miren la novillita chúcaral—gritó Tío Elefante que había hecho a un lado su cachaza y estaba más caliente que un avispero alborotado.

¡En esto se van viendo!

¡Ave María, Gracia Plena! ¡Aquello sí que era contento! ¡Qué bocas y lo que se dijeron!

—¡Yo te contaré, trompudo, labioso, poca pena! ¿No te da vergüenza ver que te cogí la maturranga? ¡Creyó que yo me iba a dejar, como soy una triste mujer, para quedarse gobernando solo!

—¡Callate vieja bocona. A vos sí que no se te puede creer! ¡Quería salir de mí para quedarse reinándolo... ¡Convidándome para que gobernáramos juntos y ya con su tortón entre la jupa!

Y no fué cuento, sino que se pusieron otra vez a tirar de la coyunda cada uno por su lado. Por fin la coyunda no resistió y ¡crac! reventó y Tía Ballena bien acardenalada y con la cola desollada fué a parar a los profundos y Tío Elefante fué a dar por allá, otra vez patas arriba, con la trompa bien luyida.

Y Tío Conejo que ya no aguantaba el estómago de tanto reír, escondido entre los charrales.

No hay para qué decir que Tío Elefante y Tía Ballena quedaron enemigos y se quitaron ei habla para siempre. Y cabalmente eso era lo que Tío Conejo andaba buscando, para que no volvieran a hacer planes de gobernar ellos dos la tierra.

Tío Conejo y los quesos

PUES señor, es el caso que tío Conejo se nos había vuelto muy melindres para comer, y a mi amo no le gustaban sino cositas buenas. Decía que ya el churristate lo tenía hasta el copete y a los quelites les hacía ché. Ultimamente andaba antojado de comer queso tierno. ¡Y cómo hago? ¡Y cómo hago? Por



fin quién sabe cómo averiguó que un carretero bajaba todos los viernes de una hacienda,—por un camino de la vecindad,—con madera y quesos.

Allá el viernes a la nohecita—que era la hora en que pasaba la carreta,—se tiró Tío Conejo en medio camino y se hizo el muerto. Dichosamente hacía una luna como el día y el carretero se agachó para ver que era aquel bultico.

—¡Miren allá—dijo a un compañero—si es un conejito! ¡Ah señor, qué le pasaría!... ¡Pobrecitico Pero no está muerto, todavía resuella. Lo voy a echar en la carreta y quien quita que vuelva en sí.

Y lo que el sapo quería... El carretero acomodó a Tío Conejo entre los sacos de queso, y la carreta se puso otra vez en marcha. Entonces abrió un ojo, después el otro, y como vió que no había nada que temer, hizo un buen boquete al saco de gangoche en que venían los quesos bien envueltos en tusas. Se puso a sacarlos y a arrojarlos al camino. Así que el saco estuvo vacío, se tiró él y salió como un cachiflín a recoger los quesos y a llevarlos a su casa. Luego se dió tal atipada de queso que quedó que no podía moverse.

Otro día se sentó a la puerta a relamirse y a hacer la boca agua a cuantos pasaban. Iba Tío Armadillo a hacer la diligencia, a ver si encontraba algo qué comer y el muy mal corazón lo detuvo:

—Asómese compradito y espíe para adentro y me cuenta un cuento.

Y Tío Armadillo se hizo cruces cuando vió aquel gran montón de quesos que llegaba hasta el techo.

Pasó Tía Iguana y lo mismo:

—Venga acá viejita y dese una asomadita.

Tía Iguana se fué llena de envidia.

Pasó Tía Ardilla y Tío Conejo le gritó:

—Vení acá niñá y cuidado con caerte para atrás cuando veas lo que vas a ver.

Y de veras, la pobre tía Ardilla que andaba en ayunas se quedó como quien ve visiones, y no se atrevía a recoger unas boronitas que estaban en el suelo.

A Tío Conejo se le movió el corazón y le hizo un gallitó de queso con tortilla:

—Tomá niñá para que no se te reviente la hiel.

—Dios se lo pague tío Conejo—dijo tía Ardilla—que Dios me lo guarde y me le de salud y me le repare de donde menos piense.

—Tía Ardilla, tía Iguana y tío Armadillo ~~se~~ fueron por los campos a contar de **la maravilla de quesos** que tenía tío Conejo. Oirlo tía **Zorra y correr para** donde tío Conejo, todo fué uno.

Apenas la divisó, se metió corriendo tío Conejo, y atrancó bien la puerta.

Llegó tía Zorra y se puso a tocar:—Upe, tío Conejo, ¿qué hace Dios de esa vida?

Tío Conejo se asomó por la ventanita alta.

—¿Qué se le ofrece tía Zorra?—le preguntó. Y perdone que no salgo a abrirle, pero es que me acabo de calentar la uca con manteca de chanco y me puse un trapo zahumado porque estoy rabiando de un oído.

—Lo siento mucho, tío Conejo. Y hablando de otra cosa: ¿no me querriás vender ua diez de queso?

—No comadrita, no tengo venta.

—Andan diciendo que tenés la casa llena de quesos. Contame cómo hiciste; por qué no me decías.

—Con mucho gusto tía Zorra. Viera qué sencillez. Fué así y así—y tío Conejo le explicó todo.

—Así quien no... ¡Qué mamada!—dijo tía Zorra.—Y decime, hombré, vos crees que si yo me hago la muerta en el camino me pasa la misma?

—¡Uh! pues cómo no—contestó tío Conejo.—Otra cosa tendría duda, pero eso? Si la veo ya con la casa llena de quesos. Anímese viejita...

—Sí, hijó, voy a ver si hago el ánimo. El que no se arriesga no pasa el mar. Habiaos que no saque algo. Al encomendame a Dios para que me vaya bien.

Y tía Zorra se fué.

De veras, allá el viernes a la nochecita se puso a la mira y cuando sintió venir carretas se tiró a lo largo en medio camino, en el mismo sitio en que lo hizo el otro. Y para quedar mejor se estiró bien y se puso tiesa.

El carretero donde la vió, dijo:—¡Adiós trabajos! Hoy hace ocho era un conejo y hoy es esta lambuza hedionda. ¿No querrá también dejarme sin quesos? Aguardate ai y verás... Gui, buey viejo, gui...

Y diciendo y haciendo, el muy ingrato chuceó los bueyes y la carreta le pasó por encima a la infeliz tía Zorra.

Sólo porque es Dios es muy grande y porque las zorras tienen la vida muy dura, tía Zorra quedó contando el cuento. Pero cuando la pobre volvió en sí, no valía un cinco, todos los huesos le dolían y como pudo, regresó a su casa y tuvo que estar un mes en cama.

A los días pasó por donde tío Conejo, todavía en

muletas. Apenas lo vió le torció los ojos y le hizo tan mal modo que parecía se lo quería tragar.

—Vas a ver mechudo, orejón, me las has de pagar. Yo te contaré—le gritó en un temblor.

—¡Eso sí que está bonito! ¿Y yo qué le he hecho?—preguntó tío Conejo.

—Sí, yo que le he hecho? Pero con esa no te quedás—y le quiso meter su muletazo.

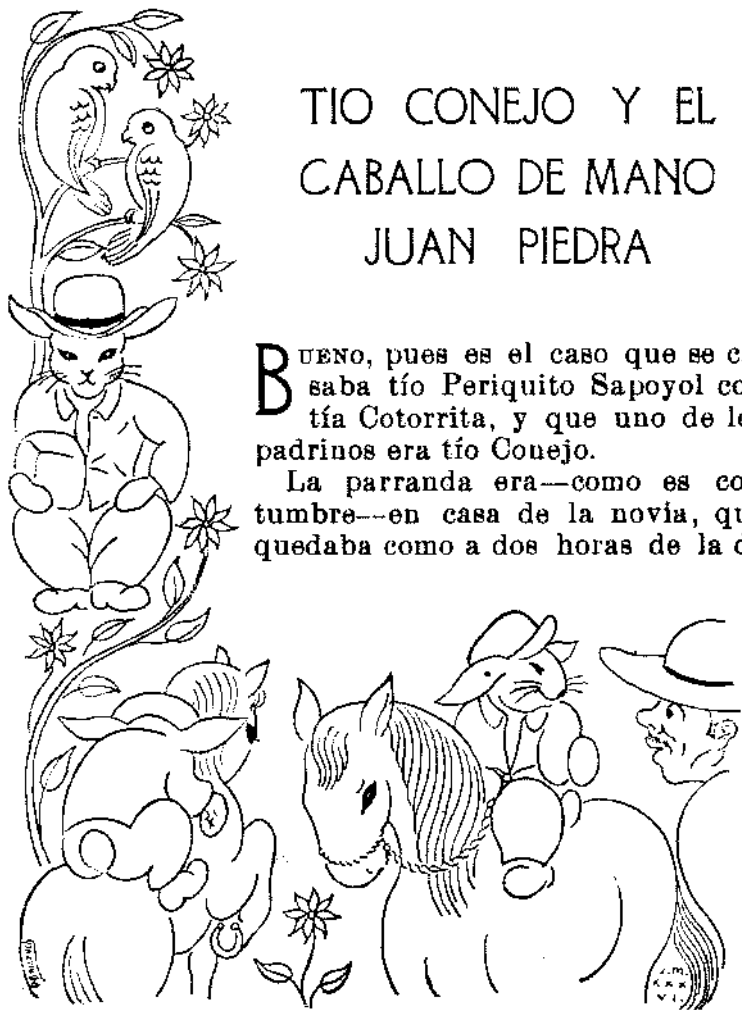
—¡Eh! diantres la vieja reverseral—le dijo tío Conejo,—y tuvo que meterse corriendo y pasar el pica-
porte a la puerta; y por torear a tía Zorra se asomó por la ventanita alta y se puso a comerse un buen tucó de queso, y a arrojarle boronitas en la cara.

A tía Zorra de la cólera le dió un ataque y tuvieron que llevársela a la casa en silla de manos, tío Armadillo y tío Coyote.

TIO CONEJO Y EL CABALLO DE MANO JUAN PIEDRA

BUENO, pues es el caso que se casaba tío Periquito Sapoyol con tía Cotorrita, y que uno de los padrinos era tío Conejo.

La parranda era—como es costumbre—en casa de la novia, que quedaba como a dos horas de la de



tío Conejo, y se iban a casar a las cinco de la mañana después de bailar toda la noche.

Pero tío Conejo no pudo ir al baile porque estaba renco y entonces tuvo que madrugar. Desde que comenzaron las claras del día ya estaba mi señor arriba: estrenó unos zapatos amarillos que chillaban que daba gusto, y se plantó bien con el chaquetón de casimir azul, el sombrero de pedantear que era de pita muy fino; se amarró un pañuelo de seda tinta en el pescuezo, se echó agua de olor, se atusó los bigotes y se fué a la calle.

Me olvidada decir que al salir cogió un envoltorito que no era otra cosa que una parejita de taza la cosa más linda que había comprado para hacer con ella un regalo a la novia.

Tío Conejo apenas llegó a tiempo. El que llega, y los novios que salen para la iglesia.

Como todos estaban muy contentos, apenas vieron a tío Conejo le gritaron: "¡Viva tío Conejo!" Y hasta tío Coyote que se había metido sin convidarlo, por quedar bien gritó: "¡Viva tío Conejo!"

Tío Conejo cogió a tía Cotorrita de bracete y dijo: ¡Campo y anchura, que aquí va la hermosura!

Pues para no cansarlos con el cuento, así que volvieron de la iglesia siguió la parranda. Y en una que va y en otra que viene, tío Conejo en son de ayudar a repartir, se cachó una botella de rompopé, se la metió por donde mejor pudo e hizo que iba al cerco que sé yo a qué. Pero a lo que iba era a empinarse la botella y allí debajo de una chayotera se la escurrió. Como el rompopé estaba bien cargadito de guaro se pegó su

buena almadiada y le va cogiendo esa precisa de volverse a casa.

Tía Cotorrita le rogó que no se fuera porque el almuerzo iba a estar muy rico: que había frito, posol y la consabida torta de arroz con leche, una torta de caer sentado comiendo. Pero nada, tío Conejo ya muy tuturuto seguía diciendo adiós a todos, llorando y dándoles abrazos. Entonces tía Cotorrita en persona, de velo y corona, se metió en la cocina y con sus propias patitas hizo un gallo a su padrino, y tío Conejo cogió para su casa.

Como los zapatos nuevos le maltrataban, se le había rematado la renquera que iba que no podía dar paso. En eso vió un caballo paciendo a la orilla del camino y al momentico le echó el ojo. A él que nada le faltaba y con los tragos, se envalentonó, se hizo por el caballo, le echó un bozal con un mecate que traía la bestia, se encaramó como si fuera el dueño y comenzó a jinetearlo de tal manera que el gallito que le diera tía Cotorra fué a dar al polvazal.

En el peso del día pasó por la casita de ña María, y como todavía no se le había bajado la rasca, se metió en la sala de la viejita con todo y bestia a pedirle agua fresca. Por supuesto que a ña María no le gustó la confianza, pero estaba sola y le dió miedo reclamarle viéndolo tan descompuesto. Lo único que se animó a decirle fué:

—¿Idiai tío Conejo, ese caballo no es el de mano Juan Piedra?

—¡Qué mano Juan, ni que nada!—respondió tío Conejo, y salió sacando plumas de su cabalgadura.

Tío Conejo siguió su camino cabecea y cabecea y

cuando menos pensaba sintió que le pararon el caballo y lo sornaguearon de un brazo.

—Ajá, gran sinvergüenza, con que vos éras el que me jineteabas mi bestia, ya te cogí, y ahorita mismo te vas conmigo adonde el político.

Del susto se refrescó tío Conejo y se va encontrando cara a cara con mano Juan Piedra, el propio dueño del caballo, quien lo miraba que se lo quería tragar con los ojos.

Tío Conejo respondió:

—¡Miren allá con las que sale! No sea tagarote porque el que va para el Fondo es este ruco. ¿Ud. está creyendo que yo mantengo piojosos ajenos que andan sueltos y muertos de hambre? ¿No ve que anoche se me metió en el frijolar y se lo comió casi todo? Ai está ña María que no me deja mentir... Otro día tenga cuidado antes de amenazar a la gente honrada.

El otro se quedó medio corrido, y como pensó que le podía ir feo, quiso mejor arreglar el asunto por las buenas:

—No viejo, no sea impetuoso, acuérdesese que vale más un mal arreglo que un buen pleito. A ver, cuánto vale el daño?

Tío Conejo se puso a ver para arriba, como pensando.

—Pues por lo menos menos, serán unos siete con seis, y eso guardándole toda clase de consideraciones.

—Rebájeme algo—suplicó el otro—Ud. sabe cómo anda el tiempo...

—Sí, rebájeme algo!... Si quiere echamos testigos para que se convenza de que le estoy cobrando como persona que no es angurriente.

Y tío Conejo se mostraba tan gallote que el otro se la tragó y fué sacando un pañuelo con un gran nudo en la punta. Con todo el dolor de su corazón deshizo el nudo y comenzó a contar los siete pesos con seis reales y se los dió a tío Conejo.

Tío Conejo los cogió, y metiéndole los talones al rucu salió disparado y dijo a mano Juan Piedra:

—Como ya estamos ai no masito, présteme al peruanito y ahorita se lo mando con el muchacho. Es para no apearne.